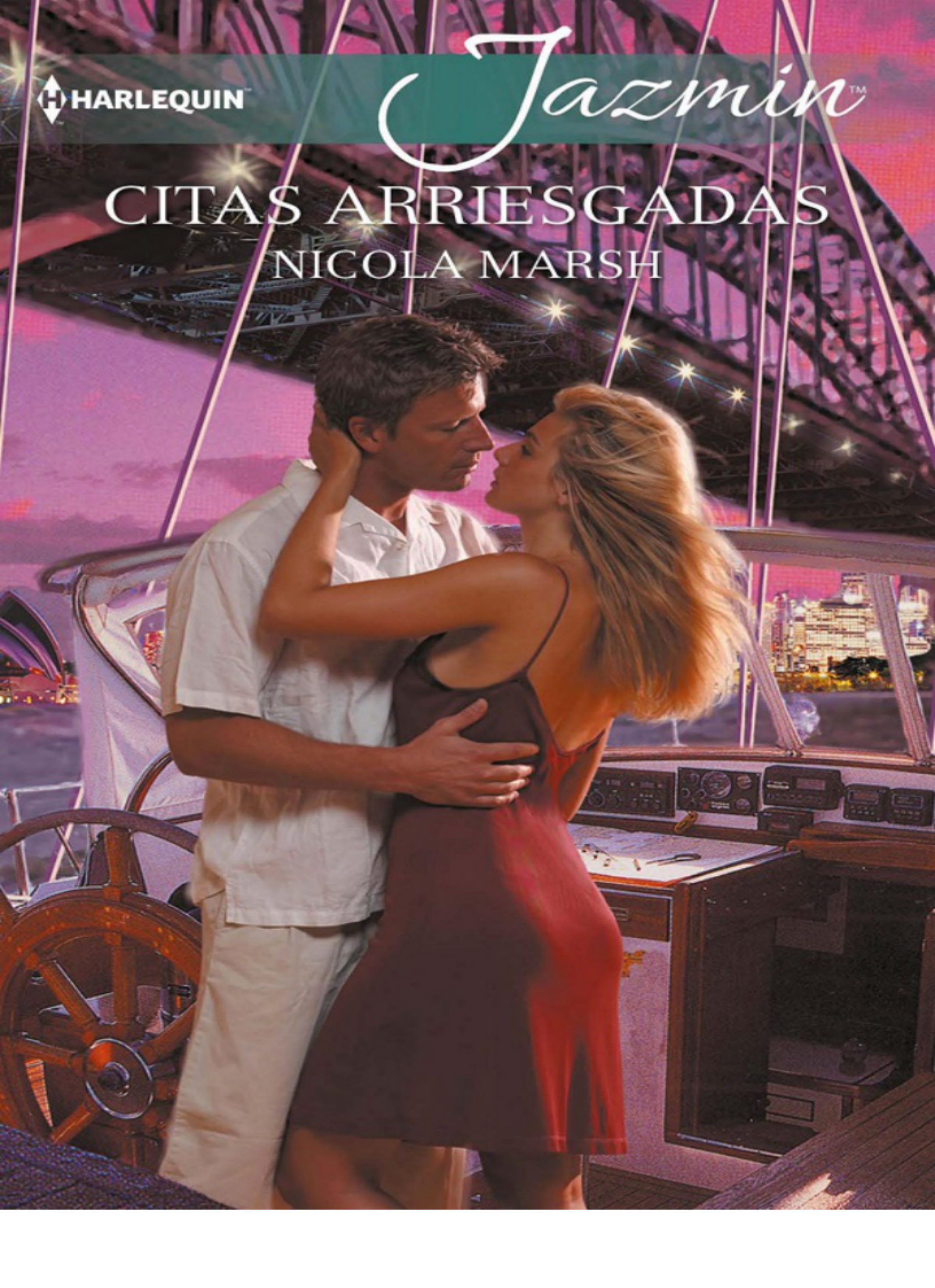

HARLEQUIN
Jazmín
CITAS ARRIESGADAS
NICOLA MARSH



CITAS ARRIESGADAS

Nicola Marsh





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Citas arriesgadas, n.º 5507 - febrero 2017
Título original: The Tycoon's Dating Deal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-8796-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

–¿Qué quieres que haga?

Kara Roberts miró a su mejor amiga con incredulidad. Quería a Sally entrañablemente, pero había ido demasiado lejos.

–Por favor, Kara. Por favor. Sabes que estoy con el agua hasta el cuello. Los negocios no marchan bien –pidió en tono zalamero, pero había temor en su mirada.

Kara supo que la había derrotado. Nunca había visto a Sally tan desesperada. La agencia debía de tener más problemas de lo que Sally dejaba entrever.

Tras dejarse caer pesadamente en una silla, Kara se cruzó de brazos.

–De acuerdo, lo haré. Pero sólo por esta vez.

Sally, una mujer mayor de cabellos grises ensortijados en torno a su cara mofletuda, se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

–Gracias, tesoro. Tú vales mucho –dijo, con sus ojos marrones empañados en lágrimas.

Kara sintió el corazón henchido de amor hacia esa sorprendente mujer que, sin dudarlo, se había hecho cargo de ella tras la muerte de sus padres. Sólo tenía doce años cuando los seres más importantes de su vida fallecieron en un accidente de coche. Sally, la mejor amiga de su madre, le ofreció su hogar. Y no sólo un hogar. La había apoyado, estimulado y querido a lo largo de los difíciles años de la adolescencia hasta ese mismo día.

El favor que le haría a Sally, difícil para Kara, sólo sería una pequeña recompensa por todos esos años de amor y amistad.

–Bueno, ahora que estoy con la soga al cuello, dime qué tengo que hacer.

Sally rebuscó entre los papeles que se amontonaban en la mesa.

–Aquí están. Para empezar, rellena estos cuestionarios. Todo tiene que ser legal, así que debes completar los formularios y firmar en la línea de puntos.

Kara leyó rápidamente.

–Tienes que estar de broma, Sal. ¿Color de ojos del candidato deseado? ¿La cena más romántica? ¿La zona del cuerpo más erótica? ¿De dónde sacas todo esto? –preguntó con incredulidad.

Sally cruzó los brazos sobre el pecho, infló las mejillas y exhaló

lentamente.

–Necesito toda esa información para procesar tus datos en el ordenador. Ya conoces el procedimiento. Te has reído de él durante años. ¿Por qué desanimarse ahora?

Kara dejó escapar una risita.

–Me he reído cuando hacías estas preguntas ridículas a otras personas. Pero ahora que estoy bajo el microscopio no lo encuentro tan divertido. ¿No puedo saltarme esta parte y acabamos de una vez?

Sally negó con la cabeza.

–Si quiero ganar el premio que otorgan en Sidney a la Agencia Matrimonial del Año, necesito que completes todos los datos. Tu solicitud será procesada junto a las demás. Kara, no te pediría que lo hicieras si no estuviera en una situación tan apremiante. No sabía qué hacer cuando Maggie se marchó esta mañana. Lo único que necesito es que asistas esta noche a la cita de siete minutos con cada uno de los candidatos.

–¡Ah! Eso es muy fácil de decir. ¿Y si me ve alguien conocido? Pensará que soy incapaz de conquistar a un tipo por mí misma.

Kara notó que sus palabras la habían herido. Para Sally, el oficio de relacionar a personas que se encontraban solas era su mundo. Su propia profesión era preciosa, ¿por qué la de Sally tenía que ser diferente?

–¿Quieres decir como el resto de mis clientes?

–Lo siento, Sal. No estoy acostumbrada a esto. Prefiero elegir a mis pretendientes a la manera tradicional.

Sally alzó las cejas.

–¿Y qué manera es ésa? Hace más de un año que no sales con nadie.

La verdad era dolorosa. Hacía más de doce meses que había renunciado a los hombres, cansada de su juego. La mayoría de sus citas tenían un solo propósito y eso había llegado a enfermarla.

–Lo que dices es un poco duro. He tenido muchas citas en los últimos años.

Sally ignoraba la sensación de vacío que le producía hablar de hombres. Solamente uno la había hecho sentirse especial y ese hombre se había ido. Hacía mucho tiempo.

–Seguro que sí, querida, por eso pasas la mayor parte de tu tiempo libre con una vieja como yo.

–¿Vieja, tú? Tienes algunas canas y un par de arrugas de reírte en torno a los ojos, ¿pero vieja? ¿Por eso prefieres entrevistar personalmente a los candidatos varones? Te he visto con la cara

iluminada después de una entrevista con alguno de tus atractivos aspirantes.

–Gracias por tu estímulo. Bueno, basta de charla. Rellena los cuestionarios porque necesito procesarlos inmediatamente. Y luego sería mejor que fueras a casa a arreglarte. Tengo una última entrevista con un candidato y todo quedará preparado para esta noche. Una vez que haya unido a mi milésima pareja, el premio DATY será mío.

Al ver la expresión afligida de Sally, Kara sintió que se le encogía el estómago.

–¿La agencia tiene muchos problemas económicos, Sal?

Los fondos de Kara eran muy limitados porque había invertido casi todo el dinero en Inner Sanctum, su estudio de diseño de interiores. Aun así, si era necesario, pediría un préstamo para ayudar a Sally.

–Si no gano el DATY, Matchmaker tendrá que cerrar. El dinero del premio serviría para modernizar el sistema informático y el prestigio del DATY sería una buena publicidad para la agencia –suspiró Sally–. Sí, se podría decir que estoy en un apuro.

–¿Pero, cómo? –preguntó Kara, aunque sabía que la respuesta no le iba a gustar.

–Sabes que nunca he sido una mujer rica, querida. Invertí todo lo que tenía en crear un hogar para nosotras y en esta agencia –dijo al tiempo que con los brazos abiertos abarcaba la oficina, que era la sede de Matchmaker–. Tal vez no hice bien las cuentas.

Lo que Sally no mencionó fue el dinero que le había prestado para abrir Inner Sanctum.

–Sal, si puedo hacer algo más aparte de esto, no dejes de decírmelo.

–Tú escribe y yo me ocuparé del resto, corazón.

–Lo haré.

En unos cuantos minutos, Kara completó los formularios. Y en unas cuantas horas más estaría bebiendo unas copas en compañía de un puñado de desconocidos con el propósito de encontrar un candidato apropiado para ella. Si no fuera por el hecho de que Sally estaba desesperada, habría roto la solicitud allí mismo.

Desde luego, ése no era su mejor día.

Los Smithson prácticamente la habían estado acosando para que se ocupara de redecorar el conservatorio. Desgraciadamente, había tenido que soportar el lamento del violín de la nieta prodigio durante las dos horas que les llevó discutir los planes.

Así que había recibido con alivio la llamada de Sally a su teléfono

móvil. Momentáneamente. De hecho, entre una velada con posibles pretendientes y unas cuantas horas soportando el chirrido de un violín, prefería lo último.

–¿Así que nos vemos esta noche?

–Supongo que sí –convino Kara con un suspiro.

–Conozco esa expresión. La misma que cuando tenía que arrastrarte al dentista –se rió la mujer mayor.

–No te equivocas.

Sally le palmeó cariñosamente la mejilla.

–¿Por qué no vas a casa a relajarte? La velada acabará antes de que te des cuenta.

–Mmm.

Tras cerrar la puerta del despacho de Sally, Kara echó una mirada a la zona de recepción con orgullo. No estaba mal para una principiante. La oficina había sido uno de sus primeros proyectos. Kara adoraba su trabajo. Le encantaba combinar colores, formas y dimensiones de un modo particularmente imaginativo. Era una lástima que sus clientes no pensaran lo mismo. Tras unos cuantos meses muy ocupados después de la inauguración del estudio, los negocios habían bajado considerablemente. Sal no era la única que necesitaba dinero con urgencia.

Cuando llegó a la salida, la puerta se abrió con tal ímpetu que casi la empujó hacia un lado.

–Lo siento. ¿Se encuentra bien? –oyó que preguntaban. «No», pensó ella antes de reconocer el rostro del último hombre que hubiera esperado encontrar en una agencia matrimonial–. ¿Kara? Qué sorpresa.

Los fuertes brazos de Matthew Byrne la estrecharon con fuerza.

Todos los antiguos sentimientos se apoderaron de ella en ese instante: su anhelo por ese hombre, su dolor por no ser la mujer que él deseaba. En un segundo percibió que todavía tenía el poder de reducirla a un estado de total estupidez. Claro que no lo iba a demostrar.

–Hola, Matt. Me alegro de verte –saludó al tiempo que se zafaba de sus brazos, con el pulso latiéndole aceleradamente.

–Sí que has crecido.

Mientras la mirada masculina recorría su cuerpo, Kara sintió que se le erizaba la piel. La mirada se detuvo en sus senos un largo segundo antes de volver a la cara.

Kara cruzó los brazos en un gesto fingidamente casual.

Él sonrió, con la misma sonrisa diabólica que la había cautivado durante años.

Kara alzó la barbilla y lo miró, furiosa.

–Sí, suele sucederle a las niñas pequeñas –contestó.

Se preguntó si él recordaba las penosas palabras que había pronunciado la noche de su decimoctavo cumpleaños. La noche que le había destrozado el corazón.

Una chispa de conciencia brilló por unos segundos en sus profundos ojos azules.

–Bueno, ya no eres pequeña. Tienes un aspecto maravilloso. Es una pena que no nos hayamos visto en todos estos años.

Kara podría haberse sumergido en el azul infinito de esos ojos. Nunca había visto una tonalidad como aquélla, una mezcla de violeta, zafiro y un leve toque de esmeralda.

La joven sintió que se sonrojaba al tratar de adivinar el sentido de las palabras de Matt. De pronto recordó sus manos y sus labios acariciando cada centímetro de su cuerpo, explorando sus más íntimos secretos.

Como si adivinara sus pensamientos, Matt le rozó una mejilla con la mano.

–Eres adorable cuando te sonrojas de esa manera. Sí, eres la misma Kara de siempre.

La voz baja y ronca le hizo vibrar los nervios. De pronto anheló apoyar la mejilla en esa mano y sentir el consuelo que sólo él podía darle. Luego recordó el beso intenso, las manos frenéticas y el firme rechazo que para ella había durado una vida. Matt Byrne la había apartado de sí de la manera más cruel posible, con tal desprecio que ella había decidido no volver a hablarle más.

Y en ese momento estaba allí, irrumpiendo en su vida como un superhéroe, con sus músculos flexibles, su ancho pecho, su rostro de rasgos acusados y su sonrisa asesina.

Todo lo que necesitaba era una capa y el cuadro estaría completo. Kara no pudo evitar la risa.

–¿A qué viene esa risa?

–Lo siento. Viejos recuerdos.

–No creo que nuestros recuerdos fueran tan divertidos –dijo al tiempo que le frotaba los brazos bajo las mangas de la camiseta. Era una caricia íntima que llegó a atemorizarla.

Kara dio un paso atrás para no hacer algo tan estúpido como quedarse quieta y esperar que la besara.

–Esos son recuerdos del pasado. Sé que estás haciendo cosas más grandes e importantes. Tu vida como abogado, y playboy además, debe de estar llena de cosas más emocionantes que los viejos recuerdos.

Matt entornó los ojos, que de pronto habían perdido su brillo.

–No creas todo lo que lees por ahí. Los medios de comunicación se dedican a chismorrear para aumentar sus ventas.

–Seguramente tendrás algún beneficio, porque lo que dicen de ti da para vender un millón de ejemplares –comentó. Su reputación de playboy en gran parte se debía a que aparecía continuamente en la prensa de Sidney, siempre acompañado de hermosas y provocativas mujeres–. Hablando de reputación, ¿qué haces aquí? Eres el último hombre que esperaría ver en una agencia matrimonial. ¿Problemas con tu encanto personal?

A pesar de que la broma era bienintencionada, Kara notó que la sonrisa de Matt disminuía.

–A mi encanto personal no le sucede nada. Deberías saberlo –dijo con una sonrisa forzada.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

Su respuesta fue breve, cortante y amenazadora.

–Por negocios.

Maldición, si los abogados habían empezado a perseguirla, Sally debía de tener más problemas de lo que Kara suponía.

–La tratarás con suavidad, ¿verdad?

La joven no pudo interpretar la fugaz expresión de sus ojos.

–¿Kara, estás bien? Te has sonrojado.

La joven supo que tenía que escapar. Aún ejercía aquel extraño poder hipnótico sobre ella. Durante nueve largos años no había aprendido a controlar sus sentimientos respecto a él. Los años y las incontables citas habían ayudado muy poco a borrarle de la cabeza la imagen de ese hombre. Al parecer, había quedado impresa para siempre en su espíritu y en su mente.

–Sí, estoy bien, Matt. Me ha encantado volver a verte. Espero que tengas suerte con lo que te ha traído hasta aquí –dijo al tiempo que su mirada intentaba memorizar cada detalle del rostro masculino.

–Gracias. Yo también me alegro de verte. Tal vez podríamos ir a tomar una copa alguno de estos días.

Ella ignoró los fuertes latidos de su corazón.

–No creo. Gracias de todos modos. Adiós.

Kara se escabulló antes de que Matt pudiera responder.

«No mires atrás, porque va a pensar que todavía estás colada por él»

Pero como nunca se le había dado bien escuchar la voz de la razón, arriesgó una rápida mirada por encima del hombro. Él la miraba a través de una ventana, situado directamente bajo las letras rojas del cristal: «Agencia Matrimonial». Una divertida coincidencia.

Sin embargo, no había la menor posibilidad de que eso sucediera. No se imaginaba a Matt Byrne, un famoso playboy, junto a la compañera idónea gracias a los servicios de una agencia matrimonial.

Matt contempló la espalda de Kara intentando ignorar las imágenes eróticas que se filtraban en su mente. Había crecido. Se había convertido en una hermosa rubia escultural de grandes ojos verdes.

Estaba acostumbrado a las mujeres hermosas que inundaban su mundo. Mujeres estupendas, inteligentes y profesionales, más que ansiosas por estar junto a él. La lista era interminable. Sin embargo, hacía mucho tiempo que ninguna le llamaba la atención. Hasta que había vuelto a ver a Kara. Era asombrosa, con sus ojos verdes de gata y la brillante melena rubia con toques rojizos que le caía por la espalda como una sedosa cortina.

Había sido una agradable muchachita que había florecido a los dieciséis años. Todavía recordaba las interminables charlas, las confidencias compartidas, la fluida amistad que había entre ellos… hasta que ella creció. Y le revolucionó las hormonas. Y a partir de entonces, la figura de Kara llenó sus horas de vigilia y de sueño.

La había deseado con una intensidad que lo había asustado. Por ser mayor y más maduro, como un hermano para ella, debió haber sabido lo que ocurriría. Incluso en ese momento, no podía olvidar la pasión inocente de la joven cuando se lanzó a sus brazos y lo besó el día que cumplía dieciocho años. Durante un breve instante, Matt sintió que todas sus fantasías se volvían realidad, hasta que recordó que la estaba besando a ella. Entonces reaccionó y la apartó de sí con palabras frías, interponiendo una barrera verbal. Palabras capaces de apagar hasta las llamas más ardientes.

Después de todo, no había querido que la historia se repitiese. Bastaba con un asaltacunas en la familia Byrne y las consecuencias de su acto. A veces pensaba que podría matar a su padre, de veras que sí.

Sí, había hecho la única cosa decente que cabía hacer: evitar a Kara como a la peste. Hasta ese mismo día. Maldición, todavía estaba obsesionado. Pensó que ella había correspondido a su saludo con la misma calidez que él y que luego se había arrepentido.

Seguro que no había nada malo en haberla invitado a una copa, ¿verdad? De acuerdo, ella probablemente había recordado el modo en que la había tratado durante esos años, así que no debería

sorprenderle que no quisiera salir con él.

¿Y qué demonios hacía en la agencia matrimonial?

Una mujer como Kara no estaría sola mucho tiempo. ¡Lo que daría por estar a solas con ella en ese momento!

Matt desechó esos pensamientos al tiempo que llamaba al timbre del mostrador.

–Estaré con usted en un minuto –gritó una voz desde el despacho interior.

Matt miró a su alrededor. La oficina estaba perfectamente decorada en tonos negros y cromo con algunos toques de rojo para animar el conjunto. Allí no había corazones pegados en las paredes, sólo algunos carteles muy modernos, obra de algún artista desconocido para él. Bueno, tampoco era un experto en la decoración de agencias matrimoniales. Era la primera vez que iba a una y esperaba que fuese la última.

–Siento haberlo hecho esperar.

Matt se volvió rápidamente. La voz le resultaba extrañamente familiar.

–¿Sally? ¡Maldición, qué día más curioso! Primero Kara y luego tú.

La mujer mayor lo abrazó.

–Me alegro de verte, Matt. Estás tan apuesto como siempre –dijo al tiempo que le quitaba una imaginaria hebra de hilo de la chaqueta.

Ese gesto familiar le llevó a la memoria el preciado recuerdo de su primer baile cuando, junto a sus padres, en la puerta de su casa, Sally lo despidió como si fuera su propio hijo. De hecho, había sido más cariñosa con él que su propio padre.

–Tú también estás estupenda, Sally –dijo con una sonrisa al ver que las ya rubicundas mejillas se sonrojaban aún más.

–¡No seas zalamero! –exclamó ella al tiempo que le palmeaba los brazos–. ¿Qué te trae a Matchmaker? No creo que un hombre como tú necesite nuestra ayuda.

–¿Tú diriges la agencia? –preguntó aliviado.

Si Sally era la directora, era obvio que Kara había ido a visitar a su madre adoptiva y no a pedir sus servicios.

Sally asintió con la cabeza.

–Sí. Abrí esta oficina hace unos cuantos años, cuando Kara emprendió sus propios negocios. Siempre había tenido la idea de proporcionar un poco de alegría a la gente que se siente sola, así que después de leer muchas novelas románticas, decidí dar el salto.

–Eso es fantástico –dijo Matt. Luego pensó en preguntarle acerca

del negocio de Kara, pero decidió postergarlo. Tenía mucho tiempo para hacerlo–. Necesito tu ayuda.

–Entra y acomódate.

Matt la siguió hasta el pequeño despacho, tan bien decorado como la oficina, en el que predominaban los tonos suaves que lo hacían más espacioso.

–¿Qué pasa, Matthew? Cuéntamelo todo –dijo suavemente.

Matt se reclinó en el cómodo sillón y cruzó las piernas.

–Necesito un cambio de imagen. Mi padre piensa que mi reputación perjudica la imagen de la empresa.

–Entiendo. Regularmente suelo enterarme de tus travesuras a través de la prensa. Eres un hombre muy aficionado a las mujeres.

Él negó con la cabeza.

–No creas todo lo que dicen. Mi vida no es tan emocionante como la pintan los periodistas. De todos modos, mi padre dice que no me dejará participar como socio de la empresa hasta que no mejore mi conducta –dijo al tiempo que se pasaba la mano por el pelo–. Ya conoces a mi padre. Byrne y Asociados es la niña de sus ojos. No tengo ninguna esperanza hasta que no demuestre «una actitud más responsable respecto a mi vida personal», fin de la cita.

Sally dejó escapar un suspiro.

–Fui vecina de tu padre durante mucho tiempo. Está muy orgulloso de ti. Él te quiere, independientemente de que tengas pareja estable o no.

¿Amor? Su padre ignoraba el significado de esa palabra.

–Necesito demostrar en la firma que soy un buen abogado que no depende de su padre. Quiero formar parte de la sociedad. Y cuanto antes, mejor.

Le hervía la sangre cada vez que pensaba en las insinuaciones que hacían acerca de su creciente posición en la empresa. Era un abogado de primera clase, sin la ayuda de su padre. Y no porque Jeff Byrne se la hubiera ofrecido.

–¿Cómo puedo ayudarte?

Ésa era la parte más espinosa de la cuestión.

–Como te he dicho, necesito un cambio de imagen. Necesito conocer rápidamente a una mujer que concuerde con mi forma de pensar. Había pensado en hacer un trato con ella. Podría acompañarme en calidad de novia estable a todos los actos sociales de la profesión. Naturalmente, cobraría por sus servicios.

Sally pestañeó.

–Eso suena demasiado frío y calculador. Lo mío es el romance, no la organización de citas. Por lo demás, ¿no crees que sería engañar

a tu padre? ¿No hay otro modo de solucionar el asunto?

Matt negó con la cabeza.

–He hecho indagaciones. Las citas organizadas son la manera más rápida y fácil de conocer a una mujer que encaje con mis necesidades. Sé que el servicio es confidencial, así que mi padre no se va a enterar. Por lo demás, ¿quién es él para atreverse a juzgar? Basta con mirar su vida privada.

–Sigo pensando que no es correcto ocultárselo a tu padre.

Sally siempre había defendido a su padre, aunque Matt no entendía por qué. A veces había sido un progenitor duro de corazón, pero Sally siempre sostenía que la paternidad no era asunto fácil. El problema era que Jeff Byrne lo ignoraba todo sobre la paternidad.

–Quiero hacerlo, Sally. Lo antes posible.

Matt había puesto las cartas sobre la mesa y ella no se había reído de él.

Los ojos oscuros de Sally lo miraron con una chispa de malicia.

–De acuerdo, basta de sermones. Rellena estos cuestionarios y pondré tus datos en el ordenador. Esta noche irás al Blue Lounge, a las ocho. Yo estaré allí para explicarte cómo funciona el sistema. ¿Alguna pregunta?

Matt se preguntó a qué se debía la mirada divertida de Sally. Llegados a ese punto, decidió tentar a la suerte.

–Sí, una. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con Kara?

Sally rompió a reír al tiempo que agitaba el índice ante él.

–Déjalo de mi cuenta, jovencito. Lo sabrás antes de lo que crees.

Capítulo 2

Kara entró en el Blue Lounge minutos antes de las ocho.

Puntual como era, había dado unas vueltas a la manzana para matar el tiempo y no parecer demasiado ansiosa. Gracias a Dios que lo hacía para ayudar a Sal, sin ninguna implicación personal, a diferencia del resto de los clientes, que iban allí para encontrar a su amor verdadero. En cuanto a ella, cumpliría lo prometido y luego se iría a casa tras dejar a los candidatos suspirando de amor.

Kara examinó la estancia suavemente iluminada, con mesas para dos esparcidas por todas partes. El pulso empezó a latirle de aprensión ante el pensamiento de pasar siete minutos con siete candidatos diferentes. Las mesas eran suficientemente pequeñas para crear un ambiente de intimidad entre sus ocupantes. En vez de fingir indiferencia se vería forzada a entablar una breve y amable charla para luego marcharse rápidamente. Maldición, estaba ansiosa y esperaba que no se notara.

Esa noche se había arreglado para impresionar: un vestido negro de falda muy corta, medias de seda, sandalias con lentejuelas y un bolso a juego. A continuación, un leve toque de maquillaje para realzar los ojos y los labios. Después se había recogido el pelo en un elegante moño. Kara sabía que podría aprobar cualquier examen.

Claro que esa imagen ocultaba un tembloroso amasijo de nervios.

En cuanto se sentó localizó a Sally, que le sonrió mientras se desplazaba entre las mesas saludando a todo el mundo como una reina. Sally era asidua del local porque lo utilizaba semanalmente como punto de reunión para sus clientes.

–Hola, tesoro. ¡Estás sensacional!

Kara se encogió de hombros.

–¿Con estos trapos?

–Te conozco, querida. ¿Un vestido y maquillaje maravillosos? Apuesto a que estás muy nerviosa.

–¿Qué te hace pensar eso?

Las dos se rieron al unísono. Sally estaba al tanto de que Kara prefería una elegancia comedida más que vestidos hechos para impresionar, así que no había duda de que se sentía muy nerviosa.

–No importa. No tendrás tiempo para preocuparte una vez que empiece la función. ¿Te acuerdas de las reglas?

–No fastidies, Sal. Hace años que las conozco. ¿Quién más que yo se dedicaba a escuchar tus desvaríos acerca de la agencia?

Sally le pellizcó cariñosamente la nariz, con una amplia sonrisa.

–Tú me animaste a emprender esta aventura. No lo olvides.

–¡Vaya! Eso fue antes de saber que sería víctima de tus dotes de casamentera. Quién sabe con cuántos perdedores voy a malgastar mi tiempo esta noche.

La sonrisa de Sally se hizo más amplia.

–Yo en tu lugar no me preocuparía tanto. Mi ordenador es muy hábil para detectar lo que una mujer necesita. Ha batido el récord: ocho bodas en dos años. ¿Quién sabe si tal vez encuentres al hombre de tus sueños? Entonces le darás las gracias a la vieja Sally en lugar de regañarla.

–¡Vamos! No necesito un hombre. He de ocuparme de mi negocio y no tengo tiempo para nada ni nadie más. Y en cuanto a encontrar al hombre de mi vida, creo que sería más fácil que me tocase la lotería.

Sally la miró con ojos chispeantes.

–No digas que no te lo advertí. Suceda lo que suceda esta noche, gracias por ayudarme, querida.

Kara se sintió culpable. Lo menos que podía hacer era actuar con entusiasmo. Después de todo, la agencia era el orgullo y la alegría de Sal. Y ella más que nadie podía comprenderlo. Su propio negocio marchaba con dificultad y haría cualquier cosa para salvarlo.

Kara abrazó a la mujer mayor.

–Todo saldrá bien, Sal. Esta noche vas a unir a tu milésima pareja y la agencia marchará viento en popa durante los próximos diez años. Te lo digo yo. Me alegra poder ayudarte. Si no, ¿para qué están las hijas?

Tras acariciarle la mejilla, Sally se alejó.

Kara echaba de menos a sus padres, aunque el tiempo hubiera suavizado el terrible dolor de la pérdida. Sally se había encargado de hacerlo a fuerza de amor, atención, calidez y seguridad. Sin embargo, Kara nunca olvidaría las interminables noches vacías, cuando se dormía llorando.

Matt también la había apoyado. Había escuchado su aflicción, le había gastado bromas, la había ayudado con los deberes. Kara se había sentido desgarrada cuando se marchó a la universidad y sólo podía verlo durante las vacaciones.

Sin embargo, cuando volvió a casa el primer año, algo había cambiado. La abierta relación que había entre ellos se vio afectada por una tensión casi tangible. Ella sabía que era por su culpa. No

había sido capaz de ocultar el apego hacia él, que en ese tiempo había aumentado en gran medida. Estaba claro que Matt lo sabía, porque a partir de entonces la había tratado con guante blanco. Se acabaron las caricias juguetonas, los abrazos impulsivos. El objeto de su afecto guardaba las distancias y eso la hacía sufrir enormemente.

Todo siguió igual hasta el día de su decimoctavo cumpleaños. Todavía le daba un vuelco el estómago al recordar el rechazo de Matt. Incluso ese mismo día, al verlo aparecer inesperadamente en la agencia, casi se había desmayado.

–Perdone. ¿Está libre este asiento? –una voz profunda irrumpió en sus recuerdos.

–La verdad es que estoy esperando a…. –alcanzó a decir, y luego se quedó sin habla.

–Hoy debe de ser mi día de suerte. Te he visto dos veces en unas horas. ¿Qué probabilidades había de que ocurriera?

Ella absorbió con los ojos todos los detalles de su rostro. Era un hombre muy apuesto. Con el corazón galopando en el pecho sintió que el deseo la invadía.

–No lo sé, Matt –dijo con las manos apretadas bajo la mesa–. Dímelo tú que eres el jugador, a juzgar por lo que comenta la prensa respecto a tu presencia en las carreras de Randwick.

–Diría que una entre un millón. Aunque siempre sucedería algo para que acabáramos juntos. A propósito, me alegra saber que estás muy atenta a mi vida a través de los periódicos. ¿Me has echado de menos? –preguntó. Ella no pudo responder. Para su sorpresa, Matt se sentó y cruzó las largas piernas. Sus rodillas se tocaron y ella se estremeció–. ¿Por qué no tomamos ahora la copa que mencioné esta tarde? –preguntó mientras se inclinaba hacia ella, creando una intimidad que la atraía como un imán.

–Creo recordar que rechacé tu invitación.

La intensa mirada de Matt le llegó al alma.

–Sin ninguna convicción. Digamos que esto es obra del destino. Estábamos destinados a encontrarnos nuevamente y ahora nos hallamos aquí. ¿Qué tiene de malo que dos viejos amigos compartan una copa?

Kara se hundió en el líquido pozo azul de sus ojos, incapaz de resistirse. Siempre había sido así cuando estaba con él. Indecisa. Perdida. Anhelante.

–Mmm, dentro de muy poco me voy a reunir con unas personas. ¿Por qué no lo dejamos para otra ocasión?

Tenía que alejarlo antes de que descubriera la verdadera razón de

su presencia allí, y tomar una copa era el mínimo precio que tendría que pagar.

–A decir verdad, soy una de las personas que esperas –dijo con una sonrisa que dejó al descubierto su blanca dentadura.

De pronto, Kara se quedó apabullada. En su mente lo vio entrando en la agencia, recordó a Sal contándole que había atendido a un nuevo cliente, y por último la coincidencia de ambos en ese bar, a la misma hora. ¡No había la menor duda! Matt había ido a ver a Sally por motivos que no eran profesionales.

–¿Estás bromeando? El famoso Matt Byrne, rey de las fiestas, no puede conseguir una cita. Dime la verdadera razón por la que estás aquí. ¿Sally te incitó a hacerlo? –preguntó con un tono sarcástico que no pudo evitar.

Matt se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

–No seas ridícula. Encontré la agencia de Sally por casualidad. Estoy aquí porque me inscribí en el programa esta misma tarde. No te debo ninguna explicación, Kara. Mi vida no es un libro abierto, así que no saques conclusiones precipitadas.

–¿Pero una agencia matrimonial? ¿Por qué un tipo como tú necesita ayuda para conseguir una cita?

Las palabras salieron de su boca antes de pensárselo dos veces. Maldición, tendría que justificar su significado.

–¿Un tipo como yo? –preguntó en voz baja, y ella sintió un escalofrío en la columna vertebral.

–Ya sabes. Un hombre de éxito. Y rico, además –respondió al tiempo que desviaba la mirada.

–Te olvidas de lo atractivo que soy –bromeó.

Kara se sonrojó y luego intentó engañarlo con un tono frívolo.

–Sí, eso también. Así que dime, ¿cuál es tu historia? –preguntó. A juzgar por la expresión de Matt, no lo consiguió.

–No tan rápido. ¿Qué te parece si disfrutamos de nuestros siete minutos y si quieres saber algo más me eliges para tu próxima cita?

Ella se echó a reír.

–¡No tienes remedio! El chantaje no te llevará a ninguna parte.

Él se inclinó hacia delante.

–¿Y qué te parece la lisonja? ¿Crees que me conducirá a alguna parte?

Con ansias de igualar su ingenio, ella batió las pestañas.

–Descúbrelo por ti mismo.

Los labios de Matt se curvaron en una lenta y seductora sonrisa capaz de acabar con cualquier resistencia.

–Trato hecho.

Kara se reclinó en la silla, cruzó las piernas y Matt vislumbró las tentadoras medias. Anheló acariciar cada centímetro de la suave piel hasta hacerle pedir más.

Desde que entró en el local apenas había podido apartar la mirada de ella. En ese instante tuvo que convencer a sus manos para que hicieran lo mismo.

–¿Así que sabes cómo funciona esto? –preguntó Kara.

Incluso su preciosa voz parecía estar cargada de promesas sensuales. Si persistía en esos pensamientos, le iba a costar mucho trabajo concentrarse en lo que ella dijera en los próximos siete minutos, así que se esforzó por volver al presente.

–Sí, Sally me lo explicó. Paso siete minutos con siete mujeres maravillosas y al final elijo a mi pareja perfecta. Con este sistema se acaban las laboriosas citas a ciegas, la pérdida de tiempo en conversaciones triviales y las charlas en cenas que suelen durar una eternidad. Aquí se trata de ir al grano.

Kara le lanzó una mirada furiosa.

–Hay algo que no me dices. Se comenta que te encantan las citas. «Cuantas más citas, más feliz», parece ser tu lema. ¿Así que para qué recurrir a esto? Creí que eras la clase de hombre a quien le encanta la emoción de la caza.

–Seguro, me encanta la caza como a cualquier otro, pero mis prioridades han cambiado.

Matt esperaba que su respuesta satisficiera a Karen. No estaba preparado para decirle la verdad. Él apenas podía asumirla.

Ella alzó las manos en un gesto de rendición. Matt miró los largos y elegantes dedos al tiempo que se los imaginaba acariciando su cuerpo. Le resultaba cada vez más difícil mantener la compostura.

–Muy bien, digas lo que digas, todavía creo que estás tramando algo. Espero poder arrancarte el secreto, lo quieras o no –dijo entre risas.

Un dulce tintineo que a Matt le hizo recordar cálidas tardes de verano, cuando ambos compartían sueños y confidencias.

Él alargó la mano, capturó la de ella y le acarició la palma con el pulgar.

–Me siento más dispuesto al halago. ¿Te importa si lo intento? –
Kara sintió la garganta repentinamente seca y tragó saliva. El pulgar de Matt enloquecía sus sentidos. Ondas de placer recorrían su cuerpo. Y saboreó la caricia, ajena a todo pensamiento lógico.

Al mirarlo directamente a los ojos sintió un vuelco en el estómago. Lo deseaba más que cualquier otra cosa en la vida. Afortunadamente, sólo lo vería esa vez. Matt Byrne era peligroso.

En un día había sido capaz de hacerle revivir sentimientos que había enterrado durante años. No podía con él, era demasiado hombre para ella.

Kara retiró la mano. Necesitaba restablecer las fronteras entre ellos.

–No he venido aquí buscando tus halagos. ¿Me quieres decir qué mosca te ha picado? Si no lo haces, no creas que me importa. Nuestra amistad terminó hace mucho tiempo, así que, ¿por qué no seguimos con el asunto que nos ha traído aquí y luego nos separamos?

Él se echó hacia atrás, se cruzó de brazos y le lanzó una mirada furiosa. Kara se sintió como un bicho bajo el microscopio.

–¿Qué te hace pensar que esta noche será el final?

Matt sonrió. Maldición, siempre le había resultado difícil resistirse a esa sonrisa.

–No fui yo la que cortó la relación, Matt. Si no recuerdo mal, fuiste tú quien decidió apartarme de tu lado.

El dolor volvió a apoderarse de ella. Había sido su primer amor. Y si era totalmente sincera, su único amor. Y allí estaba, después de todo ese tiempo, como si nada hubiera sucedido. No, no se lo pondría fácil.

–Lo pasado, pasado está. Hay que mirar hacia delante. Además, en aquel entonces eras sólo una niña. ¿Qué esperabas que hiciera?

Para su fastidio, las lágrimas se agolparon en los ojos de Kara. Lágrimas de rabia, de vergüenza y de innegable pesar.

–¿Una niña? Tenía dieciocho años. Era lo suficientemente mayor como para saber lo que quería. Y no es que te importara. Al parecer yo era una molestia, una muchachita pegada a ti que jugaba a ser una vampiresa, pero a quien le faltaba mucho para madurar. ¿Te suenan esas palabras? –preguntó al tiempo que pestañeaba furiosamente para evitar las lágrimas.

Matt se pasó la mano por el pelo, un claro signo de desconcierto.

–Lo siento, Kara. Acababa de terminar la carrera de Derecho y estaba redactando mi memoria. Tenía muchas cosas en la cabeza y no necesitaba la atención de una colegiada muy inclinada a experimentar… –Matt se calló al ver que ella se levantaba de la mesa.

–¿Quién diablos te crees que eres? No estaba experimentando. Yo estaba…

–Vosotros dos. ¿A qué se debe esta explosión?

Sally se había materializado junto a ellos y los miraba con las manos en las caderas y el ceño fruncido.

–Sal, necesito hablar contigo –dijo Kara al tiempo que la agarraba del brazo y la alejaba de la mesa–. No puedo hacer esto. Matt me está volviendo loca. No puedes esperar que pase un segundo más junto a él, por no hablar de los siete minutos.

Sally sonrió, aunque su serenidad no contribuyó a calmar los nervios de Kara.

–Sé que esta noche es un sufrimiento para ti. Hazlo por mí, te lo ruego.

Kara respiró a fondo y luego exhaló lentamente. No había modo de resistirse a la mirada suplicante de Sally.

–De acuerdo. Lo haré por ti. Pero juro que tan pronto como haya hablado con el último idiota me largo de aquí.

–¡Ésta es mi chica! Ahora siéntate, sonríe a Matt, charla un poco con él y la tortura habrá acabado antes de que te des cuenta.

Kara se volvió a mirar a Matt. No se había movido y, a juzgar por su expresión divertida, había oído la conversación.

–¿Todo solucionado? –preguntó con suavidad.

–Mmm –farfulló Kara–. Vamos a empezar. Buena suerte, Matt. Espero que encuentres a la persona que andas buscando.

–¿Y si te digo que ya la he encontrado?

–Le desearía buena suerte. La va a necesitar. Gracias a Dios que ha quedado claro que no soy tu tipo.

Matt la miró con una chispa de inseguridad en los ojos.

–¿Buena suerte? ¿Quién sabe lo que habría sucedido si hace años no te hubiera apartado de mí?

Una hora más tarde, el sufrimiento había concluido. Kara apenas podía recordar su charla con el resto de los candidatos, porque las palabras de un solo hombre resonaban en su mente. Durante los siete minutos Matt la había mantenido embelesada, coqueteando con ella con la seguridad de un maestro en la materia.

Cierto, ella se había resistido, aunque con mucha dificultad. No había remedio. A pesar del enfrentamiento, las acusaciones quedaron olvidadas mientras él le dedicaba toda su atención.

Ninguna mujer podía resistirse a Matt Byrne: a su brillante sonrisa, a sus ojos magnéticos, a su animada conversación. La había atrapado como una araña atrapa a la mosca en su tela. Sí, estaba atrapada, le gustara o no. Los siete minutos habían pasado en un instante. Ése era su poder. La había envuelto con su voz seductora.

El resto de los candidatos no podían compararse con él. Kara no era capaz de recordar ni una palabra de la conversación mantenida

con ellos, por muy amable y entretenida que hubiera sido la charla. Sabía que su incapacidad para recordar tenía mucho que ver con su atención puesta en Matt, dedicado a seducir a otras mujeres con su encanto.

Con la tensión enroscada en el estómago, observaba cómo las mujeres caían víctimas de su seducción. ¿Quién podría culparlas? A ella le había sucedido lo mismo a pesar de su decisión de mantener la calma. ¿Quién sería la dama afortunada? Kara apostaba por la morena de grandes pechos que lo escuchaba atentamente y que le palmeaba el brazo a intervalos regulares.

Deseó arrancarle los ojos. La morena era el tipo de mujer que le gustaba a Matt: toda silicona y labios que hacían pucheros. En los periódicos había visto a muchas mujeres similares colgadas de su brazo y se enfadaba consigo misma por sentir celos irracionales de todas y cada una de ellas.

Kara miró el impreso que se encontraba encima de la mesa. Aunque era una pura formalidad, le tembló la mano al poner una cruz en la palabra «Sí» junto al nombre de Matt. Tras la contienda verbal, no había la menor posibilidad de que la eligiera, así que se sintió segura al marcar su nombre.

La morena elegiría a Matt y viceversa. Cuanto antes anunciaran que se había formado la milésima pareja, antes podría escapar. Matt y la morena. Se le removieron las vísceras al pensarlo.

Sally recogió el impreso, lo agregó al montón que llevaba en la mano y le hizo un guiño.

–No queda mucho, cariño, pronto estarás en casa. Un millón de gracias. Te quiero.

–Y yo también a ti –murmuró Kara, al tiempo que buscaba con la vista a Matt.

Todavía charlaba con la morena. ¿Es que nadie les había dicho que sus siete minutos habían acabado?

Kara deseó que terminara la velada. De alguna manera, ver a Matt había sido una grata sorpresa. Pero verlo con todas esas mujeres no fue tan grato. Y verlo con esa versión de Pamela Anderson como su pareja ideal, sería demasiado para ella.

–¿Pueden prestarme atención, damas y caballeros? –se oyó la voz de Sally–. Matchmaker ha unido con éxito a novecientas noventa y nueve parejas en los últimos años. Optar por las citas veloces es la manera más emocionante, rápida y relajada de lograr reunir a personas solteras con intereses similares. Por lo tanto, si esta noche no han encontrado a su pareja, vuelvan a intentarlo –Sally asintió con la cabeza y luego sonrió al oír los aplausos de los presentes–. Y

ahora, sin más dilación, Matchmaker se enorgullece de anunciar la elección de su milésima pareja ideal –declaró. Kara sintió una extraña tensión. No sería capaz de observar la euforia en la cara de la mujer afortunada, ya que no dudaba de que Matt sería el hombre elegido esa noche–. Matt Byrne y Kara Roberts. ¿Podrían hacer el favor de acercarse al estrado?

Aturdida, Kara se dejó caer en la silla. Habría jurado que Sally acababa de pronunciar su nombre. Tenía que haber un error. La tensión aumentó al ver que Matt se acercaba a ella.

–Kara, creo que nos llaman.

Ella miró la mano que le tendía como si fuera una cobra. Si la tomaba estaría perdida. Sus labios se movieron y la rigidez de los músculos faciales dio paso a la apariencia de una sonrisa. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

–Ésta es mi chica –murmuró Matt al tiempo que le estrujaba la mano y la guiaba hacia el estrado.

Kara se movió mecánicamente, sin oír las felicitaciones que les llegaban de todas las direcciones.

Sally le palmeó el brazo cuando llegó al escenario.

–Lo siento, cariño. Tú y Matt habéis sido los únicos que habéis encajado. No podía tergiversar los resultados. El comité de la agencia examina a fondo los detalles, por no decirte que se encuentran presentes varios de los miembros del jurado que otorga el premio. ¿Me perdonas?

Con la cara sonrojada, Kara miró fijamente a Sally. Extrañamente, el rostro de su amiga no expresaba el menor remordimiento. De hecho, se diría que estaba muy contenta. Sin embargo, no había tiempo para discutir. Tenía que ocuparse de cosas más importantes, como poner fin a esa farsa sin comprometer el negocio de Sally. Y también ocuparse del modo en que podría desviar las atenciones de Matt cuando acababa de elegirla como su pareja deseada.

–Dejémonos llevar por ahora –murmuró Matt, como si le leyera el pensamiento.

Kara lo miró fijamente. La intensidad de la mirada masculina no consiguió calmarla.

«Es más fácil decirlo que hacerlo», pensó la joven.

Capítulo 3

Cuando las formalidades hubieron concluido, los asistentes comenzaron a marcharse. Kara, muy sonriente, aceptó las felicitaciones de los otros participantes con la mano en la de Matt, que no la había soltado en todo ese tiempo. Cuando la última persona se hubo retirado, le dolía la cara por el esfuerzo de mantener una expresión de felicidad. ¿Felicidad? Nada más lejos de la realidad. Era hora de solucionar ese lío de una vez por todas.

–¿Podemos hablar, Matt? A propósito, ya puedes soltarme la mano. La comedia ha terminado.

Notó que la calidez de su mirada se apagaba.

–¿Te apetece una copa? Por tu expresión, me parece que la vas a necesitar –dijo al tiempo que la soltaba.

A ella no le gustó el matiz de dureza que había en su voz, aunque eso podía llevarlo bastante mejor que su talante amistoso. No iba a ser fácil hablar con él.

–Una copa pequeña de vino blanco, por favor. Estaré en la mesa del rincón.

–¿Así que has elegido la mesa más apartada del recinto? O me vas a decir cuánto te ha emocionado que te haya elegido o estás planeando deshacerte de mí. ¿Cuál de las dos posibilidades es? –preguntó. Kara se puso rígida, sorprendida de su habilidad para leerle la mente–. Entiendo, ¿vas a hacerme pagar por lo que sucedió hace nueve años, verdad? –dijo antes de volverse al camarero–. Un copa de vino blanco y un zumo de naranja para mí, por favor. No, pensándolo mejor, un whisky para mí.

Kara lo esperaba a mitad de camino hacia la mesa.

Observó que Matt se pasaba la mano por el pelo, luego consultaba su reloj y golpeteaba con el pie el brillante suelo. Parecía que no hallaba la hora de salir de allí, como le sucedía a ella. ¿Por qué diablos la había elegido?

Desde luego que se sentía halagada. ¿Qué mujer no lo habría estado? El fino traje azul marino y la camisa de seda en tono marfil no podían ocultar su poderosa fuerza. La ropa de confección no desvirtuaba el ancho pecho, la esbelta cintura y las largas piernas. Seguro que la camisa ocultaba un estómago plano. No cabía duda de que Matt estaría impresionante sin ropa alguna.

La imaginación de Kara remontó el vuelo mientras lo visualizaba completamente desnudo.

–¿Planeando el ataque?

La interrupción la devolvió de golpe al presente, pero no le calmó el pulso acelerado. Tendría que controlar su cuerpo para enfrentarse a él.

–No soy una clienta, Matt. No planeo ningún ataque. Sólo quiero hablar contigo –replicó mientras se dirigía a la mesa con la cabeza alta, más enfadada por la respuesta irracional de su cuerpo que con él.

¿Qué habría pasado con la tranquila y tímida Kara que él había conocido? Matt pensó que se sentiría feliz por haberla elegido. Pese a su instinto de buen abogado, al parecer, se había equivocado.

–Aquí tienes, vino blanco, como pediste.

Matt no pudo evitar mirarle las nalgas cuando se sentó. Era impresionante. El vestido negro realzaba todas las curvas de su cuerpo. Los grandes senos, la estrecha cintura y las larguísimas piernas. Una vez más, su mente se entregó a las imágenes sensuales.

«No olvides que esto es un acuerdo de negocios»

–Díselo a mi libido –murmuró al tiempo que bebía un sorbo de whisky.

–¿Qué dices, Matt?

Lo miraba con sus brillantes ojos verdes. Convencer a su libido iba a ser una dura tarea.

–Nada. ¿Qué querías decirme?

Kara respiró hondo. Iba a ser difícil concentrarse en la tarea si Matt seguía mirándola como si fuera su próximo bocado.

–Es necesario que aclaremos esta situación. Actualmente no estoy interesada en salir con nadie. La única razón que me ha traído aquí es la de ayudar a Sally con su empresa –explicó al tiempo que se alisaba la falda para calmar la agitación de las manos–. De todas formas, podemos hablar con Sally y ella buscará la manera de emparejarte con alguna de las otras mujeres.

–No –respondió Matt de inmediato. Kara se estremeció bajo el escrutinio de su desconcertante mirada–. Te elegí por una razón, Kara. Eres justamente la clase de mujer que busco.

–¿Y qué clase de mujer es ésa?

Con los codos apoyados en la mesa, Matt unió las yemas de los dedos y la miró directamente a los ojos.

–Inteligente, independiente, sin ilusiones. Por nuestra conversación anterior deduzco que no te inspiro ningún interés romántico. De hecho, esta tarde rechazaste mi invitación para ir a

tomar una copa. Así que eres la elección perfecta para mí.

La confusión se apoderó de la mente de Kara.

–No entiendo.

Él sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos. De hecho, se habían oscurecido hasta alcanzar un frío color azul.

–Tu evidente antipatía hacia mí es exactamente lo que busco. De hecho, no habrá ideas equivocadas por tu parte, como tampoco ningún riesgo de que te enamores de mí y se estropee el trato. Nuestras citas serán sólo eso: un trato comercial. Nada más. Te presentaré como mi novia durante los próximos seis meses, hasta que me incorpore como socio en la empresa de mi padre. Eso es todo.

Su fría mirada reforzaba la crudeza de su tono. En ese instante, Kara supo cómo podría sentirse la parte contraria en un tribunal. Coaccionados. Derrotados. Devastados. Y había sido tan tonta como para pensar que él todavía albergaba sentimientos no resueltos hacia ella. ¡Vaya broma!

–¿Y qué obtengo yo de dicho pacto? ¿Piensas que puedes comprarme? –preguntó con firmeza.

–Todos podemos ser comprados. Lo único que varía es el precio.

Kara sintió que se encogía.

–¿Desde cuándo te has vuelto tan cínico?

–Cínico, no. Simplemente realista. Todos los días compruebo el poder adquisitivo que tiene el dinero, por no mencionar el ejemplo de primera mano de mi padre –Matt escupió las palabras como si fueran veneno.

–¿De tu padre?

–Él es el ejemplo perfecto de lo que el dinero puede comprar. Si no, pregúntale a su última mujer. La esposa número tres. Veinte años más joven que él y ávida de dinero. Es triste, ¿verdad? –preguntó al tiempo que fruncía los labios como si acabara de ver algo repulsivo–. De todos modos, basta de hablar de mi familia. ¿Qué me dices?

Los pensamientos se aceleraron en la mente de Kara. Si aceptaba la estrafalaria propuesta de Matt por dinero, sus problemas se resolverían. Podría salvar Matchmaker asegurándole el DATY a Sally y luego podría concentrarse en mejorar su propio negocio. Kara pensó que la única forma de mantener ese pacto tan concreto, impersonal y absolutamente comercial era por dinero.

–De acuerdo. Acepto, Matt. Me presentaré como tu novia durante seis meses por treinta mil dólares.

Matt no pudo evitar un gesto de sorpresa, pero se recuperó de

inmediato.

–Trato hecho. Mañana voy a redactar el contrato. ¿Puedes ir a mi oficina sobre las diez?

Kara asintió.

–¿Tardarás mucho? Tengo una cita en Bondi a las once de la mañana.

–Mi oficina está en el centro. Será un trámite breve e indoloro.

Ella se preguntó si se refería a la firma del contrato, al trayecto hasta el centro de la ciudad o al trato mismo. Matt se acabó el whisky en tres sorbos y se puso de pie.

–¿Quieres que te lleve a casa?

Ella negó con la cabeza.

–No, gracias. He venido en mi coche.

Él abrió su billetero y le tendió una tarjeta comercial.

–En ese caso, aquí tienes la dirección. Nos veremos mañana.

Cuando ella tomó la tarjeta, sus dedos se rozaron. Matt retiró la mano como si se hubiera quemado, con una mirada indescifrable.

–Hasta mañana, entonces.

Kara lo vio dirigirse hacia la puerta sin volver la cabeza. Luego saboreó el vino que refrescó su garganta reseca. La velada no había resultado como esperaba, pero no pudo hacer otra cosa. Aparte de negarse al pacto. ¿Y dejar a Sally en la estacada? De ninguna manera. Pagaría sus deudas.

Entonces, ¿por qué se sentía como si hubiera hecho un pacto con el mismísimo diablo?

Capítulo 4

Kara entró en la impresionante oficina de Byrne y Asociados. Echó un vistazo a la zona de recepción con ventanales del suelo al techo que dominaban la ciudad de Sidney. La estancia evidenciaba riqueza y buen gusto: suelos pulidos, sillones de piel en tono crema, pinturas Pro Hart estratégicamente dispuestas en las paredes… Allí no se había reparado en gastos.

La recepcionista no desentonaba con el decorado: pulcra, acicalada y puntiaguda como un alfiler.

–¿Puedo ayudarla?

–Sí, Matt Byrne me espera. Soy Kara Roberts.

–Informaré al señor Byrne que usted ha llegado –dijo con una sonrisa mientras apretaba botones en el teléfono–. La señorita Roberts está aquí, señor Byrne.

La recepcionista se levantó y le hizo una seña.

–Sígame, por favor.

Kara admiró el corte del caro traje de diseño, contenta de haber escogido el traje que llevaba. Ese día exigía un aspecto impactante, así que había elegido uno rojo de falda y chaqueta, una camisa negra y accesorios del mismo color. Sally decía que vestida así intimidaba a la gente, especialmente a los hombres. Por lo tanto, Kara reservaba el conjunto para negociaciones decisivas con clientes especialmente difíciles. Y Matt figuraba en esa categoría.

Dio las gracias a la recepcionista mientras llamaba discretamente a la puerta que lucía una placa brillante: «Matthew Byrne».

–Entra.

Antes de hacerlo, Kara compuso una brillante sonrisa intentando ignorar las mariposas que revoloteaban en su estómago.

–Buenos días, Matt. ¿Cómo estás?

Él alzó la vista de una montaña de papeles y miró su reloj.

–Las diez en punto. Me gustan las mujeres puntuales.

Mientras se ponía de pie y se acercaba a ella, las mariposas de su estómago echaron a volar. Tenía un aspecto increíble. El traje gris marengo de rayas, la camisa azul oscuro y la corbata a juego le conferían el aire de un profesional que irradiaba poder. La camisa hacía juego con el asombroso tono azul de sus ojos, en ese momento fijos en ella.

–¿Te apetece un café?

–No, gracias. No tengo tiempo. ¿Recuerdas que te dije que tenía una cita a las once?

No quería ser poco amable, sin embargo así sonó su respuesta. Mezquina y desagradable.

–De acuerdo. Entonces, vamos a lo nuestro. Aquí está el contrato. Léelo y dime qué te parece.

Kara tomó el documento que le tendía y se sentó. Luego se alisó la falda para evitar que se le subiera hasta los muslos. Su sexto sentido estaba totalmente alerta. Matt no volvió a su asiento. En vez de eso la examinó, apoyado contra el escritorio. Aunque mantuvo la vista baja, cada centímetro de su cuerpo podía sentir su mirada. Necesitaba concentrarse para descifrar el contrato.

Le asustaban los documentos legales con sus interminables cláusulas y condiciones. Sin embargo, el contrato estaba redactado de forma clara y sencilla. Matt no había utilizado demasiada jerga legal, así que comprendió lo esencial con bastante facilidad. Matt compraba sus servicios en calidad de novia por treinta mil dólares. Un pequeño precio que pagar por la tranquilidad mental de Sally. Y por la suya.

No tenía intención de quedarse con el dinero. Ya se le ocurriría algo para salvar su negocio. Destinaría el dinero a saldar su cuenta con Sal.

–¿Dónde debo firmar? –preguntó al tiempo que arriesgaba una mirada hacia Matt.

Por su cara cruzaron varias expresiones contradictorias que ella no fue capaz de interpretar.

Matt sacó una pluma del bolsillo superior de la chaqueta y se inclinó para indicarle dónde debía hacerlo.

–En la línea de puntos.

Kara miró el documento sumida en la confusión. Su cerebro no funcionaba ante la proximidad de Matt y el aroma de la loción para después del afeitado la envolvía como una nube sensual. Su cuerpo irradiaba calor, ¿o era la lánguida calidez que se había apoderado del suyo lo que le hacía desear arrancarse la ropa porque la temperatura entre ellos había llegado al punto de ebullición?

–¿Kara?

Incluso el modo de pronunciar su nombre sonaba como una sedosa caricia. El deseo fluyó por su cuerpo gritando por liberarse. Nunca se había sentido así con otro hombre. ¿Qué diablos le sucedía? No le gustaba perder el control.

Firmó el contrato con mano temblorosa.

–Aquí lo tienes. Ya está hecho –dijo al tiempo que se ponía de pie rápidamente, ansiosa por escapar de esa oficina. Desgraciadamente, las piernas le temblaban tanto como el resto del cuerpo. Kara se tambaleó e intentó apoyarse en el escritorio.

–Ya te tengo –murmuró Matt mientras la sujetaba por los brazos–. ¿Te encuentras bien? –preguntó. Ella hubiera preferido el frío desdén de la noche anterior. El interés que irradiaban sus ojos en ese momento lograría anularla en un segundo. Incapaz de hablar ni de apartar la mirada, Kara asintió con la cabeza–. ¿No crees que podemos encontrar una forma mejor de sellar nuestro pacto? Después de todo, eres mi nueva novia –sugirió con una sonrisa lenta, cálida y seductora.

A Kara le dio un vuelco el corazón. No podía soportar su proximidad un segundo más y, sin embargo, era incapaz de moverse. «Atención. Peligro», fueron las palabras que relampaguearon en su mente. Si no ponía límites a la relación en ese mismo lugar y momento, se crearía un problema con «P» mayúscula.

–Sólo soy tu novia de cara al público. Y ahora estamos solos.

¿De dónde le había surgido ese tono de voz tan suave y entrecortado?

La respuesta brilló como una llama en los ojos de Matt.

–Lo sé, cariño, pero no hay nada malo en practicar. Después de todo, a través de la práctica se logra la perfección.

Sin dejar de mirar los labios de la joven con fijeza, Matt se inclinó lentamente. Kara cerró los ojos y ladeó la cabeza, incapaz de frenar sus emociones desbocadas. La lógica la abandonó totalmente cuando sintió que los labios de Matt rozaban los suyos.

–Creo que el dicho era que a través de una práctica prolongada se logra la perfección –murmuró junto a la comisura de la boca masculina.

Y en ese instante se perdió. Los labios de Matt atraparon los suyos en un demoledor asalto a sus sentidos, mordiendo y sorbiendo el labio inferior. Ella abrió la boca permitiendo que ambas lenguas se entregaran a las delicias de una danza erótica. Las manos de Kara rodearon el cuello de Matt mientras él la ceñía contra la dureza de su cuerpo.

Había soñado con un beso como ése. El beso por el que había clamado desde su decimoctavo cumpleaños hasta ese instante. Su cuerpo cobró vida propia mientras se amoldaba al de él, saboreando cada centímetro de su contacto.

Al sentirla pegada a su cuerpo, Matt dejó escapar un gemido y

apartó la boca bruscamente. Kara lo miró con fijeza y luego dio un paso atrás mientras se estiraba la chaqueta. ¿Qué diablos se había apoderado de ella para provocarlo de ese modo? Prácticamente lo había invitado a besarla. Y pensar que había deseado aparecer serena y controlada ante él… ¡Vaya broma! Su cuerpo la había traicionado. ¿Cómo podría fingir ser su novia durante seis meses cuando el primer día no había podido apartarlo de sí?

El beso había acabado con todas las ideas que albergaba sobre su autocontrol y su desdén. Había pensado que Matt era patético al tener que comprar la compañía de una mujer para asegurarse un puesto como socio en la empresa de su padre. También se había burlado de la idea de que todavía lo amaba; más bien atribuía el renacer de sus sentimientos a una nostalgia de la adolescencia. ¡Seguro! De los dos, la única patética era ella.

–Debo marcharme, Matt.

Le dio un vuelco corazón al notar el desconcierto en su mirada.

Matt rodeó el escritorio, ciertamente con la intención de poner el mayor espacio posible entre ellos.

–Nos mantendremos en contacto. Tengo muchas invitaciones para cenar en las próximas semanas y necesitaremos coordinar nuestros horarios.

–Muy bien. Llámame –dijo, y luego hizo una pausa–. Matt, en cuanto al beso…

–No te preocupes. Tómalo como una manera insólita de sellar un pacto –declaró casi sin mirarla, mientras metía el contrato en una carpeta–. Te llamaré.

Sintiéndose convenientemente castigada y rechazada, Kara salió de la habitación. Sólo tras cerrar la puerta y apoyarse en ella, se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Dejó escapar el aire con una sensación de alivio que duró poco.

Si ese beso había sellado el contrato, deseó de pronto haber leído la letra pequeña con más cuidado.

Capítulo 5

Tras entrar en la casa, Kara cerró de un portazo y luego se quitó los zapatos de tacón. La cartera cayó con un golpe sordo en el sofá al tiempo que ella se hundía en los cómodos cojines y cerraba los ojos.

¡Qué día! Desde que esa mañana había firmado el estúpido contrato de Matt, las cosas habían ido cuesta abajo. Rápidamente.

Se había quedado atrapada en unas obras de la carretera cuando iba camino a Bondi y llegó a la cita con media hora de retraso. Penélope, la pedante esposa de Jack Normanby, la había regañado durante una hora a pesar de las excusas de Kara por no haber podido avisar. Aún no podía creer que el encuentro con Matt esa mañana la hubiera dejado en tal estado de agitación como para haber olvidado cargar el teléfono móvil.

Para empeorar las cosas, Penélope y su insoportable hija adolescente habían puesto reparos a todas sus ideas para renovar la suntuosa mansión. Cuando llegó la suegra de Penélope y se unió a ellas, Kara había recurrido a todas las reservas de tacto que poseía. Pero las tres se mantuvieron férreamente unidas.

–Penélope, querida, ¿no crees que la cretona es demasiado tosca?

–Oh, no, mamá, es realmente divina. Las ideas de Kara son muy originales, ¿no te parece? Después de todo, ella es la experta.

Sólo en ese momento la queridísima madre se había dignado a mirar a Kara desdeñosamente, como si fuera un objeto que el perro galés de la familia hubiera hecho entrar a la fuerza en casa.

–Bueno, sólo si estás segura, Penélope. Papá y yo contamos con otros profesionales por si no te entiendes con esta señorita.

Kara había sonreído amablemente, pensando en la excelente comisión, pero luego les había dedicado unas cuantas muecas en cuanto le volvieron las espaldas enfundadas en vestidos de Gucci.

Después de dejar a las tres mujeres que hicieran lo que les diera la gana, había vuelto a la oficina, sólo para encontrar virus infiltrados en el ordenador y una pila de presupuestos sin terminar.

Incluso su ayudante personal también se volvió contra ella en la hora de más necesidad. Olivia le había enseñado el último ejemplar del *Financial Times,* en el que aparecía en primera plana el joven y prometedor abogado Steve Rockwell, ex pretendiente de Kara, y se

había dedicado a elogiarlo.

Por desgracia, al pensar en los abogados, la varonil imagen de Matt cruzó por su mente. Y una vez instalada allí, no fue capaz de desalojarla.

–¿Qué pasa? Tienes la misma expresión que cuando ves una foto de Mel Gibson en una revista. Te quedas con la mirada perdida y viscosa –la regañó Olivia.

–No sé de qué hablas. Además, hace más de un mes que no babeo por Mel.

Era cierto que había rechazado el comentario de Olivia. Sin embargo, no había podido borrar a Matt de sus pensamientos. Había revivido mil veces aquel beso, disfrutando del contacto de sus labios, del sabor y de todos los matices de la caricia.

Finalmente, tras haber contemplado los presupuestos con la mente en blanco durante una hora y maldecir al ordenador, decidió que la jornada había terminado.

El hecho de estar en casa no alivió la tensión. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza y la arrastraban con ellos. Kara se masajeó la sienes respirando profundamente con el deseo de relajar el cuerpo y la mente. Sólo había sido un beso… sólo un beso. Si repetía el mantra una y otra vez, tal vez empezaría a creerlo.

El sonido estridente del teléfono la arrancó de su momentánea paz.

–Diga –gruñó.

–Eres justamente la mujer que busco –el tono ronco de Matt no contribuyó a calmarle los nervios–. ¿Cómo te ha ido el día? ¿Y a qué se debe ese tono beligerante?

–El día ha sido un desastre, de principio a fin –contestó con una voz que le pareció infantil, aunque no le importó.

Era la última persona con la que le apetecía hablar en ese momento.

–¿Tan mal ha estado? ¿Incluso la mañana?

–Especialmente. Ha sido la mañana lo que me ha dejado mal para todo el día –replicó con una especie de bufido, para su horror–. Gracias a nuestro encuentro llegué tarde a una cita muy importante.

–Lo siento, aunque el encuentro no duró demasiado tiempo. Tal como lo recuerdo, fue breve y dulce –rebatió Matt. El rico matiz de su voz recorrió el cuerpo de Kara como una caricia–. ¿No has olvidado nuestro trato, verdad?

El trato había sido facilísimo, sólo que el calor se apoderó de ella al recordar el modo en que lo habían sellado.

–Desde luego que no. ¿Por eso me llamas? Es la hora de sacarle

algún beneficio a tu dinero, ¿no es así?

Kara se arrepintió de aquellas palabras en cuanto salieron de su boca. El silencio que se produjo al otro lado de la línea no auguraba nada bueno. En ese momento, más que molesta y excitada, sintió un temblor en el estómago.

–Qué perspicaz eres, querida –dijo Matt con una voz tan fría que a ella se le heló la espalda–. Esta noche tengo una cena de negocios, así que pasaré a buscarte a las ocho. Si lo de esta mañana fue una especie de indicio, me atrevería a decir que me darás más de lo que vale mi dinero. Estoy ansioso por ver lo que haces cuando el trato esté a punto de finalizar.

–Eres un bast…

–Vaya, qué vocabulario. Te veré a las ocho –la interrumpió–. Y ponte algo elegante –añadió antes de cortar la comunicación.

Kara se quedó mirando el auricular, completamente muda. Luego lo puso de golpe en su sitio murmurando una sarta de maldiciones impropias de una dama y fue a su dormitorio pisando con fuerza. ¿Cómo se atrevía a hablarle de ese modo? Ya se sentía como una mercancía, una posesión a la que su dueño se limitaría a decir cuándo saldrían juntos y adónde. Sólo que no le gustaba que él se lo dijera.

Kara se quitó la ropa y la lanzó sobre la cama. Con manos temblorosas se arrancó un aro de oro de la oreja, pero el otro quedó enganchado.

–¡Maldición! –murmuró mientras manipulaba el delicado broche que de pronto se partió en dos.

Kara se dejó caer en la cama con la cara entre las manos y lloró a gritos, con unos sollozos que resonaron en el silencio. Estaba claro que las lágrimas eran una reacción infantil que la hacían sentirse más estúpida, pero al menos eran una forma de catarsis. El pendiente podía reemplazarse, pero su salud mental era otra cosa. Desde que había firmado sobre la línea de puntos actuaba como una loca. El beso sólo había sido el comienzo.

Se había comportado como un monstruo al teléfono, desahogando sus frustraciones sobre Matt. Y no porque en parte no se lo mereciera. Después de todo, no sería un caso perdido si no fuera por él.

Seis meses. En ese momento le parecían una condena de por vida. ¿Cómo podría fingir ser su novia cuando siempre había soñado con serlo de verdad? ¿Y si la gente descubría la farsa? ¿Entonces qué sucedería? ¿Sería capaz de despedirla y buscar otra mujer que pudiera comprar? Porque realmente era eso, una cosa que Matt

había comprado. Dios, debía de pensar que era un objeto barato.

«¿Y qué te importa lo que él piense? Piensa en Sal. Se lo debes», se dijo a sí misma.

Con el pensamiento puesto en Sally se secó las lágrimas y fue al cuarto de baño, ansiosa por librarse de la pena bajo la ducha. Podía hacerlo. Si Matt la consideraba una mercancía, lo sería. Un paquete atractivo para enseñar a sus frívolos colegas. Y si deseaba algo más de ella, ya podía esperar.

Matt llamó al timbre. Mientras esperaba, miró a su alrededor sin dejar de notar la atractiva combinación de colores crema y rojo que adornaban la casa de dos pisos con terraza. Unas pulcras hileras de setos rodeaban una pequeña extensión de césped de un verde intenso, animado por los vivos colores de grupos de petunias estratégicamente dispuestos. El sendero de entrada estaba flanqueado por grandes tiestos de terracota que armonizaban perfectamente con el colorido general de la casa. A veces le fastidiaba su ojo adiestrado para captar detalles. Era cierto que esa habilidad le resultaba de gran ayuda en el trabajo, pero nunca podía prescindir de ella. Ciertamente, Kara tenía talento. Si el exterior estaba tan logrado, el interior de la vivienda sería sorprendente.

Matt admiraba el éxito de Kara. Siempre había deseado ser diseñadora, desde que había renovado la casa de Sally a los catorce años. Había transformado la monotonía del interior en una obra de arte, al parecer sin mayor esfuerzo. Por eso no le sorprendió que un día le dijera que había decidido combinarle el vestuario.

Matt volvió al presente cuando se abrió la puerta.

–Hola, Matt. Llegas a tiempo –saludó Kara. El tono sensual de su voz disparó la imaginación de Matt.

¿De dónde demonios la había sacado? Su voz había sonado muy diferente al teléfono.

Matt se esforzó por cerrar la boca mientras la miraba. Kara era toda una visión, envuelta en una rica tela verde que realzaba las curvas de su exquisito cuerpo y caía en suaves pliegues hasta las rodillas. Le fue muy difícil apartar la vista del tentador escote que insinuaba la lujuria de sus senos. Se había recogido el pelo en un moño alto y unos rizos sueltos enmarcaban su rostro. En general, a Matt le disgustaban las mujeres maquilladas, pero ella había utilizado un leve maquillaje para realzar los grandes ojos y la boca de labios llenos. El resultado era asombroso.

–Estás maravillosa –murmuró, sin dejar de notar el rubor que al instante cubrió las mejillas de la joven.

Era un hábito que mantenía desde que era una cría y que a él le encantaba.

–Gracias. ¿Nos marchamos? –preguntó Kara. Él asintió, todavía mudo por la sorpresa, mientras ella se volvía a cerrar la puerta. Unas delicadas medias, ligeramente brillantes, atraían la atención hacia sus largas piernas–. ¿Dónde iremos esta noche?

Kara lo miró esperando su respuesta. El problema era que Matt no podía recordar la pregunta. Había estado demasiado ocupado con la deliciosa fantasía de deslizar esas medias a lo largo de las piernas para luego besarlas desde los tobillos hacia arriba.

–Lo siento. ¿Qué has dicho?

Afortunadamente, ella se echó a reír, con la misma risa que lo había cautivado todos esos años.

–Baja a la Tierra, Matt. ¿Te encuentras bien?

–Sí, un poco distraído. La cena de esta noche es importante. Uno de los competidores de la empresa intenta captar a nuestro personal y debo poner fin a esa situación.

Kara alzó una ceja.

–Diría que es poco ético, ¿no es así?

Matt se encogió de hombros.

–Sí, aunque ya nada me sorprende del mundo corporativo. Es como estar rodeado de un cardumen de pirañas. Un paso en falso y estás muerto.

Kara dejó escapar una risita.

–Pirañas, como algunos de mis clientes. Por lo menos, me solidarizo contigo.

Matt se unió a su risa mientras le abría la puerta del coche. Había echado de menos la compenetración y la sencilla camaradería que existía antes entre ellos. Si pudieran mantener la amistad a ese nivel durante los próximos seis meses, la tarea iba a ser pan comido.

–Bonito coche. Concuerda con tu personalidad.

Kara miró el moderno interior del vehículo, que olía a nuevo.

–¿Qué quieres decir con eso?

Matt puso en marcha el motor y luego la miró. Ella no podía pensar cuando la miraba de esa manera, con una mirada intensa, inquisitiva y un tanto escéptica.

–No te pongas a la defensiva. Sólo he querido decir que un coche deportivo plateado es símbolo de prestigio social y eso es lo que has deseado toda tu vida. Por eso estoy aquí, ¿verdad? Para que puedas convencer a Jeff Byrne de que mereces asociarte a la firma.

Debió haberse mordido la lengua. Cada vez que le hablaba sus palabras sonaban como si formulara un juicio, lo que iba en contra de su decisión de permanecer imperturbable.

Matt apretó las mandíbulas y sus ojos brillaron un segundo.

–Sí, por eso estás aquí. Y ahora nos marcharemos –dijo al tiempo que movía el vehículo.

Se produjo un incómodo silencio. Mientras fingía prestar atención al paisaje, Kara le echó unas cuantas miradas de reojo. Oh, Dios, Matt no sólo era apuesto. Era maravilloso. El tipo de hombre que hacía que las mujeres pensaran en harenes masculinos. Esa vez se había puesto un traje negro de diseño con camisa blanca. El tipo tenía estilo. No le era fácil respirar dentro del vehículo porque el aroma a madera de la loción del afeitado le impactaba los sentidos. Iba a ser muy duro separarse de él dentro de seis meses.

–¿Ves algo que te guste?

La pregunta sorprendió a Kara. A Matt no se le habían escapado sus constantes miradas. Cualquier sutileza quedó descartada. Cansada de la tensión reinante, Kara tomó una rápida decisión. Haría un esfuerzo por mantener una conversación agradable durante toda la velada. Sin dardos. Sin juicios.

–Puede ser, aunque una mirada más de cerca sería lo indicado.

La ronca risa masculina le llegó como un trueno. A ella le encantaban las tormentas. Eran intensas, impresionantes, espectaculares. Como Matt.

–Eso tiene arreglo. ¿Cuánto más necesitas acercarte?

La voz de Matt le hizo vibrar los nervios y le incendió la imaginación con pensamientos de una cercanía más íntima con el hombre de sus sueños.

–Mucho más –murmuró, con el pulso acelerado.

–¿Hablas en serio o estás interpretando a tu personaje?

–¿Qué dices?

–Mira a tu alrededor. Hemos llegado. Pensé que estabas practicando el papel de novia seductora.

Ella miró al exterior, sorprendida. Había estado tan a gusto en la intimidad del coche y flirteando con Matt, que no se había dado cuenta de que el vehículo se había detenido.

–Sí, eso era –dijo con la esperanza de que el rubor no la traicionara. Dios, si él supiera dónde habían estado sus pensamientos minutos antes de aparcar…

Él la contempló fija y prolongadamente antes de volver la cara.

–Eso fue lo que pensé. Has representado tan bien el papel de novia seductora, que tendrías que añadir a la lista de tus talentos el

de actriz. Por un momento lograste convencerme.

«Dile que es cierto. Dile que de verdad deseas una cercanía más íntima. Ahora es la oportunidad».

En vez de eso, Kara abrió la puerta y bajó del coche.

–Soy una mujer de muchos talentos. Cuanto antes te des cuenta, mejor será.

–Mujeres –murmuró Matt al tiempo que cerraba el coche con el mando a distancia. Cuando alzó la vista, su fría mirada apagó la ardiente imaginación de Kara como un cubo de agua fría–. Esta noche es importante para mí. Gracias por estar aquí.

Ella notó la incertidumbre que cruzó por su rostro. Una expresión vulnerable que le llegó al corazón.

–No hay problema. Encantada –replicó en tono ligero.

Habría pocas posibilidades de volver a bajar las defensas si se mantenía imperturbable. Había que dejarlo flirtear todo lo que quisiera. Ella estaría preparada.

Sin embargo, mientras intentaba ignorar que se le aceleraba el pulso al sentir la mano de Matt en la espalda, de pronto se dio cuenta de que había un problema. Un gran problema. Y de que el problema se dirigía directamente hacia ellos.

Capítulo 6

Cómo ha estado estos días mi diseñadora de interiores favorita? –Steve Rockwell la besó en la mejilla y el primer impulso de Kara fue rechazarlo. En cambio, se ocultó tras una máscara de sonriente amabilidad.

–Muy bien, gracias, Steve. ¿Y tú?

–Mucho mejor al verte aquí. Estás impresionante, como siempre.

El cumplido incomodó a Kara considerando que Matt estaba junto a ella. Se estremeció ante el escrutinio de Steve. Siempre la había hecho sentirse incómoda y no buena del todo. Su único apoyo era la firme mano de Matt en la espalda. Kara ignoró el cumplido. Steve no había cambiado nada. El mismo pelo rubio ingobernable, los ojos grises, el traje impecable y las suaves palabras. Su aspecto era tremendamente atractivo y él lo sabía. Lástima que no tuviera corazón.

Se produjo un silencio incómodo antes de que ella se apresurara a decir:

–Steve, quiero presentarte a un amigo, Matt Byrne.

Steve dirigió a Matt una mirada feroz.

–¿Qué haces aquí, Byrne? ¿Te dejas ver nuevamente?

A Kara le dio un vuelco el estómago por la sorpresa. Situada entre ambos hombres, vio que desaparecía la acostumbrada compostura de Matt mientras apretaba el puño en su espalda.

–Me alegro de verte, Rockwell. Veo que no has perdido tu encanto –saludó con gélida frialdad.

–¿Para qué habría de desperdiciar mi encanto contigo? Más bien lo dedicaría a la encantadora mujer que te acompaña.

Matt rodeó los hombros de Kara con el brazo y la atrajo hacia sí. Kara no tuvo más alternativa que aceptarlo.

–Es lo más inteligente que has dicho desde hace mucho tiempo, Rockwell. Kara no sólo es encantadora, también es cálida, fabulosa y divertida. Además es mi novia.

Steve dejó escapar un bufido.

–¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que la puedas apuntar como tu centésima conquista? Pobre chica. Está claro que no te conoce bien.

Los dedos de Matt se hundieron en el hombro de Kara.

–Ve con cuidado, Rockwell…

–Chicos, todavía estoy aquí. Me gustaría quedarme a charlar, pero os dejo discutiendo quién tiene el juguete más grande. Matt, te veré dentro.

Kara se alejó con la cabeza erguida y con la esperanza de que las rodillas no le flaquearan hasta llegar a la seguridad del restaurante. Estaba furiosa. No era un premio para lucimiento de otros y abominaría de sí misma si alguna vez terminaba en la cama de uno de ellos, como un trofeo.

–¡Espera! –Matt la agarró del brazo y la volvió hacia él–. ¿A qué ha venido todo eso?

Kara se liberó con brusquedad.

–Verás, no soy tu último objeto de exhibición –dijo ella.

Matt entornó los ojos.

–¿Has olvidado nuestro pequeño pacto? ¿Necesitas que te lo recuerde?

Antes de que ella pudiera decir una palabra, los labios de Matt atraparon los suyos en un beso exigente y arrollador. La lengua de Matt entreabrió sus labios en tanto la estrechaba contra su cuerpo. Kara descartó el pensamiento de resistirse y se abrazó a él mientras sus manos le acariciaban el pecho por debajo de la chaqueta. El calor de su cuerpo atravesaba la tela de la camisa atrayéndola como el océano en un día estival.

El beso se hizo más intenso. Ella sintió que ardía de excitación. En ese instante no existía nada más que la lengua de Matt, sus manos y su cuerpo.

El sonido del flojo aplauso de Steve tardó varios segundos en llegar a la mente de Kara.

–Bien hecho. Bonita demostración de mutuo amor. Es una lástima que no quisieras exhibirte cuando estabas conmigo, Kara. Nuestra vida amorosa habría sido bastante más divertida.

Matt apretó los puños. Kara pensó que estaba a punto de propinar un puñetazo en la arrogante nariz de su ex.

–No te atrevas a volver a hablarle así –amenazó con fingida calma y las mandíbulas apretadas.

Kara no supo si reír o llorar. La escena era ridícula, como una mala película.

–Vámonos, Matt –dijo al tiempo que le tiraba de la chaqueta.

Él la miró sorprendido, como si hubiera olvidado que estaba allí.

–Claro que sí. Una cosa más. Apártate de mi camino, Rockwell, y deja a Kara en paz –le advirtió con una mirada sarcástica.

Steve giró sobre sus talones y se alejó rápidamente de ellos.

–¿Estás bien? –murmuró Kara al tiempo que le acariciaba los

dedos crispados.

–Sí. ¿Y tú?

–Oye, no era yo la que iba a asestar un puñetazo.

Matt aún tenía la virtud de avergonzarse.

–Lo siento. Es que me sacó de quicio cuando dijo esa tontería sobre ti. Casi no pude controlar mis puños. Maldición, cada vez me parezco más a mi padre. Primero actuar y después pensar –dijo al tiempo que se llevaba las manos a la cara.

Kara creyó haber oído mal. Jeff Byrne era un hombre encantador, severo pero razonable. Seguro que no era violento, ¿verdad?

–¿Qué has dicho? –preguntó, casi temiendo la respuesta.

–Nada. ¿Estuviste muy implicada con Rockwell?

Ella se encogió de hombros.

–Salíamos de vez en cuando. Durante un tiempo.

–¿Cuánto tiempo?

–Dos años.

Incluso a ella misma le pareció demasiado largo.

–¿Dos años? ¡Estás bromeando! Eso no es salir con alguien, es un matrimonio.

–Sucedió hace unos años. Yo era muy joven.

–¿Eso quiere decir que ahora eres una mujer mayor y sabia?

–Mayor, sí. Sabia, no. Me hago pasar por tu novia por treinta mil dólares, continúas besándome y tolero tu conducta propia de un hombre de las cavernas. ¿Te parece sabio?

Kara no pudo descifrar la expresión de sus ojos.

–Sólo lo que se refiere a los besos –dijo en tanto le tomaba la mano–. Te propongo que nos olvidemos del asunto por esta noche. Te necesito a mi lado, ni más ni menos. ¿Te hace feliz eso?

Ella negó con la cabeza, preguntándose qué demonios le había hecho firmar ese contrato.

–No, no me hace feliz. Toda la situación es absurda. Tú, yo, el contrato, el dinero. Sin embargo, un trato es un trato y si me necesitas estoy aquí para ayudarte.

–En cuanto al dinero, ¿me ayudarías sin recibirlo a cambio?

Ella vaciló un instante.

–No, probablemente no.

¿Cómo podría explicarle que el dinero era un factor material y frío que utilizaba para mantenerse libre de emociones?

La desolación de su mirada le llegó a lo más hondo de su ser. Duró un segundo y luego fue tan áspera que le desgarró el corazón. Incluso llegó a dudar de haber percibido una expresión de tristeza en sus ojos.

–Muy bien. Al menos ambos somos sinceros. ¿Entramos? Es hora de que empieces a ganarte tus honorarios.

Ella se mordió el labio inferior, luchando contra las lágrimas. Esa noche sólo era el comienzo. Matt tenía razón. Había comprado su compañía y era hora de empezar a trabajar.

–Creo que la velada ha sido un éxito –comentó Kara con ligereza.

–Depende de lo que tú llames éxito –respondió Matt enfadado, pero no le importó. En ese momento el éxito estaba lejos de su mente ante la mirada inocente de ella. Deseaba concluir lo que habían empezado antes. Aquel beso había sido el preludio de una tentadora aventura y él deseaba alcanzar un final triunfal.

–Bueno, me pareció que tus colegas me aceptaban y además conseguiste la información que deseabas –dijo en un tono suave, indeciso.

Esa voz junto a sus ojos hechiceros le llegaron al corazón. No podía pensar con claridad. Todo lo que podía hacer era sentir, y eso era exactamente lo que no deseaba. Se trataba de una relación de negocios, pura y simplemente.

«Concéntrate. Manténte imperturbable».

–¿Te gustaría salir a navegar conmigo mañana?

A Matt le dio un vuelco el corazón al ver que el rostro de ella se iluminaba.

–Me encantaría. ¿Te acuerdas del verano que fuimos al lago y tu obra maestra hecha a mano me tiró al agua?

Él dejó escapar una risita.

–Sí, me acuerdo. Aquella canoa era un ejemplo de brillantez náutica.

–¡Casi llegué a creerlo! Mi camiseta blanca recién comprada tardó horas en secarse.

–Exactamente –afirmó. Matt notó que las pupilas se le dilataban y el rubor le teñía las mejillas. Dios, era increíble–. Salgamos de aquí –dijo al tiempo que la agarraba de la mano y luego se despedía de los colegas invitados, con una extraña sensación de orgullo.

Kara había estado extraordinaria esa noche. Casi lo había convencido de que era una mujer enamorada. Si hubiera accedido a ser su novia sin dinero de por medio… Pudo haber pedido otra cosa en lugar de los malditos dólares. No le pegaba ser una aventurera.

–¿Puedo preguntarte algo?

–Desde luego –contestó Matt mientras le abría la puerta del coche, evitando cuidadosamente mirarle las piernas. Ya había visto

anteriormente que la falda se le subía hasta los muslos al acomodarse en el asiento del acompañante. Matt era consciente de sus emociones desbordadas y otra mirada a las piernas le llevaría a hacer una estupidez. Sólo quería un acuerdo de negocios. ¿De dónde había salido la invitación para ir a navegar?

–¿Por qué deseas con tanta urgencia formar parte de la sociedad?

Matt giró la llave de contacto y el motor empezó a ronronear.

–Necesito probar muchas cosas a muchas personas.

No deseaba tocar el tema, no en ese lugar ni en ese momento. Esperaba que su escueta respuesta impediría a Kara continuar con más preguntas.

–¿Incluso a tu padre?

–Sí.

Matt puso en marcha el reproductor de discos compactos y de inmediato la suave voz de Ella Fitzgerald inundó el coche, tranquilizándolo como siempre que la escuchaba.

–Me gusta tu padre. Siempre me ha parecido un hombre razonable.

–¿Razonable? Tienes que estar bromeando. Es exigente, duro y miope. Excepto cuando se trata de sus mujeres, desde luego. Para ellas es pan comido.

–¿Echas de menos a tu madre?

Matt se tragó la repentina amargura.

–Sí, se podría decir que sí.

–¿Culpas a tu padre por lo que sucedió?

–¿Tú que crees? –le espetó, al límite de su paciencia–. ¿A qué viene tanta pregunta?

Ella hizo una pausa y luego su voz apenas se elevó por encima de la música.

–Sólo deseaba ponerme al día sobre tu vida, conocerte mejor, saber lo que te motiva.

–No pierdas el tiempo. Recuerda que nuestra relación es puramente comercial.

Si lo repetía a menudo, alejaría su mente de las curvas tentadoras y del delicado perfume floral que había embriagado sus sentidos toda la velada.

–¿Cómo podría olvidarlo?

Matt captó una nota de tristeza en la voz de la joven.

–En cuanto a lo de mañana…

–Lo siento, Matt. Creo que no podré acompañarte. Olvidé que tenía que acabar unos presupuestos para los Normanby.

Él suspiró con alivio.

–¿Lo dejamos para otro día?

–Desde luego. ¿Por qué no me envías un fax con los compromisos a los que debo acompañarte en las próximas semanas para ponerlos en mi agenda?

–Muy bien. Me encantan las mujeres organizadas.

–A ti te gustan las mujeres, y punto.

Tras aparcar frente a la casa de Kara, se volvió a mirarla.

–¿De dónde has sacado eso?

Matt no pudo ver la expresión de su rostro debido a la escasa luz de la calle.

–Lo siento. Debo de estar cansada. Buenas noches. Hazme saber tus horarios.

Matt se inclinó, atraído hacia ella por una fuerza inexplicable.

–Buenas noches, Kara. Felices sueños –dijo rozándole la mejilla con los labios.

Hubiera preferido besarla en la boca, pero ella volvió la cara en el último segundo. Matt observó cómo se alejaba por el camino de entrada sin siquiera echar una mirada por encima del hombro. Como deseaba que lo hiciera, se sintió muy desilusionado. Luego alejó el vehículo del bordillo y enfiló calle abajo, preparado para otra noche de insomnio dedicada al recuerdo de Kara.

En torno a las seis de la mañana, Kara renunció a sus pretensiones de dormir. Se incorporó en la cama al tiempo que se frotaba los ojos resecos. La comedia con Matt iba a ser más dura de lo que pensaba. La noche pasada había sido extraordinaria. Matt no le había soltado la mano, le había dirigido sonrisas íntimas y había flirteado con ella durante toda la velada. Habían sido tres horas mágicas que le hicieron pensar en lo que sería convertirse en la novia real de Matt Byrne.

Se había sentido querida por un hombre todo calidez y suavidad. Incluso se había permitido olvidar quién era durante esas preciosas horas y había aceptado sus atenciones con entusiasmo.

Había reaccionado instintivamente a la invitación a navegar. Claro que le habría gustado pasar el día en un yate solitario con el hombre de sus sueños. Sin embargo, camino a casa, la realidad se había impuesto y había tenido que buscar una excusa poco convincente. Desgraciadamente, él se había mostrado tan ansioso como ella de librarse del compromiso. ¿Entonces, por qué la había invitado? La situación entre ambos se tornaba cada vez más compleja.

Tras una ducha refrescante y un rápido desayuno, se acomodó en el sofá para revisar los periódicos del fin de semana. Acababa de llegar a la página tres del primero cuando sonó el timbre de la puerta de la calle. Con el pulso acelerado, la abrió.

–¡Sorpresa, querida! ¿Hay tiempo para una taza de té? –saludó Sally entrando rápidamente.

Kara siempre se alegraba de ver a Sal. Sin embargo, no podía negar que habría preferido que el visitante hubiera sido un abogado alto, maravilloso y de brillantes ojos azules.

–Claro que sí, Sal. Además, ¿cuándo me he negado a tus visitas de fin de semana, especialmente si llegas con esos deliciosos croissants para el desayuno? Acomódate mientras voy a poner la tetera.

–¿Leyendo los periódicos? –preguntó Sal mientras se sentaba a la mesa.

–Acababa de empezar a leerlos. ¿Por qué?

–Por nada. ¿Hiciste algo anoche?

–Salí a cenar. Nada demasiado importante.

Kara habría jurado que Sal dejó escapar un bufido.

–Y pensar que casi me lo creí…

–¿Qué dices?

–Nada, querida. ¿Por qué no traes el té y los croissants a la mesa y leemos los periódicos juntas?

Sally se traía algo entre manos. Kara conocía bien ese brillo peculiar de sus ojos. Era la misma mirada de la otra noche, cuando Matt la había elegido como su pareja perfecta.

–Como quieras. Aquí está el té.

Al mirar la página del periódico por encima del hombro de Sally, Kara casi dejó caer la taza.

–¿Quieres ver esto? Creo que la pareja que aparece en la crónica de sociedad sois Matt y tú, ni más ni menos –comentó con una mirada de inocencia que no engañó a Kara ni por un segundo.

–¡Enséñame eso! –exclamó al tiempo que le arrebataba el periódico.

Cierto, en la página diez aparecían en una foto a todo color durante la cena de la pasada noche. Y como si eso no bastara, iba acompañada de un artículo con entusiastas comentarios sobre la impresionante acompañante de Matt y la felicidad que irradiaba la pareja.

–Estupendo –comentó al tiempo que tiraba el periódico sobre la mesa y se sentaba.

–¿Qué sucede, querida? Si un fotógrafo me sorprendiera con una

mirada como ésa junto a un hombre con ese aspecto, quedaría extasiada.

Kara notó la confusión en los ojos de Sal. ¿Cómo podía explicar sus sentimientos sin desilusionar a la mujer que la había querido y apoyado durante todos esos años?

–Sencillamente no quiero publicidad, Sal. Además, ¿qué saben sobre mi amistad con Matt? No nos hicieron preguntas, se han limitado a inventar lo que les ha dado la gana.

Sal le dio unos golpecitos en la mano.

–Me alegra saber que volvéis a ser amigos. Pensé que la cita de la otra noche os acercaría más. Siempre creí que era una pena que os hubierais alejado, especialmente porque estabais muy unidos.

Kara nunca le había explicado la razón por la que se había enfriado su amistad con Matt. Sal tampoco había preguntado, aunque la miraba con extrañeza cada vez que Kara evitaba hablar de la familia Byrne.

–¿La elección de la pareja ideal fue hecha a propósito, Sal?

–Desde luego que no. Hubo una elección mutua entre vosotros. ¿Cómo podría haber alterado vuestros cuestionarios? A mí me parece que fue obra del destino.

Kara arrugó la nariz.

–Para mí el destino es sólo una palabra más. La odio. Ha trastocado mi vida.

Sally se levantó de la mesa y la abrazó.

–Has estado sola demasiado tiempo. Una joven atractiva como tú necesita a un joven agradable en su vida y creo que Matt Byrne es perfecto para ti. ¿Qué tiene de malo salir con él?

«Si supieras», pensó Kara.

–No albergues esperanzas. Vamos a salir por un tiempo, pero sólo como amigos, nada más. Tendrás que guardar tu sombrero de las bodas durante largo tiempo, ¿de acuerdo?

Sal le pellizcó la mejilla.

–Demasiado tarde, cariño. Ya lo he sacado de la caja con bolas de naftalina. No tardes mucho en fijar la fecha de la boda, ¿quieres?

Kara le golpeó el trasero con el periódico.

–¡Vete y déjame en paz, vieja incorregible!

–Yo también te quiero, encanto. Nos veremos pronto –dijo Sal mientras se dirigía a la puerta con el croissant en la mano.

Kara desenrolló el periódico y lo extendió sobre la mesa. Maldición, Matt era muy fotogénico. Su aspecto era maravilloso tanto en una fotografía impresa como en carne y hueso. ¿Cómo podía expulsarlo de sus pensamientos cuando aparecía dondequiera

que mirase?

Gracias a Dios que ella tampoco estaba mal. Si toda la ciudad de Sidney tenía que verla, al menos su aspecto era presentable. Ambos parecían felices. Matt la miraba sonriente, con el brazo alrededor de su cintura y ella le devolvía la mirada con adoración. Si una imagen valía más que mil palabras, aquélla era un clásico.

¿Podría resurgir la amistad entre ellos? Posiblemente, pero, ¿estaría satisfecha sólo con su amistad? ¿No había sido ésa la razón por la que se había alejado de él deliberadamente, aparte de sentirse mortificada por su rechazo? Había deseado mucho más por parte del hombre del que se había enamorado. ¿De qué servía sacar a la luz viejos sentimientos que era mejor mantener en el olvido?

Mientras contemplaba la fotografía, Kara supo que se engañaba. Sus sentimientos hacia Matt no estaban olvidados, sólo enterrados. Desgraciadamente, temía que resurgieran al menor estímulo y pasar por su novia podría desencadenar una reacción desastrosa.

–No estoy enamorada de él. Nunca más –dijo entre dientes al tiempo que doblaba el periódico para ocultar la imagen sonriente de Matt.

Sin embargo, la sonrisa quedó impresa en su mente. De pronto deseó que sus sentimientos quedaran ocultos con la misma facilidad.

Capítulo 7

Era un perfecto día de verano y el pintoresco Teatro de la Ópera se alzaba contra un límpido cielo, sin nubes. Cientos de embarcaciones salpicaban las aguas del puerto de Sidney, dispuestas a sacarle partido a ese día ideal para los veleros. Kara se reclinó en su asiento al tiempo que alzaba la cara al sol.

–Espero que lleves crema protectora.

Ella echó un vistazo a Matt, situado tras el timón.

–Desde luego que sí. No soy tonta.

–Y pensar que casi lo creí –bromeó él.

Ella sonrió, sorprendida del avance de sus relaciones en tan corto tiempo. Dos meses antes, le habría echado un rapapolvo por esa observación. Entonces vivía a la defensiva. En la actualidad, tras muchas cenas de negocios y charlas tomando un café, había aprendido a bajar la guardia. Y disfrutaba.

–¿Dónde piensa llevarme, capitán?

Él se quitó la gorra a modo de saludo burlón.

–Al lugar que desee mi dama.

En ese momento el yate se deslizaba bajo el puente del puerto.

–¿Por qué no me sorprendes? –sugirió con un escalofrío de anticipación.

–Creo que puedo hacerlo.

Ella no habló. Se limitó a contemplarlo, contenta al ver que gobernaba la embarcación con la eficacia de un experto. Estaba muy apuesto con sus pantalones cortos blancos y un polo azul marino. Las largas piernas bronceadas sostenían el cuerpo en una posición estable mientras el yate avanzaba velozmente. Kara admiró los musculosos bíceps que controlaban el timón. Siempre estaba atractivo, ya fuera vestido informalmente o con traje de diseño.

Matt dirigió la embarcación hacia un canal cercano y apagó el motor. El silencio los envolvió mientras ella miraba a su alrededor. Majestuosos eucaliptus se alzaban en la orilla arenosa. El verde follaje contrastaba con las aguas azules. A ella le encantaba el paisaje de los canales, pacíficos refugios lejos de las aguas del puerto, atestadas de embarcaciones.

–¿En qué piensas? –preguntó Matt al tiempo que abría el frigorífico y sacaba dos copas frías y una botella de champán.

–Encantador –murmuró con los ojos puestos en él.

–Gracias.

Ella desvió la mirada rápidamente con la esperanza de que Matt no advirtiera su expresión anhelante. Sal siempre decía que era un libro abierto.

–Esto debería calmar los ánimos. A la salud de mi maravillosa novia –brindó él mientras le tendía una copa alargada.

Su sonrisa era íntima y cálida, como una caricia.

El calor se apoderó de las mejillas de Kara cuando bebió el primer sorbo de champán y las burbujas se deslizaron por su garganta reseca. Ojalá fuera su novia real y ese día no formara parte de una comedia.

–¿Por qué me has invitado a navegar? –dijo finalmente.

Por fin se atrevía a hacer la pregunta que había rondado por su mente toda la semana.

Él guardó silencio un instante.

–Porque me gusta tu compañía y porque pensé que te agradaría pasar un día en el mar –contestó finalmente.

–No hay nadie a nuestro alrededor, así que esto no puede ser parte del trato.

Demasiado tarde se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

Matt murmuró un juramento.

–Olvidemos el maldito trato al menos por hoy, ¿de acuerdo? Es un hermoso día y somos viejos amigos que disfrutan de la mutua compañía. ¿Por qué no dejarlo así como está?

Ella se encogió de hombros. Demasiados paseos juntos sin la red de seguridad que le proporcionaba el trato podría ir en contra de su bienestar.

–Si tú lo dices…

–Bien, ahora que hemos llegado a un acuerdo, vamos a comer.

–Bueno.

Bajo la mirada de Kara, Matt desempaquetó una selección de manjares y los dispuso sobre la cubierta. Mientras él se inclinaba sobre la cesta de la merienda, ella notó que estaba hambrienta. Pero no de comida, precisamente.

–Espero que tengas hambre.

Matt alzó la vista antes de tiempo. Kara bajó los ojos velozmente, pero no con la rapidez suficiente. Una sonrisa diabólica apareció en el rostro masculino.

–Basta ya. Hora de comer, payaso –dijo ella, todavía ruborizada.

Luego llenó su plato con trozos de pollo asado, salmón ahumado, tomate y queso mientras intentaba ignorar la sonrisa satisfecha de

Matt. ¿Se habría acordado de que el merengue de limón era su postre favorito?

Comieron en amigable silencio, aunque ella estuvo pendiente de cada gesto, de cada bocado que él se llevaba a la boca.

–¿Te has quedado con hambre? –preguntó Matt más tarde, mientras retiraba los platos vacíos.

Ella se dio unos golpecitos en el estómago.

–No. Una comida deliciosa.

–¿Te apetece tomar el postre? Es tu favorito.

¡Se había acordado después de tantos años!

–Gracias por todo esto. El almuerzo ha estado fabuloso –dijo ella al cabo de un rato.

Matt se sentó a su lado y Kara sintió que sus sentidos se revolucionaban. Olía deliciosamente. Una tentadora mezcla de sol, aire marino y la fresca fragancia a limón de la loción del afeitado. En el futuro, cada vez que pasara en su coche por el puerto, recordaría ese día y a ese hombre.

–Tienes una miga aquí –dijo Matt al tiempo que le alzaba la barbilla y le limpiaba la comisura de la boca con el pulgar. Un suave gemido involuntario escapó de los labios de Kara. Los ojos de Matt se oscurecieron–. Oye, no soy un santo. Voy a hacer algo que puedes lamentar si no dejas de gemir.

A modo de respuesta, ella se inclinó hacia él. «¿No estará un poco achispada?», pensó Matt al tiempo que unía sus labios a los de ella.

El beso de Matt sabía a champán, a limón y era dulce. Sus labios se acoplaron mientras sus lenguas se buscaban con ansia y luego se entregaban a una danza sensual.

–Es tan bueno… –murmuró ella al tiempo que se arqueaba hacia él.

–Es tan bueno sentirte a ti… –susurró Matt recorriéndole el mentón con los labios, hasta posarse en el lóbulo de la oreja.

Kara se retorció contra su cuerpo mientras sus manos le acariciaban la espalda y se deslizaban hasta las nalgas.

–Esto era lo que te apetecía almorzar, ¿verdad? –murmuró él sin dejar de juguetear la oreja de Kara.

–No estoy segura –susurró ella con una sonrisa mientras continuaba acariciándole la espalda.

Matt la tendió en la cubierta.

–Eres hermosa –declaró sobre el cuerpo femenino, observando el rubor de sus mejillas, los labios ligeramente hinchados y los luminosos ojos verdes.

La había deseado tan intensamente y durante tanto tiempo que le

costaba creer que todo eso estuviera sucediendo.

–¿Qué estamos haciendo, Matt? –preguntó ella, con incertidumbre.

Matt no podía pensar con claridad. Si seguía acariciándolo de esa forma, todo acabaría antes de empezar. Entonces se apartó un poco sin dejar de rodearle la cintura con el brazo.

–Me parece obvio, cariño.

Las manos de Kara se detuvieron al instante.

–No quiero que esto sea sólo sexo.

–¿Qué quieres que sea? –preguntó al tiempo que deslizaba un dedo por la mejilla, maravillado de su suavidad.

La sensación era asombrosa: suave piel, curvas sensuales, pechos generosos. Todavía recordaba una antigua imagen: los pezones oscurecidos bajo la empapada camiseta blanca. Desde entonces se sentía hechizado.

Kara lo miró directamente a los ojos.

–No lo sé bien –dijo mientras se pasaba la mano por los cabellos rubios, que brillaban al sol como doradas hebras de seda–. Sólo sé que no quiero ser otra de tus conquistas. Las cosas serían muy difíciles cuando tuviera que marcharme.

La amargura se apoderó de Matt, como si le hubieran derramado un cubo de agua fría en la cabeza.

–¿Quién dijo que tendrías que marcharte cuando finalizara el trato? –preguntó al tiempo que dejaba caer la mano.

Kara se sentó.

–Ambos sabemos que esto no conduce a ninguna parte. El trato finaliza en menos de cuatro meses y tú reanudarás alegremente tu antiguo estilo de vida. No estoy a favor del sexo casual, así que es mejor continuar con la comedia y dejar las cosas como están.

Había alzado la voz y sus palabras destrozaron el corazón de Matt.

–Siempre volvemos al maldito contrato, ¿no es cierto? ¿El dinero es tan importante para ti? –preguntó en un tono deliberadamente bajo.

Matt podría haber jurado que los ojos de Kara se habían empañado antes de volver la cabeza.

–Sí, lo es.

Esas tres pequeñas palabras le hicieron daño. Unas breves palabras, afiladas e hirientes.

Matt movió la cabeza de un lado a otro intentando aclarar sus pensamientos.

–Necesito refrescarme –anunció. Se quitó la ropa y se lanzó al

agua.

Kara contempló la figura que se alejaba de la embarcación nadando con largas brazadas. Dejó que las lágrimas corrieran libremente por sus mejillas, arrepentida de su interrogatorio. ¡Dios, qué lío! Fue una revelación descubrir que Matt la deseaba con igual pasión. Tras el beso de la primera «cita» ante Steve, no se había acercado a ella. Era cierto que le daba un beso rápido delante de los colegas y al final de las citas, pero eso era todo.

Hacía unos minutos ella prácticamente había implorado ese beso. Debió de ser a causa del sol. Sí, eso era. Un golpe de calor.

Apoyada en la barandilla mientras lo veía nadar cada vez más lejos, supo que el único golpe de calor que la afectaba era a causa de Matt. Incluso en ese momento una onda cálida recorría su cuerpo al recordar sus labios y sus manos. Había ardido con tal deseo que su intensidad llegó a asustarla.

Entonces, ¿por qué resistirse?

Por miedo, pura y simplemente. Había sido sincera con él, al menos en parte. No quería convertirse en otra compañera casual. Quería más. Diablos, lo quería todo. Quería oírle decir que el trato se había acabado, que la amaba tanto que quería que fuese su novia de verdad, que no era una mera adquisición para él.

Sin embargo, él no había dicho nada de eso. Kara sabía que le encantaban las mujeres y ella era eso para él, una mujer que había dejado muy claro que le gustaba. ¿Por qué Matt no iba a sacar ventaja de una oportunidad como ésa? Gracias a Dios que había recobrado el sentido común sacando a colación el trato que existía entre ellos.

Otra vez había utilizado el dinero como una barrera contra el dolor. Mientras él creyera que actuaba por dinero estaría a salvo. Podía manejar a Matt como amigo. Pero Matt como amante, como el hombre que ella amaba, era demasiado. Dios, iban a ser cuatro meses muy largos hasta que concluyera el trato que había entre ellos.

De acuerdo, el paseo no había sido una de sus mejores ideas, pensó Matt. No sabía qué demonios se había apoderado de él para invitar a la mujer más sexy del mundo a pasar el día en su yate. Desde la primera cena había deseado estar a solas con ella en la embarcación. Incluso se lo había pedido la primera noche, aunque afortunadamente ella había rehusado.

Pero dos meses más tarde la había vuelto a invitar. Y se lo había

pedido a sabiendas de que no iba a ser capaz de mantener las manos lejos de ella. Había sido muy duro actuar como un caballero en las últimas cenas.

Matt había vuelto a repasar la escena en el yate. Ella prácticamente le había implorado que la besara. Sentirla suave y entregada bajo su cuerpo, devolviendo las caricias apasionadamente, había sido como estar en el cielo. Había imaginado esa escena tantas veces… Con frecuencia había fantaseado con la idea de verla entregada a él, gimiendo su nombre.

Lleno de frustración, Matt golpeó el escritorio con el puño. Maldito trato. Si no fuera por el dinero no habría puesto barreras a sus sentimientos por Kara. Sin embargo, bastaba con una aventurera en la familia. Lorna, su última madrastra, era una maestra en el oficio de sacar dinero a su padre, y que Dios lo ayudara si Kara se le parecía.

En ese momento deseaba agarrar a su padre por el cuello. Si no hubiera sido por sus ridículas condiciones para asociarlo a la firma, nunca habría tramado ese estúpido pacto.

«Y no hubieras vuelto a tropezar con Kara». Siempre había una espada de doble filo. Matt suspiró mientras revolvía los contratos que tenía sobre el escritorio.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus reflexiones.

–Pase.

–Me pregunto si dispones de un minuto, Matt –dijo su padre al tiempo que entraba en el despacho. Matt esperaba tener tan buen aspecto como él a los cincuenta y ocho años: fornido, con la piel tersa y una vitalidad que resplandecía en sus ojos azules. No le extrañaba que las mujeres lo encontraran atractivo. Se preguntaba si su madre habría advertido las miradas codiciosas que dirigían a su marido. ¿Sería ésa una de las razones que la hicieron alejarse del hogar?

–Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarte?

Odiaba el hecho de no poder llamarlo «papá» en la oficina. También deseaba que alguna vez Jeff lo llamara «hijo» en lugar de Matt.

–Los miembros de la firma hemos decidido hacer una excursión de dos días. Será dentro de un par de semanas, así que tienes tiempo de avisar a Kara.

Matt se aclaró la garganta.

–Veré qué puedo hacer, aunque es una mujer muy ocupada. Sabes que tiene su propio negocio. Puede que no disponga de tiempo libre.

El padre hizo un movimiento con la mano, como un mago.

–Tonterías. Kara es una mujer adorable. Ahí has acertado, hijo. Estoy seguro de que le encantará ir con nosotros. He oído que sus negocios no marchan bien, así que es posible que disponga de tiempo ese fin de semana. Tal vez podrías darle algún consejo profesional, ¿no te parece?

Matt se quedó sin habla. Su padre lo había llamado «hijo». ¿Y qué había dicho sobre los negocios de Kara? ¿Por eso necesitaba el dinero?

–De todos modos te enviaré un correo electrónico con los detalles. Y no olvides saludar a Kara de mi parte –dijo antes de hacer una pausa, ya en la puerta–. Estoy orgulloso de ti, hijo.

No podía creerlo. Había vuelto a llamarlo «hijo». Matt se reclinó en su sillón de piel y suspiró, aliviado. Había esperado mucho tiempo para oír esa palabra de labios de su padre. Entonces, ¿ por qué sentía que su victoria era más aparente que real? Odiaba engañar a su padre, pero el trato era la única manera de que lo tomara en serio. Y si la visita que acababa de hacerle era un indicio, al parecer empezaba a tener éxito. ¿Pero a qué precio? Cuanto antes resolviera el lío en el que se hallaba, mejor. Tanto su padre como Kara se merecían algo mejor.

¿Pero qué pasaba con el dinero? ¿Por qué no marchaba bien el negocio de Kara? ¿Lo estaría utilizando como las otras mujeres?

Mientras hacía girar la estilográfica distraídamente, se fijó en el calendario. ¿Un par de semanas, eh? Resolvió hablar con ella sobre el trato durante la excursión. Si el dinero era tan importante, él se lo daría. Quería que la relación que había entre ellos estuviera libre de obligaciones. No más tratos.

¿Y si no lo quería sin el dinero?

Se le encogió el corazón al pensarlo. Después de todo, ella había dejado claro que no quería nada con él. ¿Tal vez lo hacía únicamente por dinero? Sólo había un modo de saberlo. Mientras alargaba la mano hacia el teléfono, el aparato empezó a sonar.

–¿Diga?

–Byrne, viejo amigo. ¿Me ocultas algo? ¿Qué es eso de que vas a llevar a la bella Kara a nuestra excursión?

–¿Qué quieres, Saunders? Estoy ocupado.

Aunque trabajaban en la misma empresa, hacía semanas que no hablaba con Luke Saunders, su mejor amigo. Luke se dedicaba al derecho penal, así que raramente se encontraban esos días.

–Apuesto a que estás demasiado ocupado… –la voz de su amigo se convirtió en una risa disimulada.

–No digas tonterías. He estado trabajando muchas horas en un caso de propiedad intelectual. Sí, he visto a Kara, aunque eso a ti no te importa.

Luke se rió a carcajadas.

–¿He tocado un punto sensible? No es propio de ti ponerte serio respecto a una mujer. ¿Qué se cuece por ahí?

Ojalá pudiera contarle el secreto a su amigo. Desgraciadamente, Luke no se caracterizaba por su discreción.

–¿Es que uno no puede cambiar? Resulta que Kara me gusta. Y mucho.

Al otro lado de la línea se oyó un claro bufido.

–¿Cambiar? ¿Tú? ¿Intentas decir que nuestros días de juerga han terminado?

–Has dado en el clavo, viejo amigo. Te has quedado solo.

–Pero mi agenda está desbordada. ¿No te tienta ir a alguno de nuestros lugares favoritos para recordar los viejos tiempos?

–Debo volver al trabajo. ¿Qué te parece si nos tomamos una copa más tarde?

–Supongo que sí.

–Nos vemos en el pub sobre las siete. Adiós.

Matt miró el teléfono mientras se preguntaba si debía ponerse en contacto inmediatamente con Kara. La llamada de Luke lo había distraído y quería estar concentrado cuando la invitara a la excursión. No habían hablado mucho desde el fracasado paseo en el yate y sospechaba que no la atraería en absoluto pasar un fin de semana haciendo el papel de su novia.

Se lo diría con gentileza. ¿Tal vez con flores, vino o bombones? Sí, una sutileza como un mazo de hierro. ¿Y una tarjeta de invitación formal? No, eso podría amedrentarla. De pronto decidió que lo mejor sería hablar con ella personalmente. El teléfono no bastaba para algo tan importante. No era propio de él perder la confianza en sí mismo. Ese estúpido trato le ponía los nervios de punta. Le gustaría ser él mismo con Kara y cortejarla debidamente, sin tener que actuar.

De pronto se le iluminó la mente. ¡Eso era! Había estado actuando, no sólo en beneficio de su padre sino en el de Kara también. ¿Por qué no intentar ser él mismo? Ella lo había querido en el pasado. Entonces, ¿por qué no recobrar la antigua magia que había habido entre ellos y ver qué sucedía? ¿Qué tenía que perder?

«Byrne, eres un genio».

Capítulo 8

Kara se hundió en el agua caliente de la bañera con un suspiro de alivio. La fragancia a lavanda de la espuma la envolvía ayudándola a relajar la mente. Cerró los ojos y la imagen de las pequeñas llamas de las velas alrededor desaparecieron de su vista. ¡Qué semana! Gracias a Dios que había hecho caso a su instinto ignorando la insistente invitación de Olivia para ir a bailar esa noche. Un baño caliente, una película romántica y un helado de fresa era todo lo que anhelaba.

Pensando en anhelos… una vívida imagen de Matt cruzó por su mente y puso fin a su tranquilidad. Durante toda la semana se las había arreglado para encerrarlo en el rincón más remoto de su mente mientras se concentraba en su trabajo. Los Normanby, incluso la vieja quisquillosa, habían quedado convenientemente impresionados.

Sin embargo, desde el tórrido encuentro en el yate, la imaginación le jugaba malas pasadas. Varias noches se había despertado cubierta de sudor a causa de sus sueños eróticos con Matt. Afortunadamente, hacía más de una semana que no la llamaba. Las pocas veces que habían hablado por teléfono, se había mostrado amable pero reservado. Kara llegó a pensar que lo hacía más por obligación que por interés en saber cómo se encontraba. Incluso había pensado en la posibilidad de que estuviera con otra mujer, pero de inmediato había desechado la idea. Matt necesitaba con urgencia asociarse a la empresa de su padre. Después de todo, no habría hecho ese ridículo pacto si no estuviera tan interesado. Sólo tres meses más y quedaría libre…

¿Libre para hacer qué? ¿Para volver a enterarse de su emocionante vida a través de las páginas de sociedad de la prensa?

Ella necesitaba una vida propia. Tal vez se decidiría a pedir la ayuda profesional de Sally, después de todo.

–Debo de estar muy necesitada –murmuró mientras se hundía en el agua.

En esos momentos sólo una cosa podría aligerarle el espíritu, pero tendría que secarse, buscar una cuchara y abrir el frigorífico. Gracias a Dios que tenía helado, el mejor amigo de una chica deprimida.

Tras secarse el pelo y ponerse su pijama de algodón con un estampado de cerditos, sacó un bote de helado del frigorífico. Luego eligió uno de sus vídeos favoritos y se hundió entre los cojines de piel del sofá.

Cuando empezaba la película, oyó el timbre de la puerta.

–¡Maldición! –murmuró pensando si no sería demasiado tarde para apagar las luces y fingir que no estaba en casa.

No tuvo suerte. El timbre volvió a sonar insistentemente.

–Ya voy. Ya voy.

Kara abrió la puerta unos centímetros con la cadena de seguridad puesta.

–Hola. ¿Puedo entrar?

Era como una pesadilla recurrente. Cada vez que pensaba en Matt, él se materializaba. ¡Y ella con su pijama de cerditos, por amor de Dios!

–Estoy ocupada en este momento –dijo a sabiendas de que era una disculpa poco convincente.

–Prometo que no me quedaré mucho tiempo. Sólo quiero pedirte algo.

La expresión de Matt le derritió el corazón: suave como la de un niño perdido.

Kara se sintió picada por la curiosidad.

–Sólo un momento, ¿de acuerdo?

Una cálida sonrisa iluminó el rostro de Matt.

–Gracias.

Kara abrió la puerta deseando haberse puesto esa noche un camisón de satén.

–Si te permites bromear acerca de mis cerditos, te marchas inmediatamente –amenazó intentando contener la risa. Matt la miró de arriba abajo con una sonrisa afectada–. Lo digo en serio –exclamó mientras blandía la cuchara como una espada.

Él alzó las manos.

–No te preocupes. De mi boca no saldrá un chillido, ni siquiera una mirada furtiva.

Ambos rompieron a reír mientras entraban en la sala de estar.

–Me alegro de que estés en casa. Necesito hablar contigo.

–De acuerdo. Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

–Me apetece un café.

Kara retiró el bote de helado y se marchó a la cocina. Cuando volvió a la sala, lo encontró mirando las fotografías que tenía colocadas en la repisa de mármol de la chimenea.

–Debes de echarlos mucho de menos –murmuró señalando las

fotografías de sus padres.

–No puedo creer que haya pasado tanto tiempo desde el accidente.

Matt se sentó junto a ella en el sofá.

–Seguro que el responsable anda suelto por las calles –murmuró antes de beber un sorbo de café–. La ley apesta cuando se aplica a conductores borrachos. Me alegra no tener que defenderlos. Simplemente no podría, aunque formara parte de mi trabajo.

Kara no quería explayarse sobre la muerte de sus padres ni sobre el conductor ebrio cuyo vehículo había sido el arma mortal. Había tenido que enfrentarse a su propia rabia y superarla, aunque el dolor nunca había desaparecido del todo.

Miró a Matt por encima del borde de la taza. Parecía cansado, con líneas pronunciadas junto a la boca y sombras bajo los ojos. A pesar de los claros signos de fatiga, su aspecto era increíblemente sensual.

–¿De qué querías hablarme?

La curiosidad de Kara aumentó al verlo sacar del bolsillo un sobre con cantos dorados.

–Pensé que esto podría gustarte.

Ella abrió el sobre y una pequeña llave barroca se deslizó en su mano. Kara alzó la vista pero no pudo descifrar la misteriosa intensidad de la mirada de Matt.

–De acuerdo. Me rindo. ¿De qué se trata?

–¿Recuerdas aquel verano cuando solíamos ir al cobertizo de la barca y encontré la llave de tu diario?

¿Cómo podría olvidarlo? Fue el verano en que se enamoró de él. Su diario guardaba todos sus anhelos secretos.

–Sí, lo recuerdo –respondió con cautela.

–Bueno, te afectó mucho y me exigiste que te devolviera la llave. Y lo hice.

Ella alzó una ceja.

–¿Y?

–Cuando nos encontramos en el Blue Lounge, quisiste saber cuáles eran mis motivaciones. Esta llave te ayudará a averiguarlo.

Ella notó la mirada expectante y el brillo travieso de sus ojos. Seguro que tramaba algo, pensó al tiempo que dejaba la llave sobre la mesita.

–Eres demasiado complejo para mí, Matt Byrne. He renunciado a intentar comprenderte.

Matt se inclinó hacia ella.

–¿No quieres afrontar el desafío?

Otra vez volvía a hacerlo. Había utilizado los recuerdos comunes como una herramienta persuasiva. Sabía que ella nunca dejaba de aceptar un desafío.

–De acuerdo. Dime qué puedo abrir con esta llave.

Matt la retiró de la mesa y luego la balanceó ante los ojos de Kara.

–No tan rápido. ¿Estás libre el próximo fin de semana?

–Puede ser. Depende de quién me lo pida –contestó ella al tiempo que le quitaba la llave.

Matt dejó escapar una risita, un sonido que a Kara siempre le hacía sentirse segura y protegida.

–Bueno, los miembros de la empresa han organizado una excursión para el fin de semana, una especie de retiro anual. Las esposas están invitadas, así que me preguntaba si te gustaría ir conmigo.

Matt le tomó la mano y Kara sintió que se le aceleraba el pulso. Intentó retirarla, pero él enlazó sus dedos con los suyos.

–¿Y qué hay de la llave? –preguntó al tiempo que echaba una mirada al objeto que había caído de la mano de Matt y brillaba entre ellos sobre los cojines.

–Forma parte del trato. Si vienes conmigo, utilizarás la llave para saber todo lo que quieras sobre mí.

–No quiero otro maldito pacto –murmuró, incapaz de apartar la vista de la mirada desafiante de Matt.

Él maldijo en voz baja.

–He escogido mal la palabra, cariño. Este fin de semana significa mucho para mí. Albergo la esperanza de que podamos aclarar algunas cosas y llegar a algún acuerdo –dijo mientras le acariciaba la mejilla.

Kara apenas podía respirar, no sólo por la caricia sino también por la expresión vulnerable mezclada con un encanto infantil que anulaba completamente su propia voluntad.

–Iré contigo –dijo en un murmullo, con el deseo de que la besara.

–Estupendo. Espero con ansiedad que llegue ese día –declaró Matt con una sonrisa radiante.

Ella se inclinó hacia él, con los labios entreabiertos.

–Yo también.

Matt la miró fijamente durante un interminable segundo antes de levantarse bruscamente del sofá.

–Gracias por el café. Te daré todos los detalles cuando estén en mi poder.

Kara respiró a fondo y luego exhaló intentando recuperarse. Otra

vez casi se había lanzado sobre él. Un gesto que se estaba convirtiendo en una costumbre que tendría que modificar si quería mantener intacta su salud mental.

–Gracias por la invitación –dijo mientras recogía la llave–. Espero con ansia poder utilizarla. Va a ser divertido descubrir tus secretos.

–Me atendré a ello.

Luego le dio un casto beso en la mejilla, le guiñó un ojo y se alejó.

–Buenas noches, Matt.

Ya en la puerta, él se volvió.

–Personalmente, creo que los cerditos son graciosos… ¿o tal vez la mujer que los lleva? –dijo antes de lanzarle un beso con la mano y cerrar la puerta tras de sí.

La sonrisa de Kara se desvaneció en sus labios. En menos de media hora, Matt nuevamente había derribado las barreras que ella había interpuesto cuidadosamente.

Sin embargo, el encuentro de esa noche había sido diferente. Lo percibió apenas él entró en la sala. Se había mostrado más abierto, menos seguro de sí mismo. De hecho, había sido el Matt que conocía, el de los viejos tiempos. El hombre que amaba. Kara intentó borrar ese pensamiento, pero fue imposible.

Con un nudo en el estómago, abrió la mano y contempló la pequeña llave. ¿Estaba jugando con fuego? ¿Qué abría esa llave? Si abría alguna cosa, esperaba que no fuese la caja de Pandora.

Matt aceleró bajo una gran tensión. Había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para alejarse de Kara. Estaba seguro de que ella había deseado su beso. Y había resistido, a pesar del deseo que se apoderó de él desde que le abrió la puerta con ese pijama tan gracioso. A pesar de que le encantaba la lencería de satén, al verla casi se había derretido. ¿Cómo unos cerditos podían ser tan sensuales? ¡Seguramente se estaba volviendo loco!

Se había tenido que contentar con la imagen de ese cuerpo inclinado hacia él y la fugaz visión de los senos bajo la tela.

El fin de semana sería diferente. Tal vez tendrían la oportunidad de terminar lo que habían comenzado en el yate. Sin ataduras, desde luego. Las cosas se harían a su manera.

No tenía intención de enamorarse de una mujer que consideraba el dinero como un requisito para estar junto a él. Aunque no había pensado en ello las últimas veladas que habían pasado juntos. Había estado demasiado absorto en ella como para pensar en el tema y

para ponderar las razones que la habían llevado a pedirle tamaña cantidad de dinero.

Gracias a Dios que él no se parecía a su padre. Aunque Jeff Byrne dijera que admirar a las mujeres era como apreciar una obra de arte, Matt sabía que ésa había sido la causa de la aflicción de su madre. ¿Por qué otro motivo tuvo que abandonarlo cuando sólo tenía seis años, dejándolo con un padre adicto al trabajo que se había casado con su secretaria al año siguiente?

Matt no era estúpido. A muy temprana edad se había dado cuenta de las cosas y había sufrido fuertes rabietas cuando su padre empezó a llevar a casa a «tía Denise», sólo dos meses después de la partida de su madre. Cuando Denise fue a vivir con ellos, sintió tanta amargura que se negó a aceptarla como su madrastra. Sorprendentemente, el matrimonio duró veinte años y con el tiempo él empezó a quererla. Para Matt fue una verdadera conmoción cuando Denise abandonó a su padre. Sin embargo, Jeff Byrne volvió a casarse tras haber obtenido el divorcio.

Y llegó Lorna, la esposa número tres, más ávida de dinero que las otras. ¿Cómo podía su padre ser tan crédulo?

Tras ese pensamiento, Matt asestó un puñetazo al volante.

¿Cómo podía acusar a su padre de ser estúpido con Lorna cuando él se comportaba de la misma forma con Kara?

Era cierto que ella lo encontraba atractivo, aunque el dinero era parte importante de esa atracción. Incluso ella misma lo había dado a entender. Sin dinero no habría pacto.

Matt movió la cabeza de un lado a otro mientras aparcaba el coche. Luego entró en su apartamento. De ninguna manera permitiría que una mujer le clavara sus ávidas garras. Incluso aunque fuera la mujer que se adueñaba de todas sus fantasías y que le hacía anhelar mucho más.

Mientras cerraba la cremallera del bolso de viaje, Kara deseó que con la misma facilidad desaparecieran las miles de mariposas que revoloteaban en su estómago. Luego examinó el dormitorio por si dejaba algo que pudiera necesitar. Había revisado el armario cientos de veces eligiendo y descartando ropa al azar.

Ese fin de semana era importante y debía estar presentable. La invitación de Matt la había intrigado y la misteriosa llave era como un ascua ardiente guardada en el bolso durante las dos últimas semanas. Matt sabía qué botones apretar con ella. Con él la vida no era nada aburrida. Era vibrante, amigo de pasarlo bien, adictivo.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

–Hola, preciosa. ¿Preparada para partir? –preguntó Matt sonriente cuando ella salió con el bolso en la mano.

–Preparada como siempre.

Su aspecto era estupendo. Llevaba tejanos, una camiseta blanca que realzaba los músculos del torso y una chaqueta negra de piel.

–En marcha, entonces. Tenemos dos horas de viaje hasta King River y no quiero que nos perdamos la cena. Dicen que la comida es excelente –comentó colgándose del hombro el bolso de Kara y ofreciéndole la mano.

Ella ignoró el gesto, cerró la puerta y luego fue hacia el coche.

Charlaron amigablemente durante todo el trayecto. Sin embargo, Kara ansiaba hacerle una pregunta vital que le rondaba por la cabeza desde que había aceptado la invitación. Esperó hasta que la casa de campo apareció ante su vista.

–Qué hermoso lugar. ¿Cómo lo descubriste?

Matt se encogió de hombros.

–Mi padre estuvo aquí hace tiempo. Es un lugar muy bien equipado. Tiene salas de conferencias y todo tipo de instalaciones deportivas. Aunque creo que lo que más le gustó fue la calidad de la comida.

–Parece fabuloso –comentó Kara al tiempo que contemplaba los altos eucaliptus, las colinas onduladas y los extensos prados–. ¿Cuántas personas pueden alojarse aquí?

Al fin había hecho la pregunta de un millón de dólares.

–Diez parejas. Al menos mi padre reservó diez habitaciones.

Ella jugueteó con la manga de la blusa.

–En cuanto a la distribución de…

–No te preocupes por eso –la interrumpió–. Tendremos que compartir una habitación y una cama sólo por las apariencias, pero creo que puedo controlarme. ¿Y tú?

Kara parpadeó intentando contener su imaginación.

–Ningún problema por mi parte. Sólo quería aclararlo desde el principio. Para evitar situaciones incómodas.

Matt dejó escapar una risita.

–Bueno, uno puede dormir a la cabecera y el otro a los pies de la cama.

Ella le dio una fuerte palmada en el brazo justo cuando Matt aparcaba el coche en el camino de entrada.

Él se frotó el brazo mientras se volvía hacia ella.

–Pegas con fuerza.

–Eso no es nada. Espera a ver lo que te va a ocurrir si te pasas de

la raya.

Los ojos de Matt brillaron a la suave luz del atardecer.

–Promesas, promesas… –murmuró al tiempo que le alzaba la barbilla.

Ella lo miró paralizada. No había manera de volver la cara, incluso aunque lo quisiera.

–¿No deberíamos entrar?

–Ya lo haremos.

Cuando él se inclinaba sobre sus labios, se oyó el sonido estridente de un claxon y se separaron como dos colegiales sorprendidos en una falta. Entonces vieron que se les acercaba un descapotable rojo. La ventanilla del conductor bajó lentamente.

–Vosotros dos, ¿qué hacéis todavía en el coche? Pensé que estabais deshaciendo las maletas.

Luke Saunders guiñó un ojo a Kara. Ella lo había visto algunas veces y le encantaba su humor descarado.

–Buena idea –dijo Matt entre dientes, sin mucho entusiasmo.

Luke aparcó cerca de ellos.

–Es un tipo agradable –comentó Kara, confundida ante el prolongado silencio de Matt.

–¿Tú crees?

Ella no podía comprender su repentina reticencia a entrar.

–¿Qué sucede?

Para su sorpresa, Matt le tomó la mano con fuerza.

–Aprecio verdaderamente lo que haces por mí, Kara. Sé que fingir que eres mi novia durante una cena profesional es muy diferente a tener que hacerlo todo un fin de semana. Sólo espero que todavía me hables cuando esto acabe.

La conducta de Matt la ponía cada vez más nerviosa.

–¿Y por qué no te voy a hablar? ¿Hay algo que no me hayas dicho?

–No, aunque muchas personas van a pensar que nuestra relación es mucho más íntima tras este fin de semana, incluyendo a mi padre. Sólo quería advertirte, eso es todo.

Ella le apretó la mano.

–No te preocupes. Seré una novia modélica, ya lo verás. No olvides que un trato es un trato.

Matt le soltó la mano con una mirada triste.

–Sí, así es. Supongo que ya es hora de empezar la comedia.

Kara no pudo replicar, porque en ese momento Luke le abría la puerta.

–¿Necesitas ayuda?

Ella sonrió vacilante. ¿Qué demonios hacía allí, interpretando un papel que había codiciado toda su vida? Seguro que durante el fin de semana el padre y los amigos de Matt llegarían a la conclusión de que era una farsante. Y si era así, ¿qué posibilidad tendría Matt de convertirse en socio de la firma? ¿Y qué pasaría con el negocio de Sally?

Kara apenas escuchaba la conversación de los hombres cuando subían la escalinata del porche. De pronto oyó un chirrido de frenos. Todos se volvieron a tiempo de ver que un descapotable amarillo aparcaba bruscamente, haciendo volar las piedrecillas del camino de grava. En cuanto el coche se hubo detenido, una escultural morena desplegó sus largas piernas y salió del vehículo.

–Fantástico. Ha llegado mi acompañante –dijo Luke.

Matt la miró con fijeza y su tez bronceada palideció repentinamente.

–¿Has invitado a Miranda? ¿Qué estás tramando?

Luke parpadeó.

–Es el amor de mi vida. Al menos por esta semana.

–Estás loco, ¿lo sabías?

Kara observó que Matt apretaba y aflojaba los puños varias veces, con una tensión evidente en los hombros.

–¿La conoces? –se aventuró a preguntar, disgustada por las malas vibraciones que sentía.

Matt se volvió a ella, como si de repente notara su presencia.

–Podría decirse que sí –contestó mientras se pasaba una mano por el pelo–. Nos veremos dentro –gritó a Luke, que abrazaba estrechamente a la voluptuosa Miranda.

Matt, con una expresión de fastidio, la agarró por el codo y subieron los restantes escalones.

–¿Una ex novia?

Él asintió.

–Sí, una ex, pero no una amiga. No puedo creer que Luke esté liado con ella. ¿Podemos cambiar de tema?

Kara sintió una puñalada de celos.

–Aunque no sea una amiga parece que algo te ha enfadado.

–Déjalo –murmuró empujando la pesada puerta de roble–. Lo pasado, pasado está. Espero que Mandy también lo recuerde.

Mandy. El diminutivo no contribuyó a calmar sus celos. Kara intentó borrar la amargura de su voz.

–¿Qué pasa? Creí que te encantaba sentirte adulado por más de una mujer.

–Ese comentario malintencionado no te favorece en nada.

–Como tampoco te favorece a ti exhibir una novia de conveniencia que has comprado para abrirte paso en tu carrera.

Por segunda vez en menos de cinco minutos, el color desapareció de la cara de Matt. Kara se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y dio un paso atrás involuntariamente.

–Voy a deshacer mi maleta –dijo Matt–. Nuestra habitación es la número ocho. Si quieres venir conmigo, me parece muy bien. Si no, me importa un bledo –afirmó mientras le lanzaba las llaves del coche, que ella atrapó al vuelo por puros reflejos–. Tú decides, de todas maneras a mí no me importa.

Ella lo vio alejarse y sus ojos se empañaron de lágrimas. ¡Maldición, quería que le importara tanto como a ella… y más! ¿Qué demonios iba a hacer?

Capítulo 9

Matt abrió la puerta y entró precipitadamente en la habitación sin siquiera echarle una mirada. No podía creer que sus planes se hubieran arruinado. Ni qué decir de cortejar a la mujer de sus sueños ese fin de semana. En ese momento no sabía si ella se quedaría o se marcharía.

Realista como era, pensó en la segunda opción. Había perdido la compostura, pero algo que no podía soportar eran los celos. Muchas veces había observado el modo en que las mujeres de su padre los utilizaban para conseguir lo que querían. Claro que su conducta no había sido ejemplar al ver a Miranda pero, ¿para qué tanto interrogatorio?

«Tal vez le importas más de lo que crees». El repentino pensamiento no contribuyó a tranquilizarlo. Ni tampoco el que le siguió. Para ser un hombre que no podía soportar los celos, algo se había revuelto en su interior al enterarse de que Steve Rockwell era ex novio de Kara. Había deseado darle un puñetazo en plena nariz. Así que, ¿por qué la juzgaba en lugar de darle una oportunidad? Dios, para ser un abogado inteligente, a veces se comportaba como un estúpido.

Ansioso por enmendar la situación, abrió precipitadamente la puerta y casi chocó con Kara.

–¿Puedo entrar? –preguntó con indecisa suavidad.

Con gran alivio, Matt se hizo a un lado mientras resistía la tentación de estrecharla entre sus brazos y llevarla a la cama.

–Claro que sí. Déjame el bolso.

Kara paseó la mirada por el dormitorio antes de clavar los ojos en la cama con dosel que dominaba la estancia.

–Es una habitación encantadora –murmuró.

Por primera vez, Matt miró a su alrededor. Observó los suelos pulidos y las alfombras en tono borgoña a juego con la colcha de la inmensa cama. De inmediato ordenó a su mente que no se pusiera a fantasear. Pero la orden no funcionó porque la excitación se apoderó de él en menos de un segundo.

Dirigir su atención a Kara tampoco fue de gran ayuda. Iba vestida con unos ceñidos pantalones en tono crema y un ligero jersey de color caqui que realzaba su esbelta figura. Contempló los labios

satinados y los ojos de gata fijos en él.

–Siento lo ocurrido –dijo antes de pensarlo dos veces.

Kara esbozó una sonrisa.

–¿Matt Byrne disculpándose? Debe de ser la primera vez.

Él se encogió de hombros, un poco más confiado al ver la sonrisa en su rostro.

–Reconozco mi culpa.

–¿Quieres decir que reconoces haberte comportado de forma abominable y que realmente deseas que me quede? –preguntó al tiempo que batía las pestañas con coquetería.

–¡No te aproveches, Kara! –refunfuñó al tiempo que cruzaba la habitación.

Entonces la abrazó estrechamente al tiempo que sentía las curvas del cuerpo femenino contra su cuerpo. El perfume floral que se desprendía de ella embriagó sus sentidos y le hizo recordar aquel cumpleaños en que la rechazó con dureza. Ese fin de semana no sería tan estúpido.

–¿Cuándo podré utilizar la llave?

–¿Llave? ¿Qué llave? –preguntó Matt con fingida indiferencia al tiempo que intentaba ocultar el deseo de romper a reír al ver su expresión consternada.

Ella lo apartó y luego cruzó los brazos sobre el pecho. El gesto defensivo atrajo la atención de Matt hacia sus senos y sintió que la sangre se le agolpaba en las venas, presa del deseo de acariciarlos y besarlos.

–No juegues conmigo, Matthew Byrne. He venido por esa llave misteriosa, y tú lo sabes.

Matt se llevó la mano al corazón.

–Y yo que creí que había sido por mi encanto arrollador… Tú sí que sabes cómo herir a un tipo, ¿eh?

–Si estás jugando conmigo alguien va a resultar herido este fin de semana y no será tu ego solamente –replicó al tiempo que su mirada bajaba hasta la entrepierna de Matt y con un gesto burlón subía la rodilla como si lo fuera a golpear.

–¡Ay! –exclamó él, con una fingida mueca de dolor–. ¡Ni se te ocurra! Por lo demás, me atrevería a pensar en algo más agradable si tus intenciones van por ese camino.

Kara abrió mucho los ojos al tiempo que se ruborizaba intensamente.

–Voy a deshacer mi equipaje –dijo bruscamente mientras se inclinaba y abría su bolso.

–¿Y qué hay de la llave?

–Estoy segura de que me revelarás su uso en un momento más oportuno. Ahora voy a darme una ducha y a prepararme para la cena.

–¡El secreto de la llave no es todo lo que yo podría desvelar de mi persona!

Al oír su carcajada, ella cerró el cuarto de baño de un portazo.

La cena fue una pesadilla. Kara creía que había sido duro aparentar ser la novia de Matt en las citas anteriores, pero no había visto nada todavía. Se sentía perdida rodeada de los colegas más cercanos de Matt, que de hecho eran sus amigos, por no mencionar al padre. Presumir de novia ante los conocidos con los que Matt se relacionaba sólo profesionalmente había sido bastante más fácil.

Le dolía la cara de tanto sonreír y el corazón de tanta decepción. Jeff Byrne la trató como a una hija que no veía hacía mucho tiempo y se dedicó a presentarla con orgullo a sus empleados. La mirada ardiente de Matt la seguía a cada paso. Se sentía pendiente de él, estuviera a su lado o en el otro extremo de la habitación. Cada mirada, cada caricia, cada sonrisa casi le hacían perder el control. ¿Cómo podría compartir una habitación, por no hablar de la cama, con ese hombre y mantener la relación en un plano estrictamente platónico?

Cuando la velada llegaba a su fin, Kara se sentía al borde de un ataque de nervios. La odiosa Miranda, que se las había ingeniado para dejar sin aliento a todos los hombres, eligió ese momento para acercarse a ella.

–Hola. Tú debes de ser Kara. Soy Miranda –dijo al tiempo que le tendía una mano perfectamente cuidada.

–Encantada de conocerte –contestó al estrechársela, sorprendida de su calidez.

–¿Así que eres la actual novia de Matt?

–Sí, y me ha hablado de ti –dijo Kara sin rencor al tiempo que se preguntaba si no ardería en el infierno por la pequeña mentira.

Miranda alzó las cejas.

–¿De veras? –preguntó, muy sorprendida–. Entonces espero que no haya resentimientos. No me ha vuelto a hablar desde que rompimos nuestras relaciones.

De pronto Kara sintió lástima por ella, porque era capaz de comprender cómo se sentía una mujer rechazada por un hombre como Matt.

–No te preocupes por eso. Estoy segura de que volveréis a hablar,

especialmente ahora que sales con su mejor amigo.

Miranda sonrió.

–Realmente eres muy agradable. Me alegro de que Matt te haya elegido como su novia formal.

Kara dejó escapar una risita al tiempo que intentaba ignorar los fuertes latidos de su corazón.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Luke, desde luego. Esos dos son inseparables y dice que Matt está loco por ti, que nunca lo había visto así con otra mujer.

Antes de que Kara pudiera responder, Jeff se unió a ellas.

–Sí que tengo suerte al verme acompañado de las dos mujeres más hermosas del grupo. ¿Disfrutáis de la velada, señoras?

Kara asintió con la cabeza, feliz de dejar a Miranda charlando con el padre mientras ella iba en busca de Matt. Estaba sentado a la mesa, charlando animadamente con Luke. Le dio un vuelco el corazón al considerar lo que Miranda le había dicho.

¿Era acertada la opinión de Luke? ¿Matt se interesaba por ella o simplemente era un maldito buen actor? Luke trabajaba en la empresa y sin lugar a dudas se llevaba bien con Jeff, así que, ¿no necesitaría Matt convencerlo de que sus relaciones eran serias, con la esperanza de reforzar las posibilidades de convertirse en socio de la empresa? Tenía que ser eso. Era la única explicación lógica. Antes de atenerse a la dura realidad, por un segundo deseó creer que él la amaba.

Tras reunirse con ellos unos minutos, Kara se excusó y salió de la sala, ansiosa por encontrar un sitio tranquilo donde sosegar sus pensamientos. El dormitorio no era adecuado, porque sería el primer lugar donde Matt iría a buscarla. Casi sin pensarlo se dirigió al recinto de la piscina, unida a la casa por un pasillo acristalado. Varias tumbonas rodeaban la gran piscina de aguas claras en las que se reflejaba la luz. Kara se tendió en una de ellas y cerró los ojos.

Si la cena había sido una pesadilla, el resto de la noche iba a ser un infierno. Había utilizado todas las excusas posibles para convencerse de que no amaba a Matt: los abogados ricos y de éxito no eran su tipo, él era un playboy que la amaría y la dejaría, su estilo de vida requería una compañera con una imagen perfecta que ella mostraba a los otros sólo como parte de su quehacer profesional.

Por no mencionar la excusa más importante: una vez ella se le había ofrecido, sólo para obtener un rechazo como respuesta. Todas las razones eran válidas, pero no lograban convencerla.

Lo amaba, pura y simplemente. Se había dado cuenta aquella

noche en su casa cuando la invitó a que lo acompañara ese fin de semana. Y no fue porque él hubiera dicho o hecho algo especial. Cuando Matt se marchó, fue consciente de que su vida sencillamente estaba vacía sin él. Lo amaba, tal vez desde siempre. ¿Qué demonios iba a hacer cuando se deslizara en la cama junto a ella esa noche? Y peor que eso, ¿cuando desapareciera de su vida una vez finalizado el trato?

No era estúpida. Había visto la evidencia de su deseo esa misma tarde, y no por primera vez. Matt no había ocultado que ella le atraía desde que había firmado el estúpido trato. ¿Cuál era la novedad, entonces? ¿No encontraba a todas las mujeres sexualmente atractivas? Posiblemente había pensado que era perfectamente natural que el sexo formara parte del contrato. Después de todo, dudaba seriamente que alguna mujer lo hubiera rechazado en el pasado. Bueno, ella iba a ser la primera. Tenía que serlo si quería sobrevivir los próximos meses con el corazón intacto.

Un repentino chapoteo interrumpió sus pensamientos. Kara clavó los ojos en la piscina, pero no pudo ver a nadie. Pasaron varios segundos. Quienquiera que estuviese bajo el agua podía contener la respiración mucho más tiempo que ella. Cuando empezaba a sentir pánico, Matt apareció ante sus ojos.

Sintió la garganta apretada al ver las gotas que se deslizaban por el cuerpo bronceado y caían en las baldosas. El día de la excursión en el yate lo había vislumbrado, pero no había notado su esplendor. En ese momento tenía todo el tiempo del mundo para apreciar que era un cuerpo maravilloso. Perfectamente atlético.

Matt se acercó a ella, sin nada más que un breve bañador y una sonrisa.

–¿Te apetece un chapuzón? –murmuró mientras le tendía la mano.

Ella lo miró, hipnotizada por la intensidad de esos ojos oscurecidos de deseo.

–No tengo bañador –tartamudeó al tiempo que le tomaba la mano.

–¿Y qué? –murmuró él. La pregunta quedó vibrando entre ellos.

Cuando Matt la estrechó contra su cuerpo, Kara deseó con urgencia desgarrarse el vestido y quedar desnuda entre sus brazos. La joven dejó escapar un gemido cuando la boca masculina buscó la suya. Entreabrió los labios sin pensar en resistirse y respondió al beso arrollador con la misma intensidad, en tanto las lenguas se buscaban y luego se unían en una frenética danza.

–Te deseo tanto… –murmuró Matt en la comisura de sus labios

mientras sus manos se deslizaban por la espalda de Kara.

Ella respondió retorciéndose contra su cuerpo y sus dedos recorrieron la piel desnuda del torso de Matt.

–El sentimiento es mutuo –suspiró en tanto él la besaba entre el cuello y la clavícula.

–¿Estás segura? –susurró, todavía acariciándole la espalda.

En medio de la nebulosa de la pasión, Kara experimentó un instante de asombrosa claridad. A pesar de las dudas y miedos, necesitaba hacer el amor con él. Esa noche podría ser la única oportunidad y se iba a aferrar a ella como fuera. Sería un recuerdo precioso que podría atesorar cuando tuvieran que separarse.

Kara deslizó las manos por la cintura de Matt y lo atrajo hacia su cuerpo.

–Nunca sabrás cómo te deseo –jadeó al tiempo que se inclinaba hacia atrás de modo que sólo las caderas quedaron unidas.

–Dios, qué hermosa eres –susurró Matt. Kara sintió que se humedecía al notar la mirada fija en sus pezones–. Es hora de quitarte esta ropa.

–¿No deberíamos ir a nuestra habitación? –preguntó débilmente mientras él le retiraba los tirantes de los hombros, el vestido se deslizaba al suelo y se arrodillaba ante ella con los labios en su estómago.

–Todo a su debido tiempo, cariño. Cerré la puerta con llave, así que nadie podrá molestarnos aquí –murmuró. Luego su lengua jugueteó en el ombligo de Kara, que sintió las piernas temblorosas –. Además, no creo poder esperar tanto tiempo.

Ella se abrazó a él y cerró los ojos mientras enredaba los dedos en sus cabellos.

Ondas de placer recorrían una y otra vez el cuerpo de Kara mientras él besaba el lugar más íntimo de su cuerpo.

–Oh, Matt –gimió.

–Un poco temblorosa, ¿eh? –dijo más tarde con suavidad al tiempo que la acomodaba en la tumbona.

Ella sintió la tela de los cojines en la piel desnuda mientras le hacía una seña con el dedo índice.

–Ya se me ha pasado. Ven aquí. Es hora de devolverte el favor –murmuró mientras abría los brazos.

Matt se refugió en ellos intentando desesperadamente mantener el control. La humedad de su cuerpo se había evaporado, pero sintió que empezaba a sudar al sentir que las manos de ella se deslizaban por el torso y bajo la cintura elástica del bañador.

Matt dejó escapar una especie de gruñido al sentir la mano y los

dedos de Kara en su viril intimidad. Fue una caricia ardiente como el fuego que se prolongó hasta casi hacerle perder el control.

–¿Puedo quitarte esto? –preguntó Kara, suavemente.

El tono vacilante de su voz contrastaba con el toque experimentado de su mano.

Sus miradas se entrelazaron, la expresión vulnerable de los ojos verdes le llegó al corazón. Matt se inclinó y le tomó la cabeza con las dos manos mientras le acariciaba las orejas con los pulgares.

–Sí. Aunque no me hago responsable de lo que pueda suceder…

Le dio un vuelco el corazón como respuesta a la trémula sonrisa de la joven.

–Estoy dispuesta a correr el riesgo –contestó ella con la mirada fija en sus ojos.

Capítulo 10

Tras haber hecho el amor junto a la piscina, Kara había asumido el papel de novia con renovado entusiasmo, con todas las dudas desterradas de su mente. Más tarde se habían amado toda la noche en la habitación, explorando sus cuerpos hasta el amanecer. Algunas personas habían notado un fulgor especial en ella, especialmente Jeff. Y pensar que había estado tan preocupada al creer que el padre descubriría el engaño.

Había sido sorprendentemente fácil olvidar sus temores al ver que Matt la trataba como si fuera una reina y la tocaba constantemente como para asegurarse de que realmente estaba allí.

Esa tarde habían ido a montar a caballo y se habían separado del grupo en busca de un refugio entre los eucaliptus. Allí, junto a la sombreada ribera del río, se habían besado interminablemente como una pareja de adolescentes.

La cena había estado muy animada, a pesar de que la mano errante de Matt bajo el mantel distraía sus intentos de mantener una conversación civilizada con sus compañeros de mesa. El padre sonreía con indulgencia cuando se encontraban sus miradas y ella intentaba reprimir un sentimiento de culpa.

–Te veo muy pensativa –comentó Matt.

Ella miró su perfil con el pulso acelerado.

–Pensaba en la noche pasada.

–Yo también –dijo al tiempo que desviaba bruscamente el coche para evitar un bache de la carretera–. ¿Ves? Esos pensamientos no son buenos para la salud. Distraen demasiado.

Ella rompió a reír y le puso la mano en el muslo.

–¿Es cierto? Leí en alguna parte que el ejercicio físico en un gimnasio es extremadamente beneficioso para la salud, especialmente para el corazón.

Él le acarició la mano.

–Y otras partes de la anatomía –añadió descaradamente.

Kara le dio unos golpecitos en la mano.

–Concéntrate en el camino.

–Es muy fácil de decir. Pensar que tengo que contentarme con mirar a la mujer más hermosa del mundo sentada a mi lado. ¿Cómo podría un hombre concentrarse en algo más, incluyendo la

carretera?

Kara recibió el cumplido estremecida de placer.

–Estoy segura de que podrás hacerlo. Después de todo, me pareció que anoche podías hacer muchas cosas a la vez.

Por toda respuesta él refunfuñó y luego pasaron la siguiente media hora en amigable silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Muy pronto llegaron a casa de Kara. Ella temía ese momento y se preguntaba si el fin de semana habría sido producto de su imaginación y si la nueva relación que se había establecido entre ellos se desvanecería al volver a Sidney. El fin de semana no había hecho más que reforzar su amor por él. Esperaba con ansiedad que no la volviera a abandonar.

–¿Tienes las llaves? –preguntó Matt.

Ella asintió al tiempo que buscaba en el bolso, presa de los nervios.

–Un segundo.

–¿Te ayudo?

En un instante, Matt encontró las llaves en un bolsillo lateral. Luego abrió la puerta y dejó el bolso de viaje en el umbral.

–Debo marcharme. Tengo trabajo en la oficina –dijo con una sonrisa.

A Kara le dio un vuelco el corazón en el pecho. Había esperado que entraría y hablarían sobre lo que les había sucedido. En cambio, él se mostraba ansioso por escapar de ella para ir a encerrarse en su oficina un domingo.

–Gracias por este fin de semana. Lo he pasado muy bien –dijo Kara, incapaz de mirarlo a los ojos.

Matt le alzó la barbilla y la besó ligeramente en los labios.

–Te llamaré. ¿De acuerdo?

Ella se esforzó por sonreír mientras él se alejaba por el camino de entrada. Matt no se volvió a mirarla.

Cuando cerraba la puerta con un suspiro, Kara oyó que el coche se ponía en marcha. Fue en ese momento, al dejar las llaves sobre la mesa del vestíbulo, cuando recordó la llave que Matt le había entregado. En medio de la nebulosa de la pasión, la había olvidado por completo.

Aunque no había sido necesario desafiarla con la tentación de aquella llave.

El timbre de la puerta la sobresaltó. Tras mirar a su alrededor,

Kara se sorprendió al ver que había caído el atardecer. Debía de haberse quedado dormida en el sofá.

–¿Quién es? –preguntó al tiempo que se frotaba los ojos resecos con el deseo de que el visitante se marchara.

La noche de los domingos la dedicaba a prepararse para el temido lunes.

–Abre, pequeña –dijo Sally. Cuando Kara abrió la puerta, le dio un fuerte abrazo–. ¿Cómo te encuentras, querida? ¿Cómo ha estado el fin de semana con tu maravilloso novio?

Kara alzó las manos a modo de rendición.

–Una pregunta a la vez, Sal.

Sally le lanzó una mirada crítica.

–¿Qué te pasa? Pensé que estarías en la luna después de pasar un par de días con ese atractivo novio tuyo.

–No es mío –murmuró Kara, con el deseo de que no fuera cierto.

–Bueno, ¿entonces cómo se explica esa cara? Parece como si no hubieras pegado ojo últimamente, ¿eh? –preguntó sonriente al tiempo que cruzaba los brazos sobre el amplio pecho.

Kara se ruborizó.

–No sé de qué hablas. Me he quedado dormida, por eso parezco cansada –dijo al tiempo que se dirigía a la cocina. Sabía que su cara iba a delatar sus secretos.

Mientras Kara llenaba la tetera, la mujer mayor se acercó a ella y la abrazó por detrás.

–No estoy fisgoneando, querida. Sólo que me siento muy feliz de que Matt y tú os hayáis vuelto a encontrar.

–Mm –murmuró Kara.

El abrazo de Sal la desarmó totalmente. En ese instante deseó volverse, refugiarse en sus brazos y confiarle todo ese sórdido lío: el trato, el dinero, sus sentimientos hacia Matt. En lugar de eso, Kara se recobró en un instante, se separó de Sal y metió la cabeza en el frigorífico en busca de leche.

–Tengo una noticia para ti. Una gran noticia –exclamó Sally con gran excitación–. ¡Gané! ¿Puedes creerlo? He ganado el DATY.

La noticia y todas sus implicaciones impactaron a Kara como si la hubiese atropellado un tren. Matchmaker había ganado el premio.

–Es fantástico. Enhorabuena, Sal. Sabía que lo lograrías –dijo al tiempo que la abrazaba, sorprendida de la semilla de duda que germinaba en su interior a pesar de su alegría.

Si el DATY ya era de Sal, no había ninguna razón para seguir fingiendo ser la novia de Matt. Al menos por su parte.

–Gracias, cariño. Si no fuera por ti, nada de esto habría sucedido.

Los jueces dijeron que habían fallado a mi favor. al enterarse de que había unido a mi milésima pareja. Así que os necesito a ti y a Matt para hacer un poco de publicidad.

El miedo se apoderó de Kara.

–¿Qué clase de publicidad?

Si iba a confesárselo todo a Matt, ¿cómo podría esperar que participara en algún acto publicitario?

Sally se encogió de hombros.

–No lo sé todavía, aunque los jueces me lo dirán. Como ves, todo ha salido bien. He ganado el DATY, la agencia está a salvo con el dinero del premio y tú has conseguido a tu hombre.

«Tú has conseguido a tu hombre».

Las palabras de Sally resonaron en su mente. Si al menos fueran verdad… En cambio, tendría que cancelar el trato y probablemente él encontraría otra mujer en un abrir y cerrar de ojos. Claro, le molestaría tener que empezar la comedia de nuevo, pero a la larga conseguiría lo que tanto anhelaba: convertirse en socio de la empresa. Y ella se vería desplazada. Al intentar salvar el negocio de Sal, había perdido el corazón. Otra vez. Y con el mismo hombre. ¿Cómo se iba a recuperar de aquello?

No le quedaba otra solución y la contemplaba sin la menor ilusión.

Afortunadamente, Sally no se quedó demasiado tiempo, así que Kara tuvo la oportunidad de pensar seriamente, antes de que llegara la hora de presentarse ante Matt con la noticia de que el trato había acabado.

Lo echaría de menos. Más que eso, ¿cómo podría soportar verlo con otra mujer cuando se había vuelto a enamorar perdidamente de él?

Siempre había sabido que las relaciones físicas sólo contribuirían a reforzar sus sentimientos, sin embargo había optado por dejar a un lado la prudencia. En el mismo momento en que Matt había vuelto a aparecer en su vida, tendría que haber tomado la única decisión sensata: ¡marcharse a Perth!

En cambio, había obedecido los dictados de su corazón e iba a recibir el justo castigo. Porque no había duda de que quedaría en un segundo plano cuando finalizara el trato: no más cenas, no más llamadas telefónicas, no más intimidad compartida, no más deliciosos momentos en que Matt había hecho vibrar su cuerpo de placer.

De pronto, una idea se insinuó en su mente. Si tenía que decirle la verdad, ¿por qué no aprovechar la última oportunidad de asir la

felicidad? Si lograba que la deseara más que cualquier otra cosa y le hacía saborear lo que podría perder si la dejaba, tal vez la historia tuviera un final feliz, como los cuentos de hadas.

Kara reprimió una sonrisa mientras la idea cobraba forma en su mente. Sí, podría llevarla a cabo y sabía lo que necesitaba para hacerlo.

Matt firmó el último contrato, lo colocó sobre el montón de documentos y se reclinó en el sillón. Había sido una dura quincena de varias negociaciones clave que había llevado a término casi simultáneamente. Estaba cansado aunque estimulado a la vez y saboreaba las mieles del éxito, tan dulces como cuando había ganado su primer caso.

Amaba su trabajo y lo amaría aún más cuando se convirtiera en socio de la firma.

«Pero no tanto como podrías amar a Kara»

Las pocas veces que habían hablado por teléfono esos días, ella lo había tratado con frialdad. ¿Qué había sucedido con la ardiente hechicera que susurraba y gemía bajo su cuerpo?

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

–Vete, Saunders. No estoy de ánimo para charlas.

Había anticipado la visita de su amigo, siempre resuelto a interrogarlo sobre Kara.

–¿Y no tienes ánimo para algo más?

Sobresaltado, Matt se enderezó en el sillón completamente asombrado. La mujer que ocupaba sus fantasías acababa de materializarse ante sus ojos. Aún más, su voz era igual a la que resonaba en su mente todavía: entrecortada y seductora. ¡Y su vestimenta!

Sólo Dios sabía lo que ocultaba el largo impermeable, anudado en la cintura.

–¿Qué haces aquí? –preguntó con una voz igual al croar de una rana.

Ella se limitó a guardar silencio mientras echaba el cerrojo a la puerta. Cuando se volvió hacia él, Matt vislumbró la tentadora banda de encaje de una media. ¡Oh, Señor, no llevaba falda! El corazón dejó de latirle un segundo al pensar que tal vez no llevara nada. Y luego empezó a retumbarle en el pecho.

Ella agitó un dedo ante sus ojos.

–Me has estado evitando –dijo antes de apoyarse en el borde del escritorio–. Así que he decidido remediar la situación –añadió

mientras se sentaba.

Él se removió en su asiento, incapaz de apartar la mirada de las piernas cruzadas muy cerca de su cara.

Tenía que levantarse y huir de allí si quería evitar abalanzarse sobre ella. Sin embargo, la tentadora visión que se ofrecía ante él había inflamado su ego, así que no había manera de evitar que notara su expresión de deseo y de ardiente ansiedad.

Luchando por mantener la compostura, apartó los ojos de las piernas. Degraciadamente, mirarla a los ojos no fue la solución. Su brillo luminoso hacía juego con la luz de la lámpara, de un profundo color verde.

–¿Has venido a hablar conmigo? –consiguió articular después de tragar saliva.

–Algo así.

Ella se puso de pie frente a él. El corazón se le aceleró al verla juguetear con el cinturón y los grandes botones del impermeable. ¿No iría a quitárselo allí en el despacho, verdad? Matt aferró los dedos al brazo del sillón con la fuerza con que alguien a punto de ahogarse se agarra a un salvavidas. Porque se estaba ahogando en una ola de sofocante sensualidad, como nunca había experimentado en su vida.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Creo que es hora de aclarar unas cuantas cosas, ¿no te parece?

–Sí.

Las manos de Kara se habían tranquilizado, pero no así la imaginación de Matt. En un segundo se puso de pie y la apoyó contra la mesa sujetándole las manos detrás de la espalda.

–¿A esto le llamas hablar? –murmuró Kara al tiempo que ceñía su cuerpo al suyo e inclinaba la cabeza hacia atrás a la espera de su beso.

Los labios de Matt devoraron su boca con la ansiedad de un hambriento. No era un beso corriente y no había nada dulce en él. Kara abrió los labios y lo atrajo hacia ella.

Más tarde, Matt se separó de su boca y recorrió con los labios la mejilla de la joven.

–Me encanta el idioma que hablas.

Kara había esperado enloquecerlo y lo único que logró fue arder en sus propias llamas.

–Te he echado de menos –murmuró estrechamente abrazada a él.

–Yo también –dijo Matt al tiempo que miraba hacia abajo. Ella se estremeció ante el escrutinio, repentinamente vulnerable–. Sí que llevas una ropa original.

–¿Qué, este impermeable viejo? Lo uso siempre que deseo mostrarles a ciertos hombres tercos lo que se pierden.

–Preferiría que no lo hicieras –murmuró él antes de besarla apasionadamente.

–¿Matt?

Tras deslizar las manos por su espalda, Kara le aferró las nalgas.

–¿Mmm?

–¿En tu casa o en la mía?

Matt esbozó una sonrisa y ella se concentró en sus labios mientras se preguntaba si tendría el valor de continuar con el resto del plan.

–Eso es lo que me gusta. Una mujer con iniciativa –dijo Matt mientras se ponía la chaqueta y luego recogía las llaves–. Tú decides.

–En la mía –contestó rápidamente por temor a perder el control por completo–. Y en cuanto a las iniciativas, no has visto nada todavía.

Capítulo 11

Kara no podía seguir con todo aquello. Había planeado confesar la verdad a Matt a la hora del desayuno. Pero no hubo ocasión porque se dedicaron a repetir lo que habían hecho la noche anterior. Más tarde habían tomado una taza de café alegremente.

El recuerdo de Matt estaba presente no sólo en la cocina, sino en todos los rincones de la casa. Había querido atesorar una pequeña parte de él para cuando pusiera fin a todo aquello.

La noche pasada y parte de esa mañana no se habían prestado en absoluto para plantearle el final de la relación.

Todavía le costaba creer que la noche anterior hubiera sido capaz de aquella representación en el despacho. Parte de su plan consistía en hacer el amor por última vez, y antes de dar el pacto por finalizado, enloquecerlo de deseo para que la recordara siempre. Cuanto más se prolongara la comedia, más sufriría su corazón.

Una vez resuelto el sentimiento de culpa respecto a Sal, se había lanzado de lleno a interpretar el papel de novia con el deseo egoísta de disfrutar de los momentos junto a Matt. No hacía nada malo. No tenía intención de aceptar el dinero y tampoco estaba engañando a nadie.

Excepto a sí misma.

Si era sincera consigo misma tenía que reconocer que todavía albergaba la esperanza de que él pudiera enamorarse de ella y vivir felices, como en los cuentos de hadas. Sin embargo, no era Cenicienta y tenía la clara impresión de que su príncipe azul pronto se marcharía sin ella.

Cuando acababa de pintarse los labios, sonó el timbre. Matt era la puntualidad personificada.

Kara abrió con una sonrisa.

–Hola –dijo, y luego enmudeció de la impresión. El aspecto de Matt era espléndido vestido de esmoquin.

–Hola –saludó Matt antes de silbar de admiración, tomarle las manos y hacerla girar sobre sí misma–. Estás fantástica –dijo al tiempo que la abrazaba y cerraba la puerta de un puntapié.

–Me alegro de contar con tu aprobación –murmuró mientras le echaba los brazos al cuello y sentía la fragancia embriagadora de la loción del afeitado.

–Maravillosa –murmuró en tanto la ceñía contra sus caderas.

La excitación de Matt le hizo olvidar la velada que les esperaba mientras entrelazaba una pierna con la suya y la deslizaba de arriba abajo.

–¿Es muy importante ese cóctel? –susurró tentadora, con el corazón latiéndole en los oídos.

Matt la apoyó contra el espejo del vestíbulo y la besó apasionadamente antes de separarse de ella.

–Lo siento, cariño. Nada me gustaría más que continuar así, pero mi padre tiene algo muy importante que anunciar esta noche. Debo estar allí. Y si es lo que estoy pensando…

–¿Así que hoy es la gran noche? –murmuró Kara al tiempo que se alejaba de él para poder pensar.

–No estoy seguro, pero, ¿qué otra cosa podría ser? Hace ya unos cuantos meses que hay un puesto vacante para un socio y mi padre ha estado poniéndome a prueba todo el tiempo –dijo mientras se paseaba por el vestíbulo, cada vez más nervioso–. He hecho todo lo que me ha sugerido…

No fue necesario que acabara la frase. Ambos sabían que se refería a la razón que le había llevado a hacer el trato con ella. Y si el anuncio de esa noche coincidía con las expectativas de Matt, ya no sería necesario continuar con la comedia.

–Seguro que lo has hecho –dijo ella con una fingida ligereza que no engañó a Matt.

–Lo siento, Kara. Por todo.

–No te disculpes. Ambos lo sabíamos desde el comienzo. Un trato es un trato, ¿no lo recuerdas?

El único modo de ocultar su dolor era adoptar ese tono poco serio.

–Sí, pero no entraba en mis planes… –Matt hizo una pausa y desvió la mirada–. Me refiero a nosotros… ya me entiendes…

–Te refieres al sexo. Vamos, Matt, para ser abogado a veces te fallan las palabras.

–¿No crees que eso complica las cosas?

Ella se encogió de hombros y volvió la cara.

–¿Por qué? Tú te conviertes en socio y yo gano mucho dinero. Trato cumplido.

Luego rebuscó en el bolso de noche en busca de un pañuelo que necesitaba con urgencia. Tenía que enjugarse las lágrimas que amenazaban con derramarse.

Afortunadamente, la mención del dinero logró distraer a Matt del tema de sus relaciones.

–Sí, lo que tú digas. A propósito, ¿por qué necesitas tanto dinero? –preguntó, evitando tocarla mientras cerraba la puerta y luego la seguía hacia el coche.

–Ahora no es importante, así que olvídalo –dijo luchando por mantener la compostura, a sabiendas de que esa noche sería la más larga de su vida.

Matt irradiaba una gran tensión y ella se alegró cuando se alejaron en el coche y él puso música para evitar cualquier conversación.

Kara se preguntó por qué estaría tan enfadado. Ella se había limitado a establecer los hechos: habían hecho un pacto ideado por él, habían hecho el amor y su relación terminaría cuando lo nombraran socio de la empresa. Hasta donde ella alcanzaba a comprender, todo jugaba a su favor. No era él quien había cometido la estupidez de enamorarse como un tonto por el camino. Si alguien tendría que estar enfadado, debería ser ella.

–Hemos llegado.

Un anuncio breve, concreto. La suavidad no era necesaria cuando alguien estaba a punto de convertir un sueño en realidad. Afortunado él.

Cuando Matt le abrió la puerta, ella se esforzó por ocultarse tras una máscara de cortesía.

–Buena suerte esta noche.

–Gracias. Espero que ambos consigamos lo que queremos –dijo Matt con una mirada más prolongada de lo habitual, antes de guiarla hacia el ascensor que los llevaría al ático donde vivía el padre de Matt.

Mientras subían a la última planta, Kara observó que Matt se había situado al otro lado del ascensor, con las manos en los bolsillos. De inmediato comprendió que no había la menor esperanza de volverse a tocar, por no hablar de hacer el amor. Su voz profunda la sobresaltó.

–Cuando acabe nuestro trato, vamos a…

En ese momento el ascensor se detuvo. Cuando se abrieron las puertas, Jeff apareció ante ellos resplandeciente con su traje de etiqueta.

–Me complace verte, hijo. Y tú estás tan maravillosa como siempre, Kara. ¿Qué hace este tipo para merecer a alguien como tú? –bromeó al tiempo que asestaba a su hijo un ligero golpe en el brazo.

«Intentar comprarme para convencerte de que merece una oportunidad en la empresa», pensó Kara.

–Creo que es cuestión de suerte, papá. ¿Qué novedades hay por aquí?

–Todo a su debido tiempo, hijo. Entrad, estáis en vuestra casa. Poneos cómodos –dijo antes de alejarse.

–Yo no diría tanto –murmuró Matt al ver que Lorna cruzaba la estancia en dirección a ellos.

–Bueno, bueno, ha llegado mi querido hijastro. Ven a darle un beso a tu madre –saludó con una voz remilgada que no hacía juego con la fría mirada de sus ojos azules.

Kara casi retrocedió cuando la mujer rubia abrazó a Matt y lo besó en los labios, un beso quizá demasiado largo para ser maternal. Hacía varios meses la había visto brevemente en una cena. La mujer apenas le había dedicado una mirada. Para su sorpresa, se volvió hacia ella.

–Oh, la pequeña y dulce Lara. Jeff siempre me habla muy bien de ti –dijo al tiempo que extendía una mano enjoyada como esperando que Kara se inclinase ante ella.

–En realidad mi nombre es Kara. ¿Cómo estás? –saludó, decidida a ser amable a pesar de su deseo de apartar la mano que la mujer apoyaba posesivamente en el brazo de Matt.

–Muy bien, querida. Hoy habrá un gran anuncio. Formidable. Espero que te guste.

Tras enviarle un beso a Matt, la esbelta mujer, enfundada en un vestido que valía una fortuna, se alejó de ellos.

–Odio a esa mujer –espetó Matt al tiempo que clavaba una mirada como un puñal en la espalda de su madrastra.

–¿Por qué no fue a King River el fin de semana? –preguntó Kara sin mayor interés.

–Probablemente estaba con su último gigoló. ¿Quién sabe? ¿Y a quién le importa? Sólo deseo que mi padre abra los ojos alguna vez. Si hay algo que no puedo soportar es que una mujer engañe a un hombre.

Kara prestó atención a esas palabras. ¿Qué pensaría si ella le confesara la verdad en ese momento? ¿Si le dijera que no estaba interesada en su dinero, que había aceptado el estúpido trato más que nada por el bien de Sally?

–¿Y qué me dices de un hombre que engaña a su padre? ¿Eso está bien? –dijo en cambio.

Las palabras quedaron vibrando en el silencio que se produjo a continuación y ella deseó no haberlas pronunciado. Sin embargo, era la verdad y estaba harta de jugar.

Matt entornó los ojos.

–Una vez te dije que nunca me hicieras preguntas sobre esto. Tengo mis razones para hacerlo –dijo antes de girar sobre sus talones y alejarse rápidamente de ella.

Kara tomó una copa de champán de la bandeja de un camarero y se la bebió en tres largos sorbos con la esperanza de disolver el nudo que le apretaba la garganta.

Al ver a Matt charlando con su padre al otro extremo de la habitación, se juró confesarle la verdad. Toda la verdad. En ese momento, Jeff se aclaró la garganta.

–Señoras y señores, ¿me pueden prestar atención?

Las voces se silenciaron y todas las miradas convergieron hacia él.

–Como todos ustedes saben, en los últimos meses se ha producido una vacante en nuestra firma, Byrne y Asociados. Esta noche tengo el gusto de anunciar que el puesto ha sido cubierto. La persona en cuestión ha aportado muchos clientes a la firma y ha demostrado reunir todas las condiciones requeridas para formar parte de la empresa.

Kara miró a Matt, de pie junto a la ventana que cubría toda una pared orientada al sorprendente puente del puerto. Más que ver, sintió su ansiedad mientras bebía un sorbo de whisky y luego apretaba los labios en una fina línea.

–Por tanto y sin más, me complace presentarles a nuestro nuevo socio. Por favor, demos la bienvenida a Steve Rockwell.

Aplausos dispersos y sofocadas exclamaciones de sorpresa llenaron la habitación. Kara vio con horror a su ex salir de la cocina, acercarse a Jeff y estrecharle la mano con su acostumbrada sonrisa de cocodrilo. Como a cámara lenta observó que Matt retrocedía casi tambaleando y, boquiabierto, se apoyaba contra el cristal de la ventana.

Kara se aproximó a él cuando los invitados empezaron a cantar *Es un muchacho excelente*. Tras quitarle la copa de las manos y dejarla en una mesa cercana, se puso de puntillas y acercó los labios a su oído.

–Salgamos de aquí –susurró. Él la miró como si la viera por primera vez–. Sea lo que sea que pienses hacer, no vale la pena –insistió tirándole del brazo.

Matt la miró con una expresión de ira. Estaba claro que se sentía traicionado y herido.

–Para ti es fácil decirlo. No es tu padre quien te acaba de dar una patada en los dientes sin haber tenido la decencia de avisarte previamente.

Ella mantuvo un tono de voz deliberadamente suave y tranquilizador.

–Sé que es duro, pero piensa un segundo. Mañana tienes que enfrentarte a estas personas en la oficina y aunque sientas enormes deseos de propinarle un puñetazo a Steve, olvídalo. Tu comportamiento dejará una impresión duradera entre tus colegas, especialmente en tu padre.

Matt aspiró varias bocanadas de aire que exhaló lentamente. Los músculos de la cara empezaron a relajarse.

–¿Y a quién le importa lo que piense?

–A ti. Si no, no habrías imaginado un plan tan elaborado para asegurarte un puesto como socio. Sabes que lograr manejarme durante seis meses no es cosa fácil.

Matt la miró con una leve sonrisa.

–No lo sé, pero manejarte ha sido más divertido de lo que esperaba.

Ella le apretó la mano con una sonrisa.

–¿Por qué no te acercas a ellos, felicitas a Steve y le demuestras a tu padre que Matthew Byrne reúne claramente todas las condiciones para convertirse en socio la próxima vez que se presente la oportunidad?

–No me presiones –gruñó–. Preferiría estrecharle la mano a un cocodrilo antes que a Rockwell.

Kara rompió a reír de buena gana.

–¿Qué te parece tan divertido?

–Estaba pensando lo mismo que tú, eso es todo –dijo mientras se enjugaba los ojos–. ¿No te parece que tiene la sonrisa de un cocodrilo?

Matt miró en dirección a Steve.

–Claro que sí. Aunque fuiste tú quien salió con él un par de años –comentó con tranquilidad.

El modo en que la ira de Matt se había disipado maravilló a Kara. No sólo había perdido un sueño, sino que lo había perdido a causa de un hombre que le disgustaba. Kara alzó la vista al sentir que se ponía rígido. Steve se aproximaba a ellos.

Matt alzó la mano.

–Enhorabuena, Rockwell.

–Sin resentimientos, ¿eh, Byrne?

Los hombres se estrecharon la mano.

–Enhorabuena, Steve –dijo ella.

–Gracias, preciosa. Algún día tenemos que reunirnos –dijo.

Antes de que ella pudiera moverse, Steve le dio un rápido beso en

la mejilla y se alejó.

–Por encima de mi cadáver –murmuró Matt–. Todavía le interesas.

–¿Tú crees? –preguntó ella al tiempo que batía las pestañas para hacerlo reír nuevamente.

Él puso los ojos en blanco.

–¡Mujeres! Déjame ir a hablar unas palabras con mi padre y luego nos reuniremos en el ascensor. ¿De acuerdo?

Con orgullo, Kara lo vio acercarse al grupo donde estaba su padre y unirse a la conversación. Había que ser un gran hombre para hacerlo y sintió que lo quería aún más por eso. Al ver que Lorna se integraba al grupo se juró que le diría la verdad. ¿Qué era lo peor que podía suceder?

«Nunca más volverá a dirigirte la palabra. Lo perderás. Otra vez», pensó.

Luchando contra las lágrimas, Kara se alejó de allí. Lo haría al día siguiente. Seguro que no sería egoísmo por su parte si compartían una noche más, ¿verdad?

Kara respiró hondo varias veces y luego llamó a la puerta.

–Pase –Kara entró en el despacho–. Vaya, la dama en la que estaba pensando –dijo Matt al tiempo que rodeaba el escritorio y la abrazaba–. ¡Qué bien hueles! –murmuró con los labios en los cabellos de la joven.

Kara se separó para poner distancia entre ellos. De otro modo no sería capaz de seguir adelante.

–¿Tienes un minuto?

–Siempre tengo tiempo para ti. Especialmente en este despacho –contestó mientras palmeaba la mesa que le traía recuerdos de un apasionado encuentro.

Ruborizada, Kara se aclaró la garganta.

–Tenemos que hablar.

La sonrisa desapareció de la cara de Matt.

–Cuando una mujer dice «tenemos que hablar», normalmente quiere decir «yo hablo y tú escuchas». ¿No es cierto?

Ella negó con la cabeza.

–No, aunque no estaría mal que escucharas por una vez.

Matt alzó una ceja.

–Muy bien. Siéntate, soy todo oídos.

Cuando ella abría la boca, el teléfono empezó a sonar.

–Perdona –dijo antes de levantar el auricular. Luego habló con

evidente enfado.

Ella suspiró. Iba a ser más difícil de lo que pensaba. Había elegido el despacho para confesarle la verdad por una razón específica. Tendrían que hablar en voz baja y había pocas posibilidades de que él la distrajera con sus talentos físicos. Al menos no durante las horas de oficina.

Era una cobardía, pero no tenía otra opción. Si hubiera elegido otro lugar y él insistiera en que continuaran con el trato, dudaba si sería capaz de negarse. Después de todo, Matt podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía.

Kara dio un brinco en la silla cuando él colgó con brusquedad.

–Lo siento. Necesito ver a alguien un momento. ¿Te importa esperarme?

–No, adelante. Iré a tomar un café.

–Gracias. Esto no debería durar más de diez minutos. Cuando vuelvas entra directamente –dijo al tiempo que se concentraba en unos documentos. Cuando ella abría la puerta, lo oyó decir–: Me alegra que hayas venido. Estoy de acuerdo contigo en que es hora de hablar.

Ella se volvió y lo sorprendió mirándola intensamente. Kara asintió con una sonrisa, repentinamente ansiosa de abandonar la atmósfera sofocante del despacho.

Con la esperanza de que una fuerte dosis de cafeína le calmara los nervios, se las ingenió para hojear una revista mientras tomaba el café.

De pronto miró el reloj y se sorprendió al ver que habían pasado los diez minutos.

Tras llamar discretamente a la puerta del despacho, Kara la abrió. Matt estaba muy concentrado en la conversación que mantenía con Steve. Cuando llegaron a sus oídos las palabras «treinta mil dólares» y «ella los ganó», supo de qué discutían.

Kara dejó escapar un sonido ahogado y al verla, Matt saltó del asiento. Su mirada afligida le heló el corazón.

–Puedo explicarlo. La verdad es…

–¿La verdad? –exclamó Kara mientras entraba en la habitación y se detenía a dos pasos de la mesa–. Tú no sabes lo que es eso. Déjame decirte unas cuantas verdades –dijo alzando la voz con rabia, sin poderlo evitar.

–Calla ahora mismo –ordenó Matt con suavidad y ella siguió su mirada, en ese instante fija en su padre, que acababa de entrar.

–No –Kara cruzó los brazos sobre el pecho como para contener el dolor que sentía en el corazón. Ya no le importaba nada. Toda la

incertidumbre, la decepción y el sufrimiento de los últimos meses la empujaban a la confrontación–. ¿Quieres la verdad, Matt? ¿La verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad? Bien, allá va.

Capítulo 12

No lo hagas, Kara –pidió Matt en un tono desprovisto de toda emoción, aunque el miedo amenazaba con hacerle tartamudear.

Era el miedo irracional de enfrentarse a ella en presencia de su padre y de perder a la mujer que lo significaba todo para él.

–No me digas lo que tengo que hacer –replicó Kara con los ojos llenos de ira fijos en él.

–No es lo que parece. Steve y yo hablábamos… –alcanzó a decir antes de vislumbrar las lágrimas en los ojos verdes. Incluso en ese momento tan inoportuno no dejó de notar su belleza. Kara había cruzado los brazos sobre el pecho jadeante, y lo miraba con los ojos brillantes de dolor. Se le encogió el corazón al reconocer cuánto significaba para él. En ese instante tan dramático, de pronto supo que realmente podría amarla.

«Estupendo»

Kara volvió su mirada furiosa hacia Steve, que no había dicho una palabra desde que ella entró en la oficina.

–¿Así que ahora sois amigos? ¿Intercambiando confidencias? –preguntó con tanta dureza que Steve se quedó helado.

Matt movió la cabeza de un lado a otro.

–No seas ridícula. Yo…

–¿Ridícula? Muy gracioso viniendo de ti. No puede haber nada más ridículo que pagar a alguien para que finja ser tu novia a fin de que papaíto te convierta en socio de su empresa.

Se produjo un silencio total. Matt miró a Kara horrorizado, casi sin creer que ella acabara de decir esas palabras. Su mirada se desvió a su padre, que estaba junto a la entrada y permanecía en silencio. La cara de Jeff enrojeció al entrar en la habitación y tomar el control de la situación.

–Steve, déjanos solos, por favor. Mi hijo y yo necesitamos aclarar ciertas cuestiones.

Como a cámara lenta, Matt observó que Steve movía la cabeza de un lado a otro y abandonaba el despacho. Kara también se dirigió a la puerta.

–Deseo que te quedes, Kara.

Aunque su padre habló con suavidad, Matt conocía bien ese tono. No era una petición, era una orden.

Kara se detuvo.

–Yo no tengo nada más que decir –declaró con la mirada fija en Jeff–. Esto queda entre tú y él –añadió indicando a Matt con un movimiento de cabeza, sin mirarlo siquiera.

–Lo sé, pero tú también estás implicada. Quédate, por favor –pidió Jeff al tiempo que la abrazaba.

Era exactamente lo que Matt quería hacer en ese momento, pero no podía. Por el modo en que Kara lo había mirado, dudó seriamente si volvería a tener otra oportunidad.

¿Qué había hecho?

Jeff movió la cabeza de un lado a otro.

–No puedo creer que un hijo mío haya intentado comprar su promoción en la firma, por no hablar de haber utilizado a una mujer para conseguirlo –dijo con una mirada penetrante–. ¿A qué demonios estás jugando?

Durante un momento, Matt no pudo hablar. Finalmente, Kara se decidió a mirarlo. La visión de las lágrimas que corrían por sus mejillas, fue como un puñetazo en el estómago que dejó a Matt sin aliento.

Entonces se sentó, observado por dos pares de ojos: unos severos y de un tono azul parecido al suyo y los otros de un verde luminoso, llenos de dolor. Sólo había una manera de afrontar la situación. Como Kara había dicho, era la hora de la verdad. De toda la verdad.

Matt se puso de pie y se aproximó a su padre.

–Sé lo que parece todo esto, pero tengo mis razones.

Su padre alzó las manos.

–No sigas. Con razón o sin ella, lo que has hecho es inexcusable. Oh, Dios, ¿en qué estabas pensando? ¿Pagar a Kara para que fingiera ser tu novia, y todo por la maldita sociedad?

Matt negó con la cabeza.

–No sólo por eso –murmuró.

–¿Qué? –gritó Jeff.

–No fue sólo porque me nombraras socio, papá. Fue por ti y por mí, para que me reconocieras como tu hijo, para que me aceptaras –declaró antes de hacer una pausa de un segundo. Temía que si no hablaba en ese momento, nunca lo haría–. Todo lo que siempre he deseado era conseguir tu aprobación, que reconocieras mis logros…

Matt vio el horror en la mirada de su padre y la conmoción en los ojos de Kara.

–Pero yo te apruebo, hijo. Siempre he estado orgulloso de ti.

–No, papá. Ocasionalmente me hablabas de negocios, pero, ¿cuándo fue la última vez que me prestaste atención para algo más

que no fuera censurar mi vida privada? –preguntó. Jeff se mantuvo en silencio. Lo miraba como si fuese un alienígena–. Desde que mamá se marchó, me he sentido como un intruso. Tus esposas eran más importantes que yo. ¿Quieres saber por qué era tan importante para mí convertirme en socio de la firma? Porque cometí la estupidez de pensar que así estaríamos más unidos. Verdaderamente tonto, ¿no es así?

Matt se dejó caer en la silla más cercana y hundió la cabeza entre las manos.

Su padre le puso una mano en el hombro.

–¿Hijo?

–Márchate, papá. Ahora necesito hablar con Kara. A solas.

La mano apretó el hombro con firmeza.

–Lamento haber hecho que te sintieras desplazado, Matthew. Nunca fue mi intención. Sólo quería lo mejor para ti y eso significaba crear una sólida empresa para asegurarte un futuro estable. En cuanto a tu madre, no pasa un solo día que no me reproche haber dejado escapar lo mejor que me ha ocurrido en la vida…

Jeff dejó de hablar y Matt alzó la vista. Los ojos de su padre brillaban. Por primera vez en su vida vio a su padre conmovido hasta las lágrimas y eso le impactó más que cualquier otra cosa.

–Papá, yo…

–No, déjame terminar. Admito que no he sido el mejor padre del mundo. Lo único que supe hacer fue dedicarme de lleno a los negocios. Si no te dediqué más atención fue porque te pareces mucho a ella. Cada vez que me mirabas veía sus ojos, su dolor, y eso me destrozaba el corazón –dijo al tiempo que se pasaba una mano por el pelo–. Sé que es una excusa pobre, pero es lo que sentía. Cuando creciste ya era demasiado tarde. Se había creado un abismo entre nosotros y no tuve las agallas suficientes para remediarlo. ¿Podrás perdonarme?

Matt se levantó de un salto y abrió los brazos. Por primera vez desde que tenía seis años, su padre lo abrazó. No fue el gesto habitual del golpecito en la espalda o de revolverle el pelo. No, fue un estrecho abrazo de auténtico amor paternal.

Matt sintió que le quitaban un gran peso de los hombros y tragó saliva para deshacer el nudo que le apretaba la garganta.

–No hay nada que perdonar, papá. Sucede que no hemos sabido comunicarnos, eso es todo –murmuró con voz temblorosa.

Casi había creído que todo estaba solucionado cuando, por encima del hombro de su padre, vio el rostro de Kara que lo miraba

fijamente.

La carga repentinamente volvió a caer sobre sus hombros, diez veces más pesada.

Su padre debió de sentir su rigidez, porque se apartó un poco con una mirada interrogante.

–Podemos continuar más tarde. En este momento hay una joven que merece tus disculpas mucho más que yo.

–Sí.

Matt vio que su padre la besaba en la mejilla.

–No lo perdones tan pronto, Kara. Se merece todos tus reproches.

Tras una cariñosa sonrisa dirigida a ambos, se marchó del despacho.

Entonces Kara miró a Matt con una mezcla de sorpresa y desconcierto. No podía creer que no hubiera tenido la suficiente confianza con ella para contarle la verdad sobre su padre. A pesar de todas la citas, las cenas y últimamente las tiernas mañanas en la cama, no le había dicho una sola palabra. Y eso le dolía más que cualquier otra cosa.

Sólo había sido un medio para llegar a un fin. Nada más. ¿Y el trato incluía las relaciones sexuales? Bueno, él había aprovechado lo que se le ofrecía, sin arrepentimiento, sin recriminaciones. ¡Y pensar que había ido a contarle la verdad!

–¿Por qué no nos sentamos a hablar?

La voz profunda de Matt la alejó de sus pensamientos. Kara lo miró, sorprendida de su tranquilidad.

–¿Para qué? No queda mucho por decir, ¿no es cierto? Has hecho las paces con tu padre. ¿Qué más falta, entonces? El pacto ha terminado.

En un segundo la tristeza dio paso a una fría ira en el rostro de Matt.

–¿Entonces, de qué querías hablar esta mañana? Del trato, ¿verdad? Siempre volvemos al dinero, ¿no es así?

Luchando contra las lágrimas, Kara se las ingenió para replicar con firmeza.

–Lo que sea ya no me preocupa.

–Pero a mí sí –le espetó al tiempo que se sentaba ante el escritorio y abría un cajón. Luego garabateó algo en un talonario. Con horror, Kara comprendió de qué se trataba–. Aquí lo tienes. Te lo has ganado.

Matt le puso el talón en la mano, fue a la puerta y se la abrió.

Con el corazón destrozado, la joven lo miró, pero él desvió la vista. Kara miró el cheque que tenía en la mano y las cifras bailaron

ante sus ojos. ¿Realmente Matt creía que había llegado tan lejos por treinta mil dólares? Le había revelado más de sí misma que a cualquier otra persona y él ni siquiera sospechaba quién era ella realmente.

Kara se acercó a la puerta con pasos mecánicos.

–Ten. Esto te pertenece.

Tras detenerse ante él, rompió el talón en mil pedazos que lentamente cayeron al suelo.

«Como mis sueños», pensó al tiempo que pasaba junto a él por última vez.

Cuando Kara se hubo marchado, Matt dio un portazo que hizo temblar las paredes.

Luego miró los trozos del cheque esparcidos a sus pies. Por alguna razón le asustaron. Pensó que tenía todo claro respecto a Kara. Había ido a presionarlo para que pusiera fin al trato tras el fracaso de sus expectativas como socio de la firma. Sin duda ella creía que de todas maneras se había ganado el dinero, aunque Matt no hubiera logrado sus objetivos.

Si supiera que cuanto más se prolongaba la comedia entre ellos, le parecía cada vez menos importante entrar en la sociedad… Kara había sido la razón de continuar con ese estúpido pacto y sus sentimientos irracionales hacia ella habían acabado con el sentido común que solía caracterizarlo. ¡Había actuado como un perfecto asno!

Sí, estaba claro que lo había tomado por tonto. Pensar que había empezado a creer que realmente sentía algo por él, a pesar del maldito pacto. Pero no. Esa mañana había ido a cobrar la cuenta.

Pero si el dinero era lo único que quería, ¿por qué había roto el talón?

No tenía sentido. Cuanto más lo pensaba, más confuso se sentía. Aunque debería estar muy contento. Finalmente se habían solucionado los problemas con su padre, y ya no tenía que fingir ante Kara…

¡Eso era! Ya no tenía que fingir ante ella, y eso significaba que podía decirle la verdad. La amaba, y quizá nunca había dejado de quererla en todos esos años. Kara era la única mujer que le había hecho sentirse íntegro, por eso su espíritu estaba desgarrado.

Se había marchado. No, él la había despedido. Sin decirle la verdad. Volvía a cometer el mismo error, como aquel día de su cumpleaños. ¿No aprendería nunca?

Matt se precipitó al ascensor. Si tenía suerte, ella todavía estaría en el vestíbulo. Mientras bajaba, golpeteando el suelo con impaciencia, intentó ensayar lo que le diría, pero su mente estaba en blanco.

Cuando se abrieron las puertas, ya tenía una vaga idea. Sin embargo, la declaración de amor se le atragantó en la garganta al ver a Kara en los brazos de Steve Rockwell.

Así que después de todo, él tenía razón. Ella había elegido y no a él precisamente. Entró en el ascensor con paso inseguro al tiempo que se reprochaba haber sido tan necio.

Kara se encaminó pesadamente a una cafetería cercana y pidió un café. El segundo en menos de una hora. ¿Qué importaba que no pudiera dormir en toda la noche? De todas maneras no pensaba poder hacerlo después del desastroso final de sus relaciones con Matt.

¿Relaciones? ¿Estaba de broma? Se había engañado a sí misma al creer que lo que había compartido con Matt era algo especial, cuando de hecho había sido un chiste a costa de sí misma. Y echarse a reír estaba muy lejos de su ánimo.

Al menos había logrado entender lo sucedido en el despacho de Matt. Cuando se marchaba del edificio, había tropezado con Steve en el vestíbulo, y aunque era la última persona de la que esperaba recibir apoyo, la había abrazado antes de contarle su implicación en el fiasco. Steve sospechaba que Matt tramaba algo y se enfrentó a él con la amenaza de acudir a Jeff si no se explicaba con claridad. Sorprendentemente, Matt le había dicho la verdad acerca del trato y fue en ese momento cuando Kara entró en el despacho.

A pesar de lo que Steve le hubiera contado, los hechos eran inalterables. Matt le había pagado para que fingiera ser su novia y ella había aceptado; ella se había enamorado y él no. Fin de la historia. Incluso tras haberle dado una pista de que no había actuado por dinero, Matt la había ignorado. Después de todo, si él hubiese sentido algo más que una atracción física, habría ido tras ella después de haberle arrojado el talón a los pies.

Pero no lo hizo. Y así habían acabado. Era hora de recoger los pedazos y continuar adelante. Al menos una cosa buena había salido de todo ese lío: el negocio de Sally se había salvado, en gran parte gracias a Kara.

Cuando acabó el café, se levantó de la mesa ansiosa por llegar a casa y dar rienda suelta a su pesar.

Salía de la cafetería cuando el teléfono móvil empezó a sonar.

El número de la persona que llamaba era el de Sal. Con una buena dosis de culpa desvió la llamada. En esos momentos no estaba en condiciones de hablar con ella y contar una historia tan sórdida a la única persona en el mundo que la quería incondicionalmente. La llamaría más tarde, cuando estuviera más tranquila.

El aparato emitió un «bip» indicando que había un mensaje. Lo escuchó mientras se acercaba al coche y casi tropezó al oír la última parte.

«Querida, mañana por la noche se va a celebrar la entrega del DATY. Necesito que tú y ese maravilloso hombre tuyo estéis presentes para una sesión fotográfica. Juntos formáis una pareja estupenda. Magnífica publicidad para la agencia. Llámame para hablar sobre el vestido. Te quiero. Adiós».

¡Vaya! En esos momentos Matt y ella sólo estaban en condiciones de hacer publicidad a un manual de instrucciones para enviar a los hombres a Marte y a las mujeres a Venus. Y que se quedaran allí. Para siempre.

¿Qué demonios iba a hacer?

Capítulo 13

Kara nunca había tenido talento para ocultar sus emociones. Y no sólo su rostro era como un libro abierto. Sally siempre había sabido detectar hasta el matiz más leve de su voz. Y esa noche no había sido una excepción, aunque tenía más que ver con el hecho de haber prorrumpido en llanto apenas ella atendió su llamada.

Como era de esperar, Sal no tardó en llegar a su casa. Siempre había estado junto a ella cuando la necesitaba y Kara la quería por eso. Cuando al fin el llanto se agotó, Kara estuvo en disposición de hablar.

–¿Qué sucede, cariño? Nunca te había visto así.

La preocupación reflejada en el rostro de Sally le destrozó el corazón. No quería abrumar a su madre adoptiva con una historia tan sórdida, así que decidió darle una versión abreviada de los hechos.

–Es un lío, Sal. Mi vida es un caos.

Sally la miró detenidamente.

–Tienes tu propio negocio, tu propia casa, te he visto resplandeciente estos últimos meses… –dijo y de pronto hizo sonar los dedos–. Eso es. Se trata de Matt, ¿no es así?

–Sí, creo que he hecho algo verdaderamente estúpido.

Sally movió las manos como para ahuyentar los problemas.

–Eso no es estúpido, querida, se llama divertirse un poco. ¡Y además es hora de que lo hagas!

–No hablo de divertirme, creo que he hecho algo mil veces peor –confesó la joven al tiempo que jugueteaba con el borde de la falda.

Sal le tomó la mano.

–Te has enamorado de él.

Kara asintió con la cabeza.

–¿Ves? Te he dicho que era estúpido.

Sally le apretó la mano.

–Perdóname por ser una vieja senil, ¿pero eso no es bueno?

–Él no me ama.

Ya lo había dicho. No se produjeron truenos ni tampoco cayó abatida por un rayo. Sólo sentía como si se le hubiera destrozado el corazón cuando salió de la oficina y finalmente se dio cuenta de que él no la amaba.

Sal alzó las cejas.

–¿Estás de broma? El modo en que ese joven te mira es realmente obsceno. ¡Te adora!

–El amor no se limita sólo al sexo, Sal.

–No, pero Matt te quiere. No olvides que conozco a la gente. Mi oficio consiste en hacer de casamentera.

En ese momento Sal le recordó a una vieja sabia, sentada frente a ella con su amplia falda de gitana y un chal de seda. La imagen le levantó el ánimo por primera vez en el día y le hizo sonreír.

–Oye, no me lo recuerdes. Por tu culpa estoy metida en este lío. Tú y tu maldito ordenador.

Sal puso los ojos en blanco.

–Mi maldito ordenador, como tan poco respetuosamente lo llamas, nunca se ha equivocado.

–Créeme. Esta vez sufrió un cortocircuito y se fundió.

Ambas se echaron a reír. Para Kara fue maravilloso porque pensaba que nunca más volvería a hacerlo.

–¿Qué pasa con tu sesión de fotos publicitarias?

–Necesito que ambos estéis allí. No me ayudaría en nada que mi milésima pareja rompiera relaciones antes de la presentación. ¡Hasta podrían quitarme el premio!

Kara podría haber jurado que los ojos de Sally chispearon de astucia. Una chispa que sólo duró un instante.

La joven dejó escapar un suspiro.

–No puedo llamarlo, Sal. Todo ha terminado.

–Comprendo, querida. No te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

Sal se reclinó en la silla con los ojos cerrados y una leve sonrisa.

–Eso es lo que me asusta –murmuró Kara al tiempo que se preguntaba qué pasaría por la mente de Sal en ese momento.

La última vez que había visto esa expresión fue la noche de la primera cita con Matt y los otros pretendientes. ¡Y mira dónde la había llevado!

Como respuesta, Sal se limitó a sonreír.

Matt aún no podía creer que hubiera aceptado asistir a la ceremonia. De acuerdo, siempre había sentido debilidad por Sally. ¿Pero por qué tenía que habérselo pedido en un momento como ése en que la herida todavía estaba abierta?

La imagen de Kara en brazos de Steve Rockwell todavía le quemaba el cerebro. Cada vez que cerraba los ojos aparecía la misma escena y volvía a partirle el corazón. ¡Maldición! ¿Por qué

no podía quitársela de la cabeza? Antes había amado y abandonado a algunas mujeres sin mayor aflicción.

Corrección, antes no había amado. Ninguna mujer había logrado enamorarlo y Kara lo había hecho, aparentemente sin esforzarse demasiado. Y por el camino se había convertido en un estúpido. Nunca se había sentido tan tonto como cuando el día anterior la siguió hasta el vestíbulo sólo para verla en brazos de su ex.

¿Lo había engañado todo el tiempo? ¿Todavía estaba enamorada de Steve y a él lo había utilizado?

No podía haberlo utilizado sólo por sexo. En su mundo eran los hombres quienes se relacionaban con las mujeres sólo por sexo. La mayoría de sus amigos diría cualquier cosa para llevarse a una mujer a la cama. Afortunadamente, aunque nadie le creyera, él nunca había actuado así. Siempre había deseado que sus relaciones con las mujeres hubiesen sido más profundas. Pero nunca había sucedido. Hasta hacía unos pocos meses.

Pero eso había acabado. ¿Verdad?

Si era honesto consigo mismo, tendría que admitir que su presencia en la ceremonia de esa noche no se debía sólo al deseo de hacer algo bueno por Sally. Secretamente albergaba la esperanza de ver a Kara y de alguna manera arreglar las cosas entre ellos.

«¿Nadie te ha dicho que no es saludable engañarse a sí mismo?»

De todos modos había ido, a pesar de la voz de la razón.

Bueno, por último esa noche podría cerrar el episodio con Kara y luego continuar con su vida. De alguna manera ese pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca. Sin embargo, tragó saliva, dibujó en su rostro una brillante sonrisa y bajó del coche.

La visión de Kara subiendo la escalinata del Teatro de la Ópera lo impactó con dureza. Iba envuelta en un traje de noche de seda que realzaba las curvas tentadoras de su cuerpo y caía hasta los tobillos. Se había rizado el pelo y parecía una diosa dorada abriéndose paso entre la gente.

Nunca la había deseado con tanta vehemencia como en ese momento. La amaba y deseaba gritarlo a los cuatro vientos. En cambio, se quedó inmóvil con la boca abierta, como el tonto que era.

–¿Por qué no te acercas a ella?

Se volvió bruscamente y descubrió a Sally, que lo miraba sonriente.

Matt negó con la cabeza.

–No puedo.

–¿No puedes o no quieres?

–Es inútil. Lo he estropeado todo.

–¿La amas? –preguntó Sally con los ojos oscuros clavados en él.

–Sí. Y me hace daño –confesó con súbita amargura.

La expresión de Sal se suavizó. Kara era muy afortunada de tener a alguien como Sally que se preocupaba por ella.

–Tienes que decírselo. Es la única manera –dijo la mujer mayor al tiempo que lo empujaba sin demasiada suavidad.

–¿Y si no quiere escucharme?

Sal alzó una ceja, y luego lo miró enfadada, como si fuera un bobo.

–¿Y qué tienes que perder?

–Todo –contestó entre dientes, y de pronto reconoció con sorpresa que era cierto.

Kara lo era todo para él. Su estilo de vida, su trabajo y todo lo que le aportaba carecían de significado si ella no estaba junto a él.

–¡Vamos! ¡No te quedes ahí! ¡Haz algo! –lo urgió Sal al tiempo que volvía a empujarlo.

De repente Matt vio la luz. Sally tenía razón. ¿Qué tenía que perder aparte del orgullo?

Matt se inclinó para besarla en la mejilla.

–Gracias, Sal. Quedo en deuda contigo.

La mujer mayor se ruborizó.

–¡Vete!

Él corrió hacia Kara con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

Kara entró en el vestíbulo y miró a su alrededor. No veía a Sally por ninguna parte. Estupendo. Esperaba acabar cuanto antes con ese trámite y en cambio tendría que quedarse allí y mostrarse interesada, cuando lo único que deseaba era correr a casa y ocultarse bajo la colcha de la cama. Si alguien se acercaba a ella, lo mordería.

Todo el día había estado muy nerviosa. Y vestirse de gala para esa noche no había contribuido a tranquilizarla. No se sentía atractiva, más bien su ánimo estaba por los suelos. Una velada en casa con una película y una chocolatina habría sido lo apropiado. En cambio, tenía que estar allí sonriente y actuando como si fuera la mujer más feliz del mundo.

Por centésima vez se preguntó qué haría Sal respecto a Matt. ¿Tal vez había buscado un suplente? No podía imaginar a un doble de Matt. Ya era suficiente desgracia haber conocido a uno y dudaba

seriamente que otro hombre tuviera el *savoir-faire* que lo caracterizaba. Y no se trataba de su atractivo, ni de su cuerpo admirable, ni de su inteligencia. No, era mucho más que eso… y lo había dejado escapar entre los dedos. Matt poseía esa indefinible cualidad que diferencia a un hombre de un muchacho.

Un camarero le ofreció champán. Ella jugueteó con la copa de cristal entre los dedos, poco dispuesta a beber. Era lo único que le faltaba. El alcohol mezclado con su estado de ánimo gris, sería desastroso. Aunque tal vez una borrachera aliviaría su dolor.

–Hola, Kara.

Era él. Aunque no pudo ver quién hablaba a su espalda, lo supo con todas las fibras de su ser: la voz profunda, la suave loción, el calor que irradiaba su cuerpo. El estómago le dio un vuelco y el pulso se le aceleró. ¿Por qué su cuerpo respondía de ese modo visceral a pesar de todo lo que habían pasado?

Kara se volvió, protegida tras una máscara de frialdad.

–Hola. ¿Qué haces aquí?

Una parte de ella deseó oírle decir «te buscaba», pero él no lo dijo y otra vez se sintió estúpidamente hundida.

–Sally me pidió que le ayudara. Necesita unas fotografías publicitarias.

Su aspecto era maravilloso vestido de esmoquin. ¿Por qué no podía parecer monótonamente gris por una vez en su vida? Así sería más fácil odiarlo. No, el odio era demasiado fuerte, ¿tal vez no amarlo tanto?

–Me sorprende que hayas venido.

Matt alzó una ceja.

–¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que estaba lejos de sentir.

–Ayer no nos separamos en buenos términos precisamente. Pensé que no querrías que te vieran conmigo.

–No es así. De hecho, lo que dices no podría estar más lejos de la verdad –replicó en tanto se acercaba hacia ella. Sus brazos se rozaron. El contacto impersonal aceleró los sentidos de Kara. Todo lo que pudo hacer fue mirarlo fijamente–. Necesitaba verte. Para aclarar las cosas entre nosotros.

Le dio un vuelco el corazón. Eso era. Le daría las gracias por ser una buena amiga, por los «buenos tiempos» que habían compartido y se marcharía. Demonios, si no tenía cuidado volvería a ofrecerle el dinero, como para echarle sal a la herida abierta.

–Ya no tenemos nada que hablar, Matt. Hagamos esto por Sal,

¿de acuerdo? –dijo con voz firme cuando lo único que deseaba era romper a llorar.

Y era por su culpa, por esa mirada que ella conocía tan bien. La mirada tierna y romántica que le dirigía tras hacer el amor y que no había perdido su poder magnético.

–Creo que hay mucho que decir, pero convengo contigo en que éste no es el momento oportuno. ¿Qué te parece si después de la ceremonia vamos a dar un paseo y me escuchas?

–¿Por qué debería hacerlo? –dijo con una voz de niña petulante.

Sin embargo, no era la rabia lo que le hacía parecer irracional. Era el dolor que se removía bajo la superficie.

Él le alzó la barbilla con un dedo y la miró directamente a los ojos, como si quisiera llegar a su alma.

–Porque nos lo debemos.

Ella se estremeció deseando acercarse a él y sentir sus labios en los suyos por última vez.

–Vosotros dos. Vamos. No hay tiempo que perder. La ceremonia está a punto de comenzar –dijo Sal que había aparecido de la nada y con una mano en la espalda de cada uno los empujaba hacia las puertas abiertas.

–Espero que no estés tramando algo –murmuró Kara en su oído.

–¿Quién? ¿Yo? –preguntó con una mirada de inocencia–. Nunca. Date prisa, que nos perderemos el comienzo.

Las dos horas siguientes fueron las más largas de la vida de Kara. Sal los acomodó en sus sillas, casi empujándola junto a Matt. No habría sido tan malo si las sillas hubieran estado separadas como en los teatros normales. En cambio, con el fin de dar cabida en el recinto al mayor número de personas, los organizadores habían puesto los asientos muy juntos, de modo que el muslo de Kara quedó en contacto con el de Matt.

Cada vez que él se movía un centímetro, ella lo sentía. Una corriente de puro placer desde la pierna hasta lo más profundo de su ser. Cuanto más intentaba ignorarlo, menos lo lograba. Cuando acabó la presentación, casi dio un salto de alivio. Apenas había escuchado el discurso de Sal a causa de la preocupación por su irracional respuesta física hacia el hombre que había jurado olvidar.

–Hora de la sesión fotográfica –dijo Matt al tiempo que la agarraba del codo y la guiaba hasta el vestíbulo, donde esperaba el fotógrafo. Ella asintió, incapaz de hablar y agradecida a la mano que la guiaba. Sentía que le temblaban las piernas y no por haber estado sentada tanto tiempo.

De la mano de Matt, Kara sonrió e incluso aceptó un beso en la

mejilla, todo por Matchmaker y para que Sal pudiera dar cumplido término a la ceremonia de la entrega de premios. Finalmente el fotógrafo bajó la cámara y quedaron en libertad para marcharse.

–Gracias, queridos míos. Me habéis salvado el pellejo –dijo Sal mientras los abrazaba a la vez. Kara sofocó la risa. Incluso queriendo, Sal no habría podido acercarlos más–. Y ahora, ¿por qué no vais a divertiros un rato?

Antes de que ella pudiera contestar, Matt intervino:

–Una idea estupenda, Sal. ¿Seguro que no quieres venir con nosotros?

La sonrisa de Sally se hizo más amplia.

–Ni soñarlo. Fuera de mi vista –dijo al tiempo que los despedía en la puerta y luego se alejaba para saludar a algunos invitados.

–Bueno, creo que es hora de dar ese paseo –dijo Matt mientras le tendía la mano, con la sonrisa sensual que a ella ya le era tan familiar.

Kara había sido prudente toda la vida. Y en lo referente al amor, la prudencia no la había llevado a ninguna parte. En ese momento, junto al hombre que tal vez le ofrecía el último instante de felicidad, decidió olvidar la prudencia.

Entonces aceptó su mano y sintió un escalofrío al notar que Matt entrelazaba los dedos con los suyos.

–Sí, es hora de dar un paseo.

Bajaron la escalinata del Teatro de la Ópera en silencio y se dirigieron a la orilla del mar.

Kara se preguntó si era el aire fresco o la calidez del contacto de Matt lo que le erizaba la piel. Como si le leyera la mente, él se quitó la chaqueta.

–Póntela –dijo al tiempo que la colocaba sobre sus hombros.

Ella aspiró la fragancia varonil que le embriagaba los sentidos.

–¿Estás seguro? ¿No tendrás frío?

Matt le frotó los brazos bajo la chaqueta.

–Estoy seguro. No, no tengo frío.

El corazón de Kara se aceleró al ver que inclinaba la cabeza. Un beso. Sólo uno. Un beso de despedida para recordar.

Cuando los cálidos labios rozaron los de ella, sintió que perdía todo el sentido común. ¿Por qué se torturaba de esa manera? El trato había acabado y cuanto antes se diera cuenta, mejor sería.

–¡No! –exclamó al tiempo que volvía la cabeza y se separaba de él, ansiosa por poner distancia entre ellos.

Matt le alzó la barbilla y Kara tuvo que mirarlo a los ojos.

–¿No tienes idea de mis sentimientos, no es así?

Ella lo miró furiosa, cansada de ese tiovivo de emociones.

–Tengo una idea bastante clara –replicó al tiempo que con toda intención le lanzaba una mirada a la entrepierna.

Matt dejó escapar un juramento en voz baja y se alejó un poco.

–No me refiero a eso, aunque no creas que no te deseo en este momento. Nunca he dejado de desearte.

Ella cruzó los brazos en un gesto defensivo.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Significa que desearía no haberte alejado de mí durante todos estos años. Significa que desearía no haber pensado en ese estúpido trato. Significa que desearía… –Matt hizo una pausa con la angustia reflejada en los ojos.

–Continúa –lo urgió Kara.

–Desearía que me amaras tanto como yo te amo a ti.

Ya estaba dicho. Matt nunca pensó que alguna vez pronunciaría esas palabras. Sus sentimientos habían quedado al descubierto. Y esperaba que no fuese tarde.

La respuesta de Kara no fue previsible. Él tendría que haber sabido que no había nada previsible en la mujer que amaba.

–Tú… tú –Kara se acercó a él y le golpeó el pecho con los puños cerrados.

No, no había dicho «yo también te quiero». En cambio lo había agredido y él no sabía cómo responder.

–¡Oye! Tranquilízate –dijo finalmente, mientras le sujetaba las manos.

–Dilo otra vez –murmuró Kara, más calmada.

–¿Qué parte del discurso? –preguntó Matt sin poder evitar la broma a costa de ella.

Su aspecto era adorable con ese vestido sin tirantes que amenazaba con deslizarse por el pecho en cualquier momento, la chaqueta colgando de un hombro y el peinado tan elaborado a punto de deshacerse.

Por no mencionar sus ojos abiertos de par en par.

–Ya lo sabes. La parte acerca de lo mucho que me amas –dijo al tiempo que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Algo se rompió dentro de Matt. No era el corazón que casi se le había destrozado al pensar que la había perdido.

–Te amo. Siempre te he querido y siempre te amaré –dijo al tiempo que le acariciaba la mejilla.

–Yo también te quiero –contestó ella con el frenético deseo de sentir los labios de Matt en los suyos.

–¿Sin condiciones? ¿Sin tratos? –susurró Matt mientras sus labios

se deslizaban desde la sien a los labios de Kara.

–De ahora en adelante los únicos tratos que harás será en los tribunales. ¡Y no lo olvides!

Sus palabras quedaron selladas con un beso.

Epílogo

Las bodas siempre la hacían llorar. Para ser una mujer de negocios a veces se comportaba como una boba, y ese día no era una excepción.

–Date prisa, cariño. Llegaremos tarde –dijo Sal mientras le colocaba el corpiño del vestido recubierto de pequeños cristales–. Así está mejor.

–Relájate. Me pones nerviosa –pidió Kara.

Sal dio un paso atrás y sorbió por la nariz.

–Estás preciosa. Tus padres se habrían sentido muy orgullosos.

Kara reprimió las lágrimas.

–Gracias, Sal. Gracias por todo.

Sal se enjugó los ojos.

–No me des las gracias a mí. Agradéceselo al ordenador que querías hacer explotar no hace mucho tiempo.

–Nunca quise eso. Sólo pensaba que había funcionado mal.

–¡Ah! Siempre supe que Matt y tú estabais hechos el uno para el otro –Sal hizo una pausa y luego la besó en la mejilla–. Me siento tan feliz por ti.

–Yo también estoy feliz. Aunque si no nos movemos, el novio va a creer que lo he dejado plantado.

Kara casi se dio un pellizco porque le costaba creer que el novio y Matt eran la misma persona. Era el día de su boda y se iba a casar con el hombre de sus sueños. La vida no podía ser más hermosa.

Habían optado por una sencilla ceremonia en el yate de Matt, acompañados por los familiares y un pequeño grupo de amigos.

El trayecto hacia el puerto fue muy rápido y Kara se concentró en la respiración intentando desesperadamente mantenerse en calma.

–Hemos llegado –anunció el chófer mientras aparcaba la limusina junto al muelle.

–¿Preparada, cariño? –preguntó Sally al tiempo que le apretaba la mano.

–Preparada como siempre lo estaré –contestó Kara al tiempo que recogía el pequeño bolso de color marfil y rebuscaba entre el contenido. Sí, allí estaba.

Prácticamente avanzó flotando a lo largo del muelle, ajena a las miradas, con la vista fija en el apuesto hombre vestido de esmoquin

que la esperaba de pie en la cubierta del yate.

Matt bajó de la embarcación y le tendió la mano.

–Tu aspecto es maravilloso.

Ella tragó saliva para deshacer el nudo que le apretaba la garganta.

–Gracias. Tú también.

–Sólo lo mejor para mi futura esposa –dijo antes de besarla en la mejilla–. Te quiero.

–Yo también te quiero, aunque nos queda una cosa por resolver.

–¿De qué se trata?

Kara abrió la mano y la luz del sol dio de lleno en una pequeña llave de metal.

–Nunca me dijiste para qué era.

Él sonrió. Su calidez la envolvió como un abrazo.

–¿No? Tal vez se me escapó de la mente.

–Era una estratagema, ¿verdad? ¿La utilizaste como pretexto para que te acompañara a King River ese fin de semana? Sabes que me encantan los desafíos.

–Me conoces demasiado bien –dijo Matt antes de besar sus labios suavemente–. Deseo que la consideres como la llave de mi corazón.